

*Cuando
acabe
el invierno*

Ángela Drei



Contenido

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Biografía](#)

Cuando acabe el invierno

Ángela Drei

¿Cuánto dura un invierno? El corazón de Marie ha vivido atrapado durante mucho tiempo. Con miedo, casi sin fuerzas, lucha por escapar de todos los que han destrozado sus ilusiones y decide comenzar una nueva vida.

Álex ha conseguido enterrar su pasado en lo profundo de su corazón. Cada día sirve el desayuno a muchas mujeres, siempre oculto tras una sonrisa perfecta. Hasta que un día llega a su cafetería una chica con gafas oscuras y un gran bolso azul.

¿Puede algo tan sencillo como un café curar las heridas? Marie tiene que ser valiente para ser libre, y quizá con un poquito de canela consiga volver a sonreír.

Cuando acabe el invierno
Copyright © 2017 Ángela Drei
Portada:

Alexia

Jorqués <http://infoalexiajorques.wixsite.com/alexiajorques>
Maquetación: Fabián Vázquez (www.fabianvazquez.net)
ISBN-13: 978-1545466391
ISBN-10: 1545466394

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Los hechos y/o personajes del siguiente programas son ficticios, cualquier similitud con la realidad es pura coincidencia.

A David, gracias por creer en este proyecto y ser más cabezota que yo.

Capítulo 1

Álex bajó del taxi frente al portal de la casa de Marie. Volvió a mirar el ramo de flores que había comprado. Siete rosas rojas, una por cada mes. Recordaba el primer día en que ella apareció en su cafetería con su gran bolso azul y sus gafas de sol. Había cambiado mucho desde entonces. Ya no se escondía tras unos cristales oscuros, no tenía ojeras y su vestuario se había llenado de color. Hasta su pelo era diferente.

Sonrió como el bobo enamorado que era y tocó el botón del videoportero mientras escondía las flores a su espalda.

Marie le esperaba en la puerta, y él la siguió al interior con una sonrisa traviesa. En cuanto estuvieron dentro, Álex le entregó el ramo de flores.

Ella las observó sorprendida. Siete rosas de un vivaz color rojo. Frunció el ceño sin entender y lo miró en espera de una explicación.

—Hoy hace siete meses que apareciste en mi cafetería. ¿No te acuerdas?

Álex disfrutó al ver cómo ella se ruborizaba. No, estaba claro que no se acordaba. Pero él no se enfadó, al contrario. Se sintió orgulloso y feliz de haberla sorprendido.

—Vaya, así que te has olvidado.

—Lo siento, de verdad. No recordaba la fecha.

—Pues algo tendrás que hacer para que te perdone.

Marie sonrió con coquetería al ver cómo él le guiñaba un ojo ladeando su sonrisa. Había vuelto a ser el hombre sexi y atrevido de siempre. No quedaba ni rastro de aquella mirada triste, la que aparecía cuando los recuerdos del pasado llegaban si avisar.

—No sé qué puedo hacer. Podemos salir y comer algo fuera..., o tal vez podemos quedarnos...

Él no la dejó continuar. Con un beso interrumpió lo que fuera que iba a decir y las rosas acabaron aplastadas entre ellos.

—Las flores, deja que las coloque.

Marie trató de apartarse un poco, pero él la tenía sujeta por la cintura con firmeza.

—Te compraré más. Te compraré flores cada día —dijo sin separarse de ella—. Celebraremos el primer día que te hice el desayuno, nuestra primera cita, la primera vez que te llevé en mi moto.

Mientras hablaba, iba dejando besos desde su cuello hasta su hombro, y desabrochó el primer botón de su camisa para poder tener más piel cerca de sus labios. Ella rió cuando sintió sus dedos cosquillear en su cintura subiendo la tela y entonces Álex se apartó lo suficiente para mirarla.

—Me encanta escucharte reír. Adoro tu risa. —Y era cierto, la había visto llorar incluso antes de saber su nombre y había odiado cada lágrima que oscurecía su preciosa mirada de chocolate. Ahora tenía entre sus brazos a una

Marie muy distinta, ligera y sonriente, vibrante como esas zapatillas con rayas doradas que se había comprado el fin de semana anterior.

Marie aprovechó ese momento para escabullirse y fue a la cocina. Antes de que las rosas estuvieran en un jarrón con agua, Alex ya había llegado y la envolvía entre sus brazos.

—No te escapes —le riñó mientras se colocaba tras ella.

—Deja que las ponga en agua.

—Solo si me prometes hoy no salimos de casa.

—Está bien, no salimos —aceptó ella mientras colocaba las flores en un sencillo jarrón de plástico junto a la ventana de la cocina—. ¿Qué quieres comer? ¿Comida china, pizza, sushi? ¿Qué pedimos?

—Tengo delante lo que quiero comer.

Marie abrió mucho los ojos y fue a decir algo más, pero él la cogió en brazos y cargó con ella hasta el dormitorio.

—Vamos, galletita, me muero de hambre.

—¿Galletita?

—Sí, galletita. Estoy pensando que quizá con un poco de chocolate... ¿Tienes sirope? ¿Nata?

Marie sintió como sus mejillas ardían y ocultó el rostro con las manos.

—No tengo de nada. Intento hacer dieta.

—¿Dieta? ¿Para qué?

Mientras esperaba una respuesta, Alex no se quedó quieto. Fue desabrochando el resto de los botones de la camisa que ella llevaba y bajando por la línea de su esternón hasta descubrir su ombligo.

—Pues verás, por culpa de alguien que conoces, los pantalones me quedan tan estrechos que no puedo casi abrochármelos.

—¿Qué pantalones? ¿Estos?

Alex se puso de rodillas entre sus piernas y desabrochó el botón de los vaqueros que ella llevaba puestos.

—Tengo una solución mejor: tira estos pantalones a la basura.

Se inclinó hasta dejar un beso en su estómago y ella intentó incorporarse.

—No es gracioso —dijo fingiendo más enfado del que sentía.

—No. No es gracioso.

—Alex, deja de hacer el tonto y escucha.

—Está bien, te escucho —aceptó y volvió a sentarse en la cama, aunque en lugar de mirarla a los ojos se quedó prendado del sujetador gris oscuro que resaltaba sobre su piel, tan pálida como el azúcar.

—¡Mírame a los ojos!

—No puedo —dijo echándose a reír.

Marie cogió la almohada y le golpeó, pero él era mucho más grande y con un solo movimiento la tuvo inmovilizada bajo su cuerpo.

—Estás preciosa. A mí me gustas.

—¿Te gusto gorda?

—No estás gorda, Marie. Pero es que aunque lo estuvieras me daría igual.

—Ya, seguro.

—No estás gorda —repitió muy serio—. Y quítate los vaqueros.

—¿Qué me quite los vaqueros?

—¿No te quedan estrechos? Pues quítatelos. O mejor, te los quito yo.

Álex la sujetó de los tobillos y bajó los pantalones hasta conseguir deshacerse de ellos.

Cogió uno de sus pies y besó con cuidado sus dedos. Llevaba las uñas pintadas de rojo oscuro. Le encantaba que fuera tan coqueta: a Marie le gustaba llevar las uñas de colores, aunque no llevara sandalias y nadie las viera. Eso era perfecto, porque sabía que ahora ella se ponía guapa para sentirse bien, no para agradar a los demás.

—Eres tan suave... —susurró pasando los labios por su tobillo.

Marie sintió un escalofrío cuando el aliento de él le hizo cosquillas. Su boca iba subiendo muy despacio dejando un camino de besos por el interior de su pierna.

—¿Sabes? Conozco una forma de quemar calorías.

Álex dio un pequeño mordisco en su muslo antes de mirarla.

—¿Sí? ¿Cuál? —preguntó Marie con un jadeo.

—Primero tienes que quitarte toda la ropa.

Mientras ella se dejaba desnudar, él no dejaba ni un trozo por besar. Era su plato preferido, su dulce Marie, la que había conseguido atraparle y llenar su corazón.

Siete meses. Todavía le costaba pensar que no estaba solo. Como su hermano le había dicho, ella había llegado para dinamitar los muros que había construido, y ahora tenía que volver a aprender a vivir sin miedo a sentir. Podía ser feliz. Era como lanzarse del trampolín a diez metros. Daba miedo, pero sabía que merecía la pena esa sensación de zambullirse y sentir cada músculo del cuerpo cargado de energía.

Marie sintió sus manos, sus besos, que recorrían su piel hasta que todo fue calor. Su corazón latía cada vez más rápido. No solo era sexo. Con Álex se convertía en una experiencia divertida donde ella podía devolverle cada caricia. Él nunca ponía mala cara, nunca fruncía el ceño, ni siquiera cuando ella se echaba a reír de forma escandalosa porque le hacía cosquillas al besar su cadera.

El sexo era genial con Álex. Vivir a su lado era genial. Se sentía segura y querida. No se avergonzaba si no llevaba la ropa interior conjuntada, si había escogido un sujetador demasiado sexi o si ese día estaba cansada y quería pasar la tarde viendo la tele con una vieja camiseta. Con él podía ser libre.

—¡Álex! —se le escapó un grito y rodeó sus caderas con las piernas para atraerle más cerca, tanto que no había ni un centímetro entre sus cuerpos. Él tenía el cabello revuelto, respiraba agitado y en cada movimiento mezclaba sus jadeos.

La besó largo y despacio. Su ritmo era lento, saboreaba cada gemido de ella. Terminaron temblando y sin aliento.

—Dios, Marie, creo que no debería haber ido a la piscina hoy. Si nuevo

cualquier músculo, voy a terminar desmayado.

—Ha sido culpa tuya. Yo solo quería quedar a comer —repuso Marie. Álex había terminado tumbado boca arriba en la cama, sin preocuparse por cubrirse con las sábanas, y su abdomen todavía subía y bajaba muy rápido.

—¿No te ha gustado? —preguntó mientras se ponía de lado para poder atraparla y volver a tenerla cerca.

—No he dicho eso. El único que te has quejado eres tú.

—Llevas razón. Me quejo —dijo y la besó—. Me quejo de que eres tan suave que no puedo quitarte las manos de encima. Me quejo de que desde que te veo tengo ganas de desnudarte y hacer mil flexiones contigo. Y sobre todo me quejo —añadió mientras golpeaba con el dedo índice su nariz—, de que eres una cabezota que no quiere vivir conmigo y me hace ir todo el día de acá para allá perdiendo un tiempo precioso que podríamos gastar en otras cosas, cosas interesantes como estar en la cama, en la ducha o sobre la alfombra del salón.

Marie apoyó la cabeza sobre su pecho y lo empujó para que se tumbara sobre su espalda de nuevo.

Aunque Álex insistía en que vivieran juntos, ella seguía negándose. Los dos sabían que terminaría cediendo, pero en los últimos días él no dejaba pasar ninguna pequeña oportunidad de sacar a colación el asunto. Ella se resistía. Por primera vez en muchos años se sentía libre. Era dueña de su tiempo, de su vida y de su futuro.

No tenía dudas de su relación con Álex, pero quería saborear un poco más la sensación de ser independiente.

Acarició su pecho siguiendo las líneas de sus músculos, marcados por horas y horas en la piscina. Escuchó cómo su respiración se hacía cada vez más lenta y cerró los ojos para descansar a su lado.

Alex era el chico perfecto. Y era su novio.

No se acostumbraba a esa palabra.

Si alguien le hubiera dicho hacía siete meses que él terminaría a su lado le habría llamado loco o idiota.

Todo podría haber sido diferente. Si esa mañana hubiera cogido el autobús, si hubiera descolgado el teléfono para hablar con Jonás, si hubiera ido a ver a su madre, su vida sería muy distinta.

Corrió las cortinas para que el sol no lo despertara y fue a la cocina a preparar algo de comer.

—¿A dónde vas? —preguntó él somnoliento.

—Tengo hambre.

—Espera, te ayudo a cocinar algo.

—No, esta vez yo hago la comida —dijo empujándolo sobre la cama—.

No te muevas de aquí.



Capítulo 2

Siete meses antes.

Miraba por la ventana y se preguntaba cómo había podido llegar a esto.

Era imposible saberlo.

Había llegado a desconectarse tanto de su corazón que no podía recordar ni un color en ese periodo de tiempo que había compartido con él.

Tampoco había calor.

Era terrible descubrir que todo ese tiempo lo había tirado a la basura.

Días. Semanas. Meses.

Todo a la basura.

No podía decir que había sido un sueño. No. A sí misma no podía mentirse.

Así que aquí estaba, mirando el cielo a través de la ventana de su cuarto y tratando de coger fuerzas para levantarse y salir a la calle.

Marie consiguió levantarse de la cama esa mañana y darse una ducha. Había dejado de llorar. Después de dos días tumbada viendo la televisión sin saber ni qué miraba y comiendo a ratos cualquier cosa que encontrase en la cocina, el entumecimiento había comenzado a abandonar su cuerpo.

Hacía tres horas, una conversación telefónica con su madre de menos de quince minutos la había sacado de forma definitiva de su estado de atontamiento.

Sí, su madre tenía ese poder. La cabreaba de tal modo que sin pretenderlo, le ayudaba a seguir adelante. Porque en ese cuarto de hora, lo único que había dicho eran frases del tipo: «no eres la primera ni la última», «así son los hombres», «déjate de teatros»..., y muchas más que cruzaban el reproche, la amargura y el insulto hacia su más mínima inteligencia en materia de la vida.

Como si ella fuera una niña.

Y no lo era, no era una niña. Había dejado de serlo hacía muchísimo tiempo.

Esa había sido precisamente la razón de que aceptara a Jonás tanto tiempo en su vida: él era todo lo que parecía necesitar. Un hombre recto, serio, que se ocupaba de todos los detalles. Un hombre que la cuidaba, uno que sabía exactamente lo que había que hacer en cada momento.

Solo que al parecer ella no era la única de la que él se ocupaba.

No.

Él necesitaba algo más.

Jonás tenía una amante. Qué típico. Era un cliché tan habitual que lo primero que había sentido no era enfado, sino vergüenza. ¿Cómo podía estar pasándole esto a ella? ¿Cómo podía ser la mujer engañada? Ella, que siempre

había presumido de su inteligencia, de su perspicacia. Ella, que siempre había tenido tantos pretendientes, que había escuchado mil veces aquello de «si vinieras conmigo...».

Pero de eso hacía demasiado tiempo. Con los años, su vida con él la había distanciado de todo y de todos. Al principio eran pequeños arranques de mal humor de Jonás, más tarde empezó a comportarse de forma grosera y maleducada con los amigos de Marie. Al final, se habían ido alejando, sabían que ese hombre no era para ella e iba a convertir su vida en un infierno, pero no podían hacer nada.

No había escuchado a nadie.

Ahora se encontraba sola en su habitación mirando de nuevo la ventana.

Se vistió con unos vaqueros y una camiseta, y se calzó unas zapatillas blancas. Le encantaban cuando parecían como nuevas, impolutas, perfectas, sin arrugas todavía, y este modelo con una raya rosa no lo había usado ni un par de veces. Decidió que era un buen momento, él no estaba allí para reírse de sus zapatillas deportivas: «¿Qué pasa? ¿Vas a correr?», siempre con sus bromas ácidas y sin ningún sentido del humor.

No, él no estaba allí.

Volvió a sonarse con el pañuelo de papel y se pasó el cepillo por el pelo. Estaba demasiado largo para su gusto, pero al menos ahora tapaba bastante su rostro. Se puso las gafas de sol, cogió su bolso azul y pensó que era el momento de tomar un café, de ir a ver a su hermano o incluso de darse un capricho.

Daría una vuelta por la sección de belleza de algunos grandes almacenes y compraría algo bonito que oliera bien, aunque no lo usase más de una semana.

Se dejaría mimar por los vendedores, puede incluso que se comprase algún par de zapatos de esos que se suponía que hacían sentir poderosa a cualquier mujer, que terminarían olvidados en el fondo de su armario sin ninguna duda.

Sí, se merecía algo así.

Ese gilipollas podía haberle robado años de su vida, pero desde luego no le iba a quitar nada más.

Con gesto decidido, abrió la puerta y salió de su casa. Tenía ganas de pasear un poco, y eso hizo, al menos recorrió unos metros hasta que la atacó una acuciante necesidad de esconderse. Frente a ella vio una cafetería y pensó que era el lugar perfecto, tomaría un café y comería algunos dulces.

Cuando entró, se le ocurrió revisar los mensajes en su teléfono móvil, el estómago le dio un vuelco.

En su WhatsApp había mil mensajes de Jonás.

No lo había bloqueado todavía, no había querido hacerlo. Tenían muchas cosas que arreglar. Él tenía que ir a su casa a recoger sus cosas y ella..., bueno, ella, en algún lugar estúpido de su cabeza, pensaba que todo esto se arreglaría, que él entraría por la puerta con un gran ramo de flores y le diría que se había equivocado, que no podía vivir sin ella y que era el momento de

casarse y tener hijos. Luego se amarían otra vez, como cuando eran apenas dos novios que empezaban a conocerse, y serían felices por fin.

No se dio cuenta de que estaba llorando hasta que oyó la voz del camarero. Se giró para sacar un pañuelo de papel con discreción del bolso, las manos le temblaban mientras lo hacía. ¡Qué espectáculo tan patético estaba dando! Si su madre la viera tendría que soportar que se riera durante más de un año. ¡Llorando en público!

Cuando levantó la cara, dio gracias porque todavía llevaba puestas las gafas de sol, no se las había quitado. «En lugares cerrados es de muy mala educación llevar gafas de sol, no eres ninguna famosa acosada por los paparazzi», retumbaba la voz de su madre en su cabeza. Tenía ganas de suplicarle que metiese su teléfono móvil dentro del lavavajillas, pues así no volvería a llorar nunca más al recibir un mensaje.

—¿Quieres un café?

Le había preguntado antes, estaba segura, pero ahora por fin ella estaba en condiciones de contestar.

—Sí, gracias —consiguió articular.

—¿Con leche?

Marie trató de parecer firme, de sorberse la nariz sin que lo notara, de ocultar el temblor de sus labios mientras contenía las lágrimas y de apretar el teléfono tan fuerte que desapareciera hecho polvo entre sus dedos. Sabía que no había conseguido ninguna de esas cosas.

En ese momento, frente al camarero, estaba dando una imagen tan ridícula de sí misma que lo único que quería era desaparecer, pero por desgracia no existían las capas de invisibilidad en el mundo real.

—Sí, por favor —consiguió articular. Por suerte, el camarero continuaba con una sonrisa suave en su rostro como si no se percatase del triste momento que ella estaba pasando, todo amabilidad y cortesía.

Marie dejó escapar el aire cuando él se alejó y guardó el maldito teléfono en su bolso. No pensaba volver a cogerlo hasta que no estuviera en su casa a solas. No hacía falta que se pusiera en ridículo delante de toda la ciudad.

La taza de café fue depositada sobre la mesa con un par de servilletitas dobladas en triángulos, y entonces vio el dibujo. Sorprendida, levantó la vista. Allí estaba todavía el camarero como si aún no hubiera terminado su trabajo.

—Te he traído unas galletas de chocolate. Espero que te gusten —dijo, con un guiño cómplice, y añadió justo antes de regresar a su trabajo—: Si necesitas algo más, llámame.

¿Si necesitaba algo más? Marie estaba inmóvil observando su taza de café. En la superficie blanca y esponjosa de la nata había dibujada una sonrisa y además estaba aquel platito con un puñado de galletas con trocitos de chocolate.

Claro que necesitaba algo más. Necesitaba decirle que había pasado mucho tiempo desde la última vez que habían hecho algo tan bonito por ella, quería preguntarle cómo era posible que un desconocido la hiciera sentir bien cuando su propia pareja, con la que había estado varios años, solo la hacía

llorar y sentirse una miserable estúpida, tan miserable y tan estúpida que él había necesitado buscar a otras mujeres mientras estaba con ella.

Por supuesto, no dijo nada y el camarero se alejó igual de sonriente que se había acercado las dos veces.

Ya en casa, después de pasar el día en unos grandes almacenes de la ciudad y comer una ensalada sentada en una cafetería con vistas al tráfico del Paseo de la Castellana, dejó en el suelo las diferentes bolsas y solo cogió una con un logotipo negro inconfundible sobre el fondo blanco. Colocó en su baño sus nuevas adquisiciones en belleza y sonrió. Quedaba precioso, olía perfecto y además le hacía sentirse bien. Desde luego, de esta forma era mucho más fácil no pensar en los huecos vacíos que había dejado Jonás en su baño y en su vida.

La vida era sencilla si solo se fijaba en los objetos, en las formas, y olvidaba el fondo. Era sencilla y segura. Ella necesitaba que su vida fuera segura. En estos momentos, la certeza de que su gel de ducha tendría el perfume de los melocotones o de que podía darse un baño con el aroma que usaba la mismísima Jackeline Kennedy, hacía que sintiera que su vida no se había ido por el desagüe. Las certezas son importantes y ella había sido educada para sentirse bien con un simple baño de espuma o con un bolso nuevo.

Más adelante, tal vez, podría comenzar a pensar. Ahora solo quería regresar a ese lugar seguro donde le habían enseñado a soñar, un lugar donde una manicura perfecta le hacía sentir bien, un lugar donde todo lo que tenía que hacer una chica para ser feliz era sonreír de la forma adecuada y sentarse correctamente.

Sin perder el ánimo, puso las margaritas en agua y colocó la jarra llena de flores blancas en la mesa del salón. Otro tópico: comprar flores para alegrar la casa.

Por último, se sentó a comerse unas galletitas de esas saladas con forma de pez, que le encantaban, mientras tomaba una cerveza. ¡Había comprado cerveza! Su madre se escandalizaría: ¡una mujer bebiendo sola en casa!, y desde luego, Jonás arrugaría el ceño.

Ella no era ya aquella niña pequeña que quería ser una princesa.

Puesto que ninguno de los dos estaba allí, le dio un trago a la cerveza que había comprado, una de esas botellas americanas frías que siempre le habían encantado, y encendió la televisión para ver alguna película tonta de amor, de guerra, o de lo que fuera, algo que la mantuviera ocupada.

Armándose de valor, revisó su móvil y esta vez no leyó los mensajes de él, decidió que lo haría en otro momento, ahora no podía, no quería. Necesitaba estar bien al menos durante unas horas.

La madrugada la sorprendió viendo una reposición de *Smallville* con varias botellas vacías a su alrededor. Había bebido demasiado. Fue hacia el dormitorio para acostarse y encendió la televisión de ese cuarto. Odiaba dormir sola. A su edad, todavía tenía miedo y pesadillas, y necesitaba ruido para dormirse.

Entreabrió un poco la ventana y corrió las cortinas por completo, la noche era demasiado cálida, pero no quería abrir del todo. Era improbable que alguien escalase hasta su casa, a un quinto piso no era fácil, pero sabía que si lo hacía luego terminaría levantándose. Jonás siempre se había reído de sus miedos. Bueno, ahora él no estaba, y que le dieran por saco a todas sus tonterías: podía dormir como le diera la gana.

Miró a la calle y vio pasar los coches. Mañana tendría que volver a salir.

Se despertó con un pitido dentro de sus oídos. Molestaba mucho, como si algo taladrara su cerebro. Abrió los ojos y no, no era dentro de su cerebro.

Era su teléfono móvil, que sonaba de forma impertinente e incansable.

Sin pensarlo, cogió el teléfono y aceptó la llamada.

Al otro lado, él. Su voz. Parecía algo bebido, había música de fondo y hablaba elevando la voz.

—¿Dónde estás?

—¿Que dónde estoy? —Se despertaba como podía y no sabía por qué comenzaba a sentir el estómago revuelto, bueno claro, eran las cervezas que había bebido mezcladas con aquella caja de galletas saladas, logró recordar.

—Llevo esperándote horas.

—¿Esperándome? —preguntó. No entendía nada. Jonás estaba ¿esperando? ¿Dónde?

—Podías haber avisado si no pensabas venir.

—Jonás, no sé de qué me hablas —fue lo único que atinó a decir sin llegar todavía a estar completamente despierta.

—El cumpleaños de Olivia, ¿o es que te has olvidado? Esperaba encontrarte aquí.

—¿Encontrarme allí?

Sintió algo dentro de ella, un enfado que iba naciendo en su estómago y subía por su garganta. Pero ¿este hombre era idiota?

—Sí, encontrarte aquí —insistió él con tono agrio.

—Jonás... — Lo bueno de no estar completamente despierta es que se sentía valiente para hablar sin todos esos filtros que se autoimponía—, hemos terminado hace cinco días.

—Marie, no me fastidies. Llevo esperándote toda la noche y no apareces —continuó él. Parecía muy molesto. Ya se lo podía imaginar con su entrecejo fruncido y los labios apretados.

—Jonás, hemos terminado —repitió e intentó mantenerse tranquila, pero los dedos comenzaban a temblarle ahora que era consciente de lo que decía.

—Eres una histérica. Te he dicho que lo siento. ¿Qué más quieres? Podrías no ser tan egoísta.

Marie abrió los ojos sorprendida. ¿Ella era egoísta? Había sido educada para pensar primero en los demás, sobre todo en el hombre que era su pareja.

—Jonás, no me llames más —le respondió. Pese al dolor que había comenzado a sentir en el centro del pecho, intentó que su voz sonara bastante firme, con la esperanza de lograr que él lo entendiera y cortara de una vez esa llamada. Ahora sí estaba despierta por completo. Dentro de ella, el dique de

emociones, en el que la ira había tomado una proporción cada vez más grande, estaba a punto de romperse.

—Está bien, tómate unos días. Pero recuerda que tenemos el viaje a Venecia. Pasaré a recogerte el viernes por la mañana. —Ahora el tono de él era paternalista, como si Marie no pudiese entender demasiado bien las palabras.

—Pero ¿eres sordo? ¿No has escuchado nada? —No supo de donde había salido aquella frase. Estaba entre enfadada, cabreada y dólida. ¿Cómo podía ser tan estúpido y egocéntrico? ¿Qué narices había estado haciendo ella estos años para que él la tratase de esta forma, pensase que podía liarse con cualquiera y que luego ella iría sin dudarlo de fin de semana romántico a Venecia?

Estaba indignada.

Por él, por ella, por su vida.

—Dime lo que quieras, lo merezco. Lo siento de verdad, ya lo sabes. El fin de semana arreglaremos todo y volveremos a estar como antes.

—No vamos a arreglar nada. —Trató de que él entendiera, no quería discutir, estaba demasiado acostumbrada a no enfrentarse nunca a Jonás.

—Vale, ahora estás enfadada, lo sé, pero el viernes te recojo.

—Jonás, no voy a ir contigo a Venecia, no vengas el viernes —volvió a decir, cansada, mientras su puño se cerraba en la sábana como única forma de dejar salir su enfado.

—Marie, tengo los billetes de avión. No puedo devolverlos. El viernes te recojo y punto.

—Jonás, no voy a ir a Venecia —repitió de nuevo.

—Puedes llamarme lo que quieras, Marie: idiota, cabrón..., lo merezco. —Hizo una pausa como si esperara que ella añadiera algo más, pero solo escuchó silencio—. ¿Sabes? Me voy a casa. Esta fiesta es aburrida sin ti. El viernes te veo, mi amor.

Y colgó.

Marie no sabía qué pensar.

Ahora no conseguiría volver a dormir. Se levantó de la cama para ir a la cocina a preparar algo de comer, tenía que moverse, hacer lo que fuera para no pensar. Tantas cervezas no la habían sentado bien, pero, como siempre que estaba nerviosa, era capaz de devorar cualquier cosa. Tenía hambre de cosas extrañas como jamón con gusanitos o macarrones con queso y chorizo, y pan con chocolate.

Cuando comenzó a comer con la cuchara crema de cacao, las lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas.

Y se dejó deslizar hasta el suelo, con las rodillas atrapadas entre sus manos, sin poder detener el llanto por más tiempo.



Capítulo 3

Era solo ¿miércoles?

La semana estaba pasando lenta, muy lenta. Cada día le parecía una lucha eterna mientras miraba pasar las horas intentando no volver a caer en la autocompasión y la tristeza.

Después de la llamada de Jonás, no había podido volver a dormir, así que esa mañana debería ir con las gafas de sol incluso dentro de la ducha. Bueno, no, allí se empañarían y no vería nada.

Marie se rió de su propia broma y entró en el baño sin mirarse en el espejo, abrió el agua caliente y en un minuto estaba bajo todo ese vapor con la piel ardiendo. Siempre le había gustado el agua muy caliente, que pareciera que sus músculos podían relajarse y reblandecerse. Había comprado todo tipo de cosas en los grandes almacenes y probó con uno de los botes de gel de baño.

El aroma a melocotón inundó todo el aire de forma suave, delicada y refrescante.

Se sentía bien. Esos pequeños detalles siempre hacían que se sintiese bien. Jonás nunca lo había entendido, decía que era tirar el dinero, que todas esas cremas carísimas no servían para nada salvo para mantener a un montón de publicistas.

Dejó entrar el aire y metió la cabeza bajo el agua. Las gotas se llevarían sus pensamientos, estaba segura de ello.

Y así sucedió. Diez minutos más tarde, giraba el grifo de la ducha hasta la posición frío y dejaba que sus piernas se aclimataran a esa nueva temperatura. Sabía que el agua tan caliente no era saludable y trataba de paliar así los efectos de su pequeño vicio. Además los músculos se revitalizaban al instante.

Salió envuelta en una toalla y se sentó en la cama. Cuando vio su rostro en el espejo de la habitación, se quedó inmóvil.

Esa era ella.

El pelo demasiado largo, los ojos rojos e hinchados, algunos kilos de menos y su piel no lucía ni mucho menos bonita. Tenía las uñas pintadas con manicura francesa, con ese aspecto anodino que nunca le había gustado, y llevaba unos diminutos pendientes de oro.

En esto se había convertido.

Decidida, abrió el precinto de plástico de otra de sus adquisiciones en cosmética y comenzó a darse un masaje en las piernas con una loción hidratante.

Dentro del armario tampoco había demasiadas cosas que le gustasen. Se preguntó quién había comprado todo aquello. ¿Qué extraña había puesto allí esa ropa insulsa y triste?

Casi no pudo encontrar nada que quisiera ponerse y al atarse las

zapatillas deportivas, las lágrimas volvieron a asaltarla, pero esta vez no dejó que sucediera porque ya tenía bastante trabajo que hacer con su rostro. Hoy se maquillaría y al menos no parecería que había salido de una película de zombies.

Al pasar por la puerta de la cafetería del día anterior recordó el sabor de las galletas de chocolate y no dudó ni un momento en entrar y disfrutar de un buen café.

Eligió de nuevo una mesa cerca de la ventana, donde poder mirar a la calle y sentirse menos sola. Esta vez dejó el teléfono móvil dentro del bolso y esperó con paciencia el pedido que había hecho antes de sentarse.

Esta mañana estaba más tranquila y observó un poco más al camarero. Parecía amable y agradable, con una sonrisa sincera en el rostro, de perfectos dientes blancos, el pelo algo revuelto, castaño y un poquito largo, barba de un par de días, impecable camiseta blanca y vaqueros. Todas las mujeres le dedicaban dos o tres miradas cuando hacían su pedido y todas se quedaban observándolo cuando se daba la vuelta.

Cuando él se dirigió a su mesa la pilló desprevenida, ella agachó la cabeza avergonzada.

Y se perdió su sonrisa.

Porque Alex se acercaba a la mesa con una de sus mejores sonrisas. Sabía perfectamente el efecto que tenía en las mujeres y lo explotaba en su negocio. ¿Qué tenía eso de malo? No hacía mal a nadie, solo les vendía una ilusión con el café, que por cierto era realmente bueno en su local.

Recordaba a esta chica del día anterior. Cuando ella se quitó las gafas de sol y vio sus ojos rojos de llorar se había quedado paralizado sin saber qué hacer. Solo se le ocurrió ofrecerle un café y unas galletas de chocolate. Habría deseado sentarse a hablar con ella, coger su mano y acompañarla, pero estaba solo a esa hora en la cafetería, su hermano todavía no había llegado y no podía desatender a los demás clientes.

No sabía por qué, pero ella le había parecido tremendamente... suave. No encontraba otra palabra. Ella estaba sufriendo en silencio, no pedía nada, solo un café, y no esperaba que nadie reparase en su pena. Parecía que estaba acostumbrada a ser invisible.

Odió eso.

Nadie debería sentirse invisible nunca.

Quería hacerle saber que él sí había reparado en ella. De tantas mujeres que entraban en su cafetería cada día, aquella era la que más necesitaba su café, pero también la única que no le había dedicado ni una mirada.

Alex solo le había podido llevar un café y galletas. Al menos añadió un poquito de canela para hacerlo especial y dibujó una sonrisa.

Hoy había dibujado una pequeña flor.

Le gustaba crear esos pequeños dibujos con la nata del café. Era divertido. Arte efímero, pero tan reconfortante para el espíritu...

De esa forma pensaba en su cafetería. Servía zumos, cafés, dulces..., todo lo necesario para comenzar un buen día con el estómago satisfecho y una

sonrisa en el rostro. Cuidaba que siempre hubiera un sonido agradable, nada de ruidos estridentes de tazas o lavaplatos, nada de luces que deslumbrasen, un suave olor en el ambiente a azúcar y café. Esta cafetería era su vida. La gente que venía buscaba disfrutar de un pequeño receso en el día, un minuto de calma y tranquilidad, y él había llegado a conocer a casi todos sus clientes.

Salvo a esta mujer que había entrado el día anterior, con su enorme bolso azul y sus zapatillas deportivas, blancas y rosas.

—Café con leche y un dulce de miel —enumeró el pedido que llevaba cuando estuvo al lado de la mesa de ella y esperó la aprobación dejando los platos con calma sobre la madera.

—Gracias —agradeció con un hilo de voz Marie. Todavía no había hablado con muchas personas, llevaba toda la semana evitando a su familia después de la discusión telefónica con su madre y no tenía ganas de llamar a nadie.

—De nada. Tenemos unos zumos naturales muy buenos, si te apetece. —Álex la miró unos segundos mientras ella parecía concentrada en la taza de café, vio su pelo castaño, sus manos muy blancas y el espacio en el dedo anular de la marca de un anillo.

«Así que era eso», pensó Álex.

Lo había supuesto desde el primer momento. Incluso había deseado que el problema de ella fuera algo tan pasajero como una ruptura sentimental. Eso era mejor que otras posibilidades macabras, tristes y graves.

—Miraré la carta. —Levantó los ojos para verlo y volvió a bajarlos de inmediato. Se sentía pequeña, insignificante y de nuevo ridícula. Allí estaba el camarero y ella no era capaz ni de dirigirle una mirada.

—Mejor pregúntame. Usamos sólo fruta del tiempo, así que la carta es orientativa —añadió, solo por tener alguna excusa para seguir hablando con ella, mientras inclinaba la cabeza de forma leve y mostraba una media sonrisa de las que sabía bien que gustaban a sus clientas.

—Gracias —contestó sin atreverse a continuar con ese pequeño flirteo.

Estúpida. Tenía que añadir a su lista «estúpida», porque así era como sonaba.

Álex se alejó y de nuevo comenzó a servir tras la barra. Charlabo, sonreía, bromeaba, dedicaba una palabra amable a todos los clientes. Pero de vez en cuando, volvía a echar una mirada a la mujer de aquella mesa junto a la ventana, la «mujer del bolso azul», como la había apodado en su cabeza.

Una de las cosas que le gustaba de su trabajo era la posibilidad de conocer a mucha gente, además la mayoría de ellos se sentían libres de contarle asuntos que parecían privados, no grandes secretos, más bien confidencias de esas que aligeran el corazón para el resto del día.

—¿Ya sabes su nombre? —le preguntó su hermano Alberto nada más verlo regresar a la barra.

—¿Su nombre? ¿De quién? —fingió no saber de qué le hablaba mientras entraba a la cocina para preparar un zumo para un cliente.

—*¡Oh, Padre Álex! Necesito una tarta de chocolate, he discutido con mi*

novio porque él no quiere casarse, le he dado un ultimátum y, ¿sabe qué? No me llama —bromeó Alberto poniendo voz de falsete.

—Cállate ya y ayúdame —gruñó Alex.

—Venga, cuéntame. ¿Qué te ha dicho?

—No me ha dicho nada. Y deja de hacer bromas. Esa chica no tiene aspecto de estar muy bien. ¿No la has visto?

—Para eso estás tú, ¿no? Te encanta hacer de confesor y ponerles un buen plato de tarta de chocolate como penitencia.

Alex ignoró a su hermano y regresó a la barra. No le molestaban sus bromas. Creía que era mucho mejor que hablaran allí mientras él les servía un café a que terminaran poniendo un estado lamentable en Facebook para que todo el mundo supiera cuando se sentían solas, tristes o habían tenido un día de mierda y querían añadir un poco de licor al café.

—Es bonita —susurró Alberto al coger unas galletas para otra clienta.

—Ajá —aceptó Alex mirándola otra vez.

—Un día te van a cazar.

Continuó con su trabajo y trató de no volver a mirarla. Por mucho que su hermano estuviera deseando que aquello sucediera, Alex sabía mantenerse alejado. Tras esa fachada de amabilidad, sonrisas y todo ese papel de hombre libre y decidido, había un muro que ninguna de ellas conseguiría traspasar.

Ajena al interés de los dos hermanos, Marie suspiró cuando acercó la taza a su boca. Olía a canela. Y calentaba el corazón.

¿De dónde había salido aquel pensamiento?

¿Calentaba el corazón?

Estaba mucho peor de lo que pensaba.

Ridícula. Estúpida. Cursi.

Miró sus zapatillas deportivas y de nuevo tuvo que esforzarse para no llorar.

Hubo un tiempo en que ella había sabido bromear con hombres como aquel, un tiempo en que el camarero la habría invitado al café y ella habría sonreído, conversado y luego abandonado aquella cafetería sintiéndose dueña de sí misma. Pero Jonás le había arrebatado todo.



Capítulo 4

Alberto miraba cómo su hermano preparaba una nueva bandeja de galletas. Desde que había aparecido aquella chica en la cafetería, no había un solo día que no se encargara de abrir el negocio él mismo. Eso ya era una novedad, porque normalmente a Álex le gustaba comenzar un poco más tarde. Cada mañana recorría cientos de metros a nado en una piscina olímpica mientras encontraba el equilibrio necesario para seguir luchando. Pero ahí estaba, puntual cada día desde que había aparecido aquella mujer.

Tenía cuidado de no decir nada, conocía bien a su hermano mayor. En cuanto se diera cuenta de lo que estaba pasando, correría en la dirección contraria sin detenerse a mirar atrás. Así había sido desde hacía unos años, cuando una visita sorpresa cambió su vida por completo.

Ahí estaba Álex ahora mirando embobado a la misma mujer cada día y preparando galletas de chocolate para ella. Porque a Alberto no lo engañaba, eso de que estaba mejorando su receta era una burda mentira que su cabeza había creado para justificarse a sí mismo. Estaba cocinando para una mujer. Si había algo más romántico e íntimo, desde luego Alberto no lo conocía. A quien sí conocía bien era a Álex y tenía la esperanza de que esta vez fuera la definitiva. Se lo merecía.

—Llevas cinco minutos secando esa bandeja. —La voz de Álex le sacó de sus pensamientos. Sacudió la cabeza dando gracias de que su hermano mayor seguía sin súper poderes y sus pensamientos estaban a buen recaudo.

—¿Algún problema? —inquirió despreocupado.

—Tú dirás. ¿Te pasa algo? —le preguntó acercándose mientras le escrutaba muy serio. Una de las cosas que no habían cambiado desde que eran pequeños, era esa faceta de protector con Alberto.

—Nada. No te preocupes.

—¿En serio? —insistió Álex.

—En serio. Déjame ya —contestó y salió de la cocina escabulléndose con una bandeja en la mano para volver a entrar un momento más tarde y dejarla en su sitio, al lado de sus compañeras, sobre la encimera.

—Si te gusta tanto esa bandeja llévatela, no pasa nada —bromeó Álex solo por provocarlo y conseguir que le dijera qué pasaba. Pero su hermano se empeñó en no contestar y volvió a salir de la cocina, así que él regresó a su ocupación de revisar las notas de sus recetas. Esos días había cambiado ligeramente algunas cosas, ahora sus galletas eran mucho más sabrosas, pero tendían a desmigarse demasiado y eso no le gustaba. Tenía que encontrar la proporción justa de chocolate y harina con ese toque de naranja que siempre le distinguía. De sobra conocía las clásicas recetas, que funcionaban y eran prácticas, pero quería algo diferente, algo que pudiera presentar orgulloso a

aquella chica junto con su café.

Dio unos golpecitos con el lápiz en su libreta antes de guardarla y salió a la barra de la cafetería con su hermano.

Marie pensó que era viernes, por fin. Ya no dedicaba el día entero a martirizarse pensando en sus errores, es decir, en Jonás. Todavía había momentos en los que tenía que esforzarse para no llorar, pero la verdad es que poco a poco era más fácil ver la televisión o salir a comprar.

Supuso que de esa forma uno decía adiós a alguien. Había leído sobre las fases del duelo y parecía que una ruptura, fuera del tipo que fuera, solía cumplir ciertas normas hasta que la persona afectada conseguía continuar con su vida. Siempre que fuera fuerte para dar cada paso, por supuesto.

¿Era ella fuerte?

Recordaba un tiempo en que lo fue. Mientras se peinaba frente al espejo, pensó que también sería capaz de pasar por todo esto, después de todo, miles de personas a lo largo del mundo estarían igual que ella en estos momentos. ¿Por qué no iba a ser capaz de dar un paso adelante? Tenía que serlo, saldría a la calle y daría uno tras otro, decenas de pasos, cientos de ellos. Hasta que olvidase a Jonás.

Esa mañana, por cuarta vez en su vida, Marie entró en la cafetería de Álex y se sentó cerca de la ventana. Hacía un buen día fuera. La temperatura comenzaba a subir, el cielo estaba azul y bastante despejado, la luz, en definitiva, bañaba la calle.

Y allí estaba ella, con su café con un ligero aroma de canela.

¿Qué esperaba exactamente de este café?

Todo y nada, pero cuando había salido de casa después de su desayuno de fruta y leche, supo que su día no iba a estar completo sin otro café con aquellas galletas con trocitos de chocolate o quizá un pedazo de bizcocho de naranja.

Todavía no se sentía centrada, era como si no se reconociese en los espejos. Su imagen no le parecía ella misma, ni siquiera su voz. Había hablado con algunos viejos amigos que llamaron para interesarse por ella. La noticia había corrido rápido y se sintió reconfortada al saber que, incluso después de tanto tiempo, no la habían olvidado y estaban dispuestos a estar a su lado.

También había vuelto a hablar con su madre y, no sabía muy bien cómo, terminó por aceptar la invitación a comer con ella el domingo. No era buena idea, pero no había sido capaz de negarse.

Pronto tendría que seguir su búsqueda de trabajo. Hacía meses que no trabajaba. Se marchó de su último empleo animada por Jonás, quien opinaba que no reconocían lo suficiente el trabajo que hacía. La verdad es que el sitio era feo y desagradable, pero era mejor que nada. Aunque no tenía necesidad de trabajar gracias a los ahorros que había guardado, no le gustaba estar ociosa. Sabía que solo necesitaba hacer algunas llamadas, una en concreto. Sí, su hermano tenía guardado para ella un puesto a su lado, para trabajar juntos como habían planeado cuando eran jóvenes. Así que sacó el teléfono móvil y

pensó en llamar mientras esperaba su café.

Cuando sus dedos casi tocaban el teléfono, la sorprendió el sonido de la llamada y descolgó de forma involuntaria por culpa de la pantalla táctil.

La voz de Jonás se podía oír perfectamente a varios centímetros sin necesidad de acercarse.

Sonaba enfadado. Muy enfadado.

—No te oigo bien —mintió. No quería hablar con él, no había nada que decirse, y estaba harta de llorar y sabía que terminaría haciéndolo otra vez. Y no, no quería volver a llorar en público aunque todos los que la rodeasen fueran desconocidos.

—¿Dónde estás? ¡Estoy en tu casa! —gritó Jonás enfadado al otro lado de la línea.

—¿Y qué haces en mi casa? —preguntó tratando de no levantar el tono de voz mientras miraba instintivamente por la ventana buscando a Jonás.

—Sabía que te olvidarías. A veces no entiendo cómo puedes ser tan tonta, tener tanta memoria para algunas cosas y para las importantes comportarte como una idiota absoluta.

Marie se quedó boquiabierta. Como siempre que él la insultaba, era incapaz de reaccionar. Se quedaba paralizada escuchando sin poder encontrar ninguna respuesta.

En el mundo en que ella se había criado nadie insultaba a nadie. Desde luego, un hombre nunca insultaba a su mujer. Pero había llegado a la extraña conclusión hacía mucho tiempo de que si él la insultaba era culpa de ella. Algo malo debía de tener. Porque Jonás se comportaba de forma educada y cortés con todo el mundo, salvo con ella.

—¿Dónde estás?

Le tembló la voz antes de contestar. No quería hacerlo, pero su cerebro parecía que iba por libre y no se pudo negar.

—Estoy en una cafetería, desayunando —por suerte no dijo que estaba a penas a unos minutos de su casa.

—¿En una cafetería? Por Dios, Marie, el avión sale en tres horas, sabes que me gusta llegar con tiempo al aeropuerto. Vuelve aquí inmediatamente.

Marie parpadeó un momento. Entonces entreabrió los labios para decir algo y no pudo. Solo tomó aire.

Y en ese instante algo cambió en su vida.

El especiado y ligero olor de la canela invadió su nariz, su boca, su garganta y sintió de nuevo esa cálida sensación recorrer su pecho.

—¿Marie? ¿Estás ahí?

La voz de Jonás seguía sonando enfadada, pero ella ahora estaba prestando atención a otros ruidos.

Por primera vez en mucho tiempo podía escuchar todo. No era como si estuviera dentro de una jaula.

Observó al camarero con su sonrisa amable, también se fijó en el anciano que cada día había visto en un rincón leyendo la prensa y en esa joven que venía con unos auriculares puestos que se quitaba en cuanto tomaba asiento.

Todos tenían un sonido. A su alrededor había voces y ruidos de otra gente, personas como ella, que cada día venían a tomar su desayuno.

—¿Marie?

Casi sacudió su cabeza para regresar a la conversación con Jonás. La voz de él se le antojó desagradable, fea y carente de armonía. Burda y grosera. Un repentino asco ascendió por su estómago e hizo que sujetase el teléfono móvil con fuerza.

—No voy a ir.

Sus palabras salieron firmes. Parecía que otra persona estuviese hablando a través de su boca, aunque reconoció su propia voz.

—¿Cómo que no vas a venir?

Respiró de nuevo tratando de calmarse, pero algo se rompió de forma definitiva dentro de su corazón. No había forma de detenerse ahora.

—Jonás, ¿eres sordo? No voy a ir. ¿Cómo te atreves a llamarme? ¿Cómo puedes tener la caradura de hablarme? ¿A Venecia? Tú crees que yo querría ir con alguien como tú. Eres asqueroso, Jonás, me das asco. Tal vez te crees que puedes ir por ahí paseándote como si fueras el rey del mundo, quizá alguna de esas te acompañaría sin problemas a un fin de semana en Venecia. Yo no. No me haces falta. No vuelvas a llamarme. No tengo nada para ti. Todo lo que había tuyo en mi casa está en el cubo de basura. Y no quiero nada que tú puedas tener. Si tienes algo mío, tíralo. No quiero nada que hayas tocado.

—Marie, si crees que luego voy a olvidar lo que estás diciendo...

—No, no lo olvides —le interrumpió, y habló con una calma y seguridad que había renacido en su interior—. Quiero que recuerdes cada palabra. No vuelvas a llamarme.

Pulsó su dedo índice sobre el rectángulo rojo y cortó la llamada sin pensarlo dos veces. Al segundo su teléfono volvió a sonar y ella lo apagó por completo antes de guardarlo en su bolso.

Entonces miró a su alrededor.

Había varias caras giradas hacia ella, gente con rostro sorprendido, algunos con una media sonrisa, otros con un gesto de complicidad.

Bebió un sorbo de café tratando de calmar el temblor de sus manos.

Cuando volvió a levantar la vista el camarero se encontraba a su lado.

—Zumo de naranja recién hecho. Invita la casa. —La sonrisa en su rostro era un poco más amplia que otros días y Marie sintió cómo sus mejillas ardían de vergüenza.

—Muchas gracias. —Ahora su voz volvía a ser baja y deseó que nadie hubiera escuchado nada. Bastante humillante era su situación como para tener que soportar las miradas de estos desconocidos.

—Cuido a mis clientes y parece que necesitas una buena dosis de vitaminas. —Alex frunció el ceño al darse cuenta del doble sentido de su frase—. Quiero decir, el invierno ha sido largo, todos necesitamos vitaminas.

—Sí. Todos. —Marie evitó mirarlo, avergonzada por la escena que acababa de protagonizar. ¿Tan mal aspecto tenía que un desconocido se preocupaba por su salud? ¿O quizá era una forma educada de ignorar el

pequeño drama que había presenciado?

Pero Alex no había pensado nada de eso. Lo único que había pasado por su cabeza era que esa mujer necesitaba una recompensa por haber sido tan valiente. Sí, valiente, porque había que tener mucho valor para sacudirse a un idiota como aquel que debía de estar al otro lado de la línea, había escuchado lo suficiente para tenerlo muy claro. Así que pensó que bien podía prepararle un zumo, algo fresco y revitalizante, algo que le dijera: «¡Eh! Hoy es un día genial». Por desgracia, había metido la pata al hablar. Lo único que podía decir en su defensa era que había sido el efecto directo de la mirada de esa mujer sobre él. Hasta ese momento, no había reparado en que tenía unos ojos castaños preciosos, oscuros y dulces como el chocolate. El rastro del enfado todavía se podía apreciar en ellos. Esa ira los hacía brillar, vivos y llenos de vida, y él, de golpe, vio a la mujer que se escondía bajo esa frágil apariencia. Era una mujer hermosa, muy hermosa.

Cuando regresó a la barra, su hermano Alberto estaba mirándolo con una sonrisa de lado a lado y movía la cabeza negando y murmurando. Tampoco se había perdido un detalle de aquella escena y estaba feliz de ver cómo, por primera vez en mucho tiempo, una mujer conseguía desconcentrar, aunque fuera durante un momento, a Alex. Era curioso y divertido ver cómo preparaba con tanto mimo y concentración el café para aquella mujer. Parecía que ambos habían creado un ritual: ella llegaba y se sentaba dejando su gran bolso azul al lado y Alex preparaba un café creando otra de sus preciosas decoraciones y añadiendo galletas, servilletas dobladas y todo un montón de detalles para hacer el momento perfecto. En ese preciso instante, Alberto tuvo una idea y no pudo evitar que se le escapara la risa.

—¿Qué pasa? —preguntó Alex extrañado.

—Nada, pensaba en los rituales de apareamiento.

Alex no siguió preguntando, en ese momento Marie se levantó para abandonar la cafetería y él prefirió mirarla a seguir con una de esas conversaciones absurdas con su hermano.



Capítulo 5

Cada día era un poco más fácil para Marie. Una vez que hubo gastado todas las lágrimas que tenía, recuperó la voz y sus ojos dejaron de parecer los de un vampiro insomne. Comenzaron entonces los pequeños cambios que siempre acompañan el renacer de una vida. Así lo había leído en un uno de esos libros de autoayuda que su madre había dejado sobre la mesa de la cocina una de las veces que fue a visitarla. Al parecer, Jonás se había atrevido a llamarla y contarle lo desconsiderada que era su hija. Por supuesto, no le había contado la verdadera razón de su ruptura, o quizá sí, y su madre había pensado que ella debía perdonarlo y continuar a su lado. Era capaz de ver y de actuar de forma práctica y retorcida en aquellas situaciones: para ella la fidelidad, la sinceridad o cualquiera de esas cualidades no eran importantes frente a perder una vida acomodada.

No habían hablado demasiado, la relación con ella no había sido nunca fácil ni fluida. Marie había sido educada en una familia que giraba en torno a la figura paterna, figura por otra parte ausente, desconocida, incluso desaparecida durante las largas horas del día en que su padre trabajaba. Él no frecuentaba demasiado el domicilio familiar, aunque llenaba con creces ese vacío en sus vidas con cientos de regalos, muchas veces extravagantes y totalmente inadecuados, como cuando Marie desarrolló una casa de muñecas con trece años o su hermano Luis una colección de discos clásicos a los diez. Las paredes de su casa habían estado llenas de fotos que se hacían en los pocos días que pasaban juntos de vacaciones en cualquier playa de la Península y de las cenas de Navidad en que invitaban siempre a los abuelos y todos se vestían de gala como si se tratase de cenar en el Ritz.

Ahora su madre era una figura extraña en su vida. No tenían nada en común. Mientras había durado su relación con Jonás, los dos habían acudido con puntualidad una vez a la semana a comer a su casa junto con su hermano Luis y su familia. Se comportaba como el novio perfecto, a veces hasta parecía coquetear con su futura suegra alabando en exceso su aparente juventud.

Por supuesto la madre de Marie estaba encantada con Jonás. Era un hombre formal, educado y distinguido. Ganaba suficiente dinero y ella estaba segura de que su hija disfrutaría a su lado de una buena posición dentro de la sociedad que ella misma frecuentaba.

Así que en cuanto su madre salió de su casa, Marie respiró tranquila. Por desgracia, antes de irse había vuelto a recordarle la cita familiar, pero ella sabía que también iba a estar su hermano y eso lo haría más fácil. También estaba segura de que su cuñada estaba al tanto de todo y se pondría de su parte. Su madre no podría amargarle la comida, tenía esa esperanza.

Tranquilizada por todos estos pensamientos, decidió dar un paseo. Por casualidad pasó por la puerta de una de esas modernas franquicias de peluquería que abren casi todo el día y sintió el impulso de entrar. Comenzaba el calor y el pelo largo no era cómodo. Sabía que si iba a su peluquero de los últimos años, tendría que explicar mil cosas y no se sentía de humor para volver a contar su historia a nadie, los rumores corren muy rápido cuando hay tanta gente aburrída deseando ver a otros caer. Decidida a dar un nuevo giro a su aspecto y de paso cumplir otro de los tópicos al sustituir una sesión de psicoanálisis por un nuevo corte de pelo, entró fingiendo estar decidida.

Se sentó en los sillones de espera, demasiado modernos y nada cómodos, y se puso a ojear unas revistas de estilismos. Cuando la sentaron frente al espejo con una capa protectora negra y el pelo mojado enrollado en una toalla color rosa fucsia, vio su rostro. Esa era ella. Y siempre había odiado el pelo largo, aunque no recordaba haberlo llevado corto.

Una hora después salía satisfecha, sonriendo, sintiéndose ligera con una melena que no tocaba sus hombros. Podía imaginar que era otra persona, que nadie la reconocería.

Cuando regresó a su casa llevaba también varias bolsas de ropa. Fue fácil tirar todas esas prendas pálidas que llenaban su armario. Se deshacía de cada recuerdo de él que tenía en la casa.

Con mano firme y fría, metió en una bolsa de basura las escasas pertenencias de Jonás que encontró en su apartamento, un cepillo de dientes y algunos productos de aseo, y lo tiró dentro del cubo de basura.

¿Así era como uno terminaba con su vida? ¿Funcionaba de esta forma eso de «pasar página» que contaba la gente?

Comenzaba a ver todo aquello como si de otra persona se tratase, como si nunca hubiera viajado a Roma o a París. Incluso fingiría que nunca había estado en Londres.

Recuerdos ensuciados por él.

Si se detenía un momento sabía que todos ellos habían estado salpicados de tristeza y amargura. Como ese día que él le acompañó a ver la exposición en la Tate Gallery y se había dedicado a ridiculizar el rostro de Lilith y la expresión de Ofelia.

Cómo lo había odiado.

Su forma de herir con cada broma, de avergonzarla delante de los demás, de despreciar siempre cada pequeño logro.

Sin embargo había continuado a su lado.

Paralizada.

Cuando puso un edredón nuevo sobre la cama, blanco con pequeñas ramas verdes de primavera, suspiró sin saber muy bien qué necesitaba.

Lo que sí sabía era lo que nunca volvería a tener.

Porque por desgracia, él se había llevado demasiado. Se había llevado años de ilusiones y sueños. Se había llevado su alegría, su espontaneidad y sus esperanzas.

En su lugar había dejado una mujer completamente distinta, una casi vacía

que no conseguía reconocerse en el espejo, aunque ahora, con el pelo un poco más corto y menos rubio, conseguía sentirse dispuesta para dar el siguiente paso.

El teléfono de su casa la sacó de sus pensamientos y casi lo agradeció. Esta vez tuvo la prudencia de comprobar el número antes de contestar.

—Hola. —La sonrisa en su rostro era evidente, aunque nadie pudiera verla. La llamada de su hermano era lo que más necesitaba en este momento.

—Hola. Acabo de hablar con mamá. Me ha dicho que ha ido a verte. ¿Estás bien? —directo como siempre, Luis hablaba rápido.

—Estoy bien, no te preocupes.

—Me preocupo. Lo sabes. No te he llamado antes porque Patricia insistió que era mejor dejarte un poco sola. Pero ya es suficiente ¿no?

—De verdad, estoy bien. Gracias por tus mensajes de estos días —le dijo al recordar los mensajes telefónicos con que él la bombardeaba cada hora para preguntar alguna pequeña tontería—. Mamá ha insistido en que coma en su casa, así que allí nos veremos.

—Sí, me lo ha dicho. ¿Quieres que vaya a tu casa, Marie? ¿Te ha molestado más Jonás? Sabes que puedes quedarte aquí si quieres, hay otra cama en el cuarto de la niña.

—Lo sé. De verdad, estoy bien y tranquila. Jonás no me ha molestado más, además esta semana está en Italia. Ya sabes cómo es, se olvidará rápido, estoy segura.

—Sí, sé como es: un gilipollas —espetó Luis sin ocultar los sentimientos que tenía por el exnovio de su hermana.

—Sí. Lo es —aceptó ella y dejó salir el aire más despacio.

—Entonces nos vemos el domingo. De paso, te cuento sobre el trabajo.

—Luis, no hace falta, en serio, buscaré algo —trató de convencerle, porque su hermano le había hablado en varios mensajes de un puesto de administrativo que por una casualidad increíble, se encontraba libre en su despacho.

—En serio que no es por ti, es por mí. Estoy harto de contratar chicas que se pasan el día mirando al infinito pensando en la siguiente llamada de su novio. Me harías un favor —mintió su hermano, porque el puesto lo acababa de crear esa misma semana con la complicidad de su mujer y socia.

Marie sabía que era mentira, que su hermano estaba intentando ayudar y también que no iba a aceptar un no por respuesta salvo que ella tuviera otro puesto de trabajo. Así que iba a aceptarlo, se pondría al día con los programas informáticos y volvería a trabajar, y en cuanto pudiera buscaría otro trabajo y dejaría de ser una carga para él.

—El domingo hablamos.

—De acuerdo, ahora mismo se lo digo a Patricia. Se va a poner muy contenta. Si necesitas algo llámame. No te hagas la dura.

—Lo haré, de verdad. Es solo que no me apetece hablar mucho —trató de explicarle—, pero estoy bien.

—Vale, nos vemos en casa de mamá entonces.

Se sentía mucho mejor después de hablar con su hermano y se dio cuenta de que había sido tonta por no llamarle antes. Él siempre la había ayudado, desde que eran pequeños los dos habían formado un buen equipo y aunque ahora ya habían crecido y ella se sentía avergonzada por su situación, si había alguien que podía ayudarla, era Luis.

Varios conocidos la habían llamado esos días, algunos preocupados sinceramente, otros estaba segura de que solo querían confirmar el último cotilleo. Suponía que Jonás había contado alguna historia donde él era el gran damnificado de la situación y, como siempre, lo habían escuchado y le habían dado todo el crédito. Tenía ese poder sobre la gente, era la estrella.

A ella, sin embargo, le costaba hablar con sus viejos amigos. Sabía lo que pensaban. Muchos le habían advertido sobre él intentando hacerle ver la persona que era y lo que hacía con ella. Pero no había escuchado, cegada como estaba con la puesta en escena de Jonás. Hasta que fue demasiado tarde. Luego no encontró fuerzas para terminar hasta aquella noche en que vio cómo una mujer le dedicaba una sonrisa delante de sus narices en plena cena con sus amigos y se llevaba la mano al cuello para acariciar un colgante de oro. Jonás no se molestó en ofenderse cuando Marie le preguntó qué había entre ellos, la miró con desprecio y se dedicó a ignorarla el resto de la velada. Entonces ella vio con total claridad cómo todos a su alrededor estaban al tanto de lo que sucedía, todos salvo ella, que parecía haber estado ciega.

Ojalá pudiera hacer las maletas y marcharse a otro continente. Comenzaría de nuevo sin tener que explicar a todos lo tonta que había sido, cómo se había dejado engañar.

Por fin llegaba el sábado, otro fin de semana, y aunque no tenía nada que se pudiera llamar vida social, los fines de semana seguían siendo especiales: el ritmo de la ciudad cambiaba y el tráfico era menos ruidoso. Podía levantarse pronto, ir a desayunar a su cafetería preferida y salir a comprar algún libro o quizá un perfume. Esos pequeños caprichos que habían conformado la rutina de los primeros días de su nueva vida; así lo había llamado: «su nueva vida».

Cuando entró en la cafetería, sus pulmones se llenaron de inmediato del olor a café y azúcar, a especias y a frutas, que había en el aire. Al cerrar la puerta tras de sí, pensó que este lugar era un pequeño oasis. Y ella era aceptada en él. Podía entrar y por el valor de unos cuantos euros sentirse a salvo del ruido y la fealdad que había en su vida.

Dejó el bolso sobre la silla y metió dentro el teléfono móvil. No quería ninguna interrupción, este era su tiempo, el de la verdadera Marie.

Alex miró sorprendido cuando la vio entrar por la puerta. Llevaba el pelo más corto y parecía distinta. Le gustaba pensar que conocía a casi todos sus clientes, pero la verdad es que a ella todavía no había podido acercarse. Observaba su rostro y se alegraba de ver que iba mejorando, sabía que los primeros días que pasaba por la cafetería lloraba por la noche y todavía recordaba el pequeño incidente de la conversación telefónica. Pero no sabía nada más de ella, ni siquiera qué café le gustaba, porque había sido iniciativa

suya añadir una ligera bruma de canela. Estaba distinta, desde luego, y él se sentía, de una forma absurda e infantil, orgulloso al pensar que había ayudado en ese cambio aunque fuera con unas simples tazas de café. Quería colaborar un poco más, quería hablar con ella, sentarse unos minutos a su lado y charlar, porque estaba seguro de que bajo esos ojos con un rastro de tristeza, se ocultaba una mujer muy distinta, y él quería conocerla empezando por su nombre, que ni siquiera había tenido la oportunidad de preguntar.

—Buenos días. ¿Un café?

Marie lo miró durante unos segundos, parecía que en esas dos sencillas frases se escondían un montón de preguntas y conversaciones pendientes. Aunque no era la primera vez que lo escuchaba, sí era la primera ocasión en que su voz le parecía cálida y profunda y le hacía pensar en esas galletas de chocolate con que acompañaba su café.

—Sí, por favor —esta vez contestó sin agachar la mirada, además se había quitado las gafas de sol al entrar, ya no tenía ojeras ni las necesitaba para ocultarse y no quería seguir pareciendo una maleducada.

—¿Cómo te gusta el café?

Marie se sorprendió por la pregunta. Durante todos esos días él había decidido cómo convertir en especial el sencillo café con leche que ella pedía.

Un poco contrariada miró el cartel de pizarra negra que había en la pared.

El esperó un segundo mirando el ceño fruncido de ella. Ojalá lo mirara a él con tanta concentración.

Tras la barra, Alberto se divertía con la pequeña escena mientras ocultaba su sonrisa. Había observado cómo Alex miraba la puerta cada vez un poco más ansioso cuando alguien entraba y cómo un pequeño rastro de decepción asomaba al no encontrar a la mujer del bolso azul. Por fin había regresado a su cafetería y Alex parecía dispuesto a dar el siguiente paso. Su hermano pequeño cruzó los dedos mentalmente porque seguía con aquella corazonada.

—¿Un café con leche y un poco de canela, y galletas de chocolate? —le ofreció Alex.

—Sí, me gusta esa idea —aceptó y le devolvió una sonrisa que hizo que Alex sintiera ganas de ofrecerle todos los cafés de su vida. Por fin ella no se ocultaba tras esas gafas de sol. Parecía muy distinta, su cabello era diferente y su forma de moverse y sonreír la hacían parecer mucho más segura y real. Si pudiera la envolvería en ese momento entre sus brazos, un segundo, y pasaría su nariz por su cuello para saber a qué olía.

Se concentró en decir algo ocurrente, pero al final perdió la batalla con su cerebro.

—Hoy tenemos también bizcocho de naranja, te pondré un trozo para que lo pruebes.

Bueno, ya estaba todo dicho, ahí terminaba la conversación posible de un camarero y un cliente.

Marie fingió buscar algo en su bolso, se había puesto muy nerviosa. ¿Seguía el camarero mirando en su dirección? Lo miró a escondidas mientras

él preparaba el café y observó que una amplia sonrisa ocupaba su rostro. Era una sonrisa preciosa, de esas que parecen decirte que alguien ha dormido a pierna suelta y la vida merece la pena.

Alex tenía esa energía que te contaminaba.

Cuando dejó el café en la mesa, Marie miró curiosa la forma que él había hecho en la nata esta mañana. Era todo un maestro, cada día la sorprendía con un pequeño detalle y siempre colocaba de forma cuidadosa las galletas sobre las servilletas para que los corazones que las decoraban fueran bien visibles. Esta vez formaban un montoncito junto al bizcocho que dibujaba una media luna.

Se sentía como una adolescente, tenía el estómago lleno de mariposas y un ligero temblor en las manos.

Alex siguió con su trabajo, pero ella sabía que de vez en cuando le echaba un vistazo, como si comprobase que aprobaba su café. Y vaya si lo aprobaba. El toque de canela hacía que su nariz aspirase en unos segundos una sensación de tranquilidad y calor que llenaba su corazón.

Levantó la cabeza y su mirada se cruzó con la de él.

Vaya, allí estaba otra vez esa mirada oculta bajo unas grandes y espesas pestañas. ¿Sus ojos eran verdes?

Cuando se dio cuenta de que llevaba demasiado tiempo mirándolo, bajó la cabeza en un gesto rápido y dio un mordisco a la galleta. Estaba segura de que sus mejillas lucían sonrojadas.



Capítulo 6

¿Podía una mañana de domingo tener este cielo azul tan magnífico?

Parecía increíble, pero sí, el cielo estaba despejado, el sol calentaba lo suficiente para ir solo con chaqueta y era agradable pasear.

Hoy Marie no había tomado ni un trozo de fruta y su estómago se quejaba mientras caminaba esa pequeña distancia que separaba su casa de la cafetería. Cuando entró y se sentó en su mesa, casi suspiró por el olor a galletas y bollos recién hechos.

—Buenos días.

Álex la saludó con su sonrisa impecable, su piel tostada y esos ojos verdes que le hacían pensar en la primavera.

Marie desvió la vista un poco nerviosa y se esforzó en recordar que él hablaba con ella porque era su trabajo, tan solo apuntaba el pedido, lo preparaba y lo servía.

—Buenos días. Quería un café con leche —pidió intentando parecer firme, aunque hablaba demasiado bajo, lo sabía, como siempre que se sentía insegura.

—¿Con un toque de canela?

Pero Álex la miraba solo a ella. Hoy la cafetería estaba prácticamente vacía, los domingos la mayoría de sus clientes habituales no aparecían por allí. Pero ella sí, y eso le había dado una secreta satisfacción. Ella había elegido salir a media mañana de su casa para ir a su cafetería. Eso tenía que significar algo.

—También tengo galletas, pero hoy no hay de chocolate, son de mantequilla. —Ofreció lo que tenía deseando que ella quisiera hablar, aunque el resto de los días no parecía haber reparado demasiado en él.

—Perfecto —dijo, y la voz de Marie continuó más baja que de costumbre. Era imposible que ahora que la miraba con toda su atención, ella consiguiera calmarse, lo sabía, hacía demasiado tiempo que no tenía esa sensación en su estómago.

Álex se alejó para preparar el desayuno de ella, colocó las servilletas tras elegir las que estaban decoradas con corazones, puso tres galletas de mantequilla sobre ellas y se dispuso a hacer el café.

Sus clientes estaban encantados con su habilidad, siempre agradecían y valoraban esas pequeñas creaciones artísticas en la nata del café. Hoy tenía tiempo suficiente para intentar algo diferente.

Cuando llevó la bandeja a la mesa de Marie y dejó el pedido frente a ella esperó a unos pasos de distancia. No quería perderse su expresión.

¿Eso era un dragón en el café? Marie levantó la cabeza sorprendida y se encontró con una sonrisa de triunfo en el rostro del camarero.

El tiempo pareció detenerse durante esos segundos hasta que ella recordó

que debía decir algo, a ser posible que no sonase demasiado estúpido.

—Gracias, es..., bueno, es precioso —lo decía de corazón, pero quería decir mucho más. Hubiera querido decirle que ese dragón dibujado en el café había llegado a su corazón.

—De nada. Me gusta hacerlo y hoy casi no hay clientes —dijo y con la valentía que le había dado la gran sonrisa de ella, se acercó a la mesa para sentarse frente a Marie.

Marie titubeó, agachó la mirada otra vez a la mesa, no sabía qué hacer con sus manos, y entonces decidió que coger una galleta la salvaría de mostrar el ligero temblor que no podía controlar.

—Siento que no haya galletas de chocolate. Los fines de semana no hay tantos clientes y preparo cantidades más pequeñas.

—¿Tú preparas las galletas? —preguntó debatiéndose entre la sorpresa y la maravilla al descubrir que aquellos sabores que disfrutaba cada mañana eran todos creados por él.

—Así es. Camarero, pastelero y también chico de mantenimiento encargado de cambiar las bombillas —bromeó Alex—. ¿Cómo te llamas?

—Marie. Me llamo Marie.

—Es bonito. ¿No eres de aquí? —preguntó con curiosidad.

—Mi madre me puso Marie Chantal. Debió de pensar que por llevar ese nombre su hija se parecería en algo a esas chicas de la alta sociedad —le explicó, sorprendida de encontrarse tan cómoda hablando con él, como si se conocieran y fuera lo más normal del mundo que ella le explicara que su madre era una desequilibrada que se pasaba el día leyendo las revistas del corazón y que deseaba encontrar a sus hijos en ellas, aunque fuera en aquellas reseñas de bodas en blanco y negro, ecos de sociedad de otras épocas que para ella seguían vigentes y actuales.

—Bueno, debo mi nombre a algún artista italiano, así que no soy quién para decir nada sobre las ideas raras de las madres.

La conversación continuó, aunque hubo unas cuantas interrupciones cuando Alex tenía que atender a algún cliente. Ella aprovechaba esos pequeños espacios de tiempo para relajarse, porque desde que él se había sentado frente a su silla no había podido calmar los latidos de su corazón, aunque se decía a sí misma que era por el café para tratar de no ponerse más nerviosa.

Alex la observaba muy atento. No era la primera vez que flirteaba con una mujer en su cafetería, tampoco la primera que conseguía una cita. Mientras la mañana pasaba, él se encargaba de que ella tuviera un zumo y un trozo más de bizcocho, y vio satisfecho cómo apagaba su teléfono móvil y lo guardaba en su bolso.

Había algo en Marie que le había atraído desde el primer día cuando se había empeñado en conseguir que ella riera de verdad y dejara atrás esas ojeras. ¿Por qué? Le costaba soportar la idea de que aquella pequeña mujer, que parecía tan frágil, llevara tanto peso sobre su corazón y se le empañaran los ojos cuando él le decoraba un café. Quería ser quien la ayudara, ser el

motivo de que ella descubriera de nuevo que podía reír. Esos días había sentido que compartía el desayuno con ella y ahora quería hacerlo de verdad, quería despertar en su casa y preparar su primer café del día, y esto le producía una extraña sensación en el estómago, una que no era capaz de definir. Él siempre sabía mantener la distancia con las mujeres, sabía el momento en el que separarse con una sonrisa sin que ninguno de los dos saliera herido y sin darles la oportunidad de acercarse a él. Quizá era el aspecto de Marie, que no parecía en absoluto peligroso. Sí, con ella no corría peligro, estaba seguro.

Cuando decidió invitarla a comer, ella dudó antes de aceptar y eso lo único que hizo fue reafirmar la idea de Alex: ella era inofensiva para él.

Marie tardó un segundo en decidirse. ¿Qué era exactamente lo que podía esperar? Sin embargo, él parecía tan claro, su imagen era tan sencilla con su camiseta blanca y sus jeans ajustados a su cadera cuando caminaba a la barra para atender a cualquier cliente, con esos ojos que la miraban junto a la ligera sonrisa que siempre había en sus labios. Parecía un hombre sincero, pero sobre todo parecía el tipo de persona que era feliz, así que sin pensar en nada más decidió aceptar.

La ciudad bullía de actividad, la primavera se había adelantado y parecía que todos querían aprovechar el sol y el buen tiempo. Los bares estaban llenos de gente tomando tapas y cervezas frías. Marie pensó que esto era mucho mejor que soportar una comida con su madre escuchando reproches, y respiró satisfecha por su decisión de apagar el teléfono móvil.

Hacía demasiado tiempo que no pasaba unas horas divirtiéndose, pero ahora sus días eran diferentes, eran más claros, más cálidos, se estaban llenando de color, como el verde de los ojos de Alex, que cada vez parecían más cerca, ¿o era ella que se lo imaginaba?

Habían tomado unas cervezas y Marie se olvidó de su tristeza, de sus problemas, y como si regresara atrás en el tiempo, se encontró charlando con él de películas antiguas, de libros, hasta de su comida preferida. Alex se reía con las ocurrencias de ella cuando le confesó que era una secreta consumidora de las comedias románticas en blanco y negro, de Rock Hudson como hombre perfecto para cualquier mujer, paradojas de la vida que sus gustos fueran tan contrarios en lo personal lo que, según ella, hacía que fuera un actor de tanta calidad.

Alex acarició su mano de forma casual y se echó a reír cuando ella se atragantó con la última tapa de paella que habían pedido. El local estaba abarrotado de personas que disfrutaban de un aperitivo tardío. La rodeó con su brazo para protegerla de otro eventual golpe y ya no la soltó ni se volvió a separar de ella.

Marie tuvo que reconocer que se sentía bien, demasiado bien. Todo era nuevo, la cercanía de él, su calor, y sobre todo ver su sonrisa a tan solo unos centímetros de ella, hasta que los ruidos del bar desaparecieron, la gente se hizo borrosa, y solo quedaron los ojos verdes de Alex observándola con ese brillo divertido, tan cerca que ella parpadeó, confusa, un momento antes de

sentir los labios de Álex sobre los suyos. La mano de él se había deslizado hasta su nuca después de apartar un mechón de su cabello y sentía cómo acariciaba su cuello.

En ese momento Marie hubiera jurado que, como en las películas románticas, tenía un pie despegado del suelo.

Alrededor de Álex parecía fluir una magia especial, pero no de esa de fuegos artificiales y brillantes colores, no. Era como un campo de fuerza de los que nombraban en las películas planetarias y ella se sentía irremediabilmente atraída hacia él. No volvieron a pronunciar ni una palabra, no hizo falta. Ella caminó hacia su casa y él a su lado, con los dedos de sus manos entrelazados. Estaba nerviosa cuando abrió la puerta y no se atrevía a levantar la cabeza y mirarle, pero él volvió a hacer que todo desapareciera con su mirada tranquila.

—Esta es mi casa. Es pequeña, pero para mí es cómoda.

Entró con él que caminaba cerca de ella y no sabía qué decir. De repente todos los nervios se volvieron en su contra porque tenía un hombre en su apartamento, un hombre al que casi no conocía, algo que ni siquiera a Jonás le gustaba demasiado, prefería que fueran a su casa, más grande y más cómoda, según él.

¿En qué momento le había parecido normal invitarle a su casa cuando casi no se conocían? Era lo más disparatado que había hecho en su vida.

—Me parece bonita. ¿Puedo ver la cocina?

Marie se sorprendió por la pregunta, pero le llevó a ver su cocina, una estancia cuadrada en la que hasta cabía una mesa pequeña para desayuno, con una ventana que daba al patio interior arbolado. Alex echó un vistazo y entonces reparó en los botecitos de especias que ella tenía en una estantería junto al fregadero. Cuando encontró la canela, una sonrisa triunfal ocupó su rostro.

—Una cocina perfecta —dijo agitando frente a ella el botecito con los troncos de canela—. Tendré que prepararte un café. ¿Puedo? Tú ve a cambiarte y ponerte cómoda —añadió con un guiño atrevido.

Ella fue a replicar algo, pero decidió no hacerlo. Aunque no le gustaba esa forma de mandarle en su propia casa, le apetecía tomar un café y los de Álex eran estupendos. Así que, ¿por qué no dejarle trabajar en su cocina un poco?

Marie se acomodó en su sofá para esperarlo y lo dejó a él al mando de su cafetera mientras ella se entretenía en cambiar los canales de televisión buscando algo que fuera aceptable. Álex apareció con dos tazas de café en una de las bandejas decoradas con flores que le había regalado su madre y que ella odiaba, pero que por una vez le parecieron útiles. Él se sentó a su lado, pasó un brazo por su hombro mientras en su otra mano sostenía la taza de café.

—¿Qué estás viendo?

—Nada, solo buscaba algo que fuera entretenido —contestó. Esperaba parecer más segura de lo que se sentía en ese momento.

—Hay muchas formas de entretenerse. —La sonrisa de Álex bailó en sus

labios mientras se acercaba a los de ella y las tazas chocaron—. Mejor dejamos esto en la mesa.

Alex dejó su taza y, sin dejar de mirarla, le quitó la suya para depositarla también en la mesa. Marie sintió su corazón bombear con tanta fuerza que notó cómo se sonrojaba. Él se acercó muy despacio, intuía que si cometía algún error, si era demasiado brusco, ella echaría a correr y nunca volvería a verla. O más bien lo echaría de su casa y él tendría que escapar escaleras abajo mientras ella gritaba pidiendo ayuda. Miró sus labios, temblaban de forma casi imperceptible, se inclinó y la besó.

En ese instante todo saltó por los aires. Ella le devolvió el beso y eso fue todo lo que Alex necesitaba saber para lanzarse al vacío, porque era así como se sentía, como si estuviera saltando desde un precipicio. Los labios de ella sabían a canela y azúcar, los lamió y los mordisqueó mientras sus manos rodeaban su pequeña cintura. Parecía tan ligera como una nube de algodón de azúcar, pero le hacía arder como una manzana de caramelo caliente. La levantó para sentarla sobre su regazo y ella se separó un poco para respirar.

—Alex, creo que...

La miró mientras subía despacio la mano por su espalda hasta su nuca. Ella no era la única que sentía miedo, pero no quería detenerse a prestar atención a esa sensación dentro del pecho.

—Solo un beso más —murmuró antes de volver a besarla.

Marie no supo en qué momento se quedaron dormidos, solo fue consciente de que él respiraba tranquilo, abrazado a ella, y estaban cubiertos con una manta que Alex había encontrado en el respaldo del sofá.

Sus piernas estaban entrelazadas, los rizos del pelo de él enroscados en sus dedos y un ligero olor a azúcar, café y canela flotaba en el pequeño salón. En aquel sofá ambos parecían haber encontrado su isla perfecta para enredarse en suspiros y gemidos, en jadeos y risas nerviosas, en algún golpe torpe cuando un movimiento inesperado hacía que casi perdieran el equilibrio mientras se conocían con caricias, tímidas ella, más seguras él, hasta llegar a la necesidad de perderse ambos en el cuerpo del otro.

No había sido perfecto, pero había sido lo más real que Marie podía recordar en mucho tiempo y ahora pasar los dedos por su cabello, acariciar esos mechones castaños que hacía días observaba en la distancia, era, en definitiva, tan bueno como comer sus galletitas de chocolate. Así que decidió cerrar los ojos y no pensar en nada más.

Al pasar los dedos por la curva de su cadera, Alex la despertó, y ella lo primero que vio fue su sonrisa, sus ojos verdes brillantes y tranquilos, sus labios entreabiertos, justo un segundo antes de que él comenzase a besarla de nuevo y ambos se encaminaran al dormitorio.

Muchas horas más tarde, Marie despertó en su cama y en la casa aún flotaba un agradable aroma a café. Por la ventana se colaba la luz de la mañana y ella se estiró en la cama mirando el cielo que ese día parecía algo nublado. No había necesitado ni un segundo para recordar con quién había dormido. Pero él no se encontraba a su lado.

Cerró los ojos un momento. Las imágenes de la tarde anterior estaban muy vivas en su memoria. Habían pasado toda la tarde y buena parte de la noche despiertos. Jamás habría pensado que ella pudiera ser protagonista de una tarde de sexo. Ella no era del tipo de mujer que aparecía en los capítulos de *Sexo en Nueva York*. Estiró los dedos de los pies y recordó cómo Álex la había hecho sentir. ¿Ella se había atrevido a sentarse sobre sus caderas mientras él lamía su cuello y la pegaba a su cuerpo? Con él podía ser otra persona, una atrevida y divertida, o al menos podía intentarlo, aunque por la mañana tuviera que respirar durante varios minutos para conseguir volver a ser valiente.

Respiró varias veces antes de armarse de valor y levantarse. Oía ruidos en la casa. Se puso una camiseta y unas braguitas, valoró la posibilidad de aparecer así en la cocina, pero era demasiado para ella ahora que era de día, así que añadió un pantalón de pijama.

En la cocina se encontraba Álex quien no se había preocupado por su indumentaria. Estaba en bóxer batiendo una masa en un cuenco y canturreaba una canción que sonaba en la radio de su teléfono móvil. Marie dedicó el tiempo justo a recorrer con los ojos el pecho amplio, los hombros fuertes y los músculos de los brazos que se tensaban mientras él trabajaba. Su abdomen era firme, bien formado, y se perdió cuando dirigió su mirada por el camino que formaba un escaso vello oscuro, que desaparecía justo en la cintura de su bóxer. Era el mismo cuerpo que ella había acariciado, besado y lamido esa noche.

Estaba a punto de tener un ataque de pánico. ¿Qué pensaría él al verla? Sabía que no era precisamente una mujer atractiva, hasta su prometido había tenido que buscar en otra todo lo que ella no tenía. Sintió miedo y vergüenza, ojalá él se hubiera marchado antes de que ella se despertara.

—Buenos días.

Sin dejar de batir, Álex se acercó y le dio un beso como único saludo, divertido al ver como ella se sonrojaba con un gesto tan simple.

—Estoy haciendo tortitas. El café ya está listo —anunció con una sonrisa orgullosa.

Marie miró a su alrededor en la cocina. Aunque él había estado cocinando, todo estaba en orden y limpio. Pensó un momento sobre qué clase de hombre era capaz de preparar el desayuno sin que pareciera que había arrasado un elefante la cocina. Buscó dos tazas y las puso sobre la encimera, pero cuando fue a servir el café, él la detuvo.

—Quieta. Ese es mi trabajo —le dijo guiñando un ojo, en ese gesto cómplice que hacía que ella tuviera que evitar su mirada nerviosa—. Ve a sentarte que enseguida llevo todo.

Marie agachó un poco los ojos y Álex contuvo sus ganas de besarla y de tumbarla sobre la encimera de la cocina en ese preciso instante, y arrancarle esos pantalones de pijama de estrellas azules que para su gusto la cubrían demasiado. Todos esos sentimientos eran nuevos para él. Su hermano era el impulsivo, no él.

Tratando de no perder el control sobre lo que hacía, preparó las tortitas con celeridad y sirvió los cafés, esta vez sin decorar, y llevó todo sobre una bandeja al pequeño salón.

—Aquí está su desayuno, bella dama —bromeó mientras se sentaba a su lado—. ¿Qué tal has dormido?

—Muy bien —contestó Marie cogiendo la taza de café y envolviéndola con sus manos—. Es un poco tarde, ¿no tienes que ir a trabajar?

—No, he llamado esta mañana para avisar —le explicó Álex mientras servía una tortita en su plato y extendía mermelada de fresa sobre ella.

—¿De verdad no te dirán nada?

—No lo creo. Conozco bien al dueño —bromeó Álex—. El negocio es mío, Marie. Soy el dueño. Bueno, el copropietario en realidad. Llevo a medias la cafetería con mi hermano.

Marie escuchó sorprendida. No se le había ocurrido que él pudiera ser el dueño. Aunque ahora que lo pensaba, tenía toda su lógica. Todo el lugar parecía cuidado al detalle y no como todos esos locales anónimos que copiaban la decoración de las franquicias modernas.

—Así que hoy tengo el día libre —añadió él—. Podemos hacer lo que quieras. Bueno, si quieres hacer algo, claro —preguntó, porque después de todo era lunes y él no sabía casi nada de ella.

Ella tomó su café antes de que se enfriara, él esperaba una respuesta, algo contrariado por el cambio de humor de ella. Quizá era de esas mujeres que necesitaban esperar a que la cafeína hiciera su efecto.

—No —contestó. Y recordó de golpe que no había ido a comer a casa de su madre ni avisado a Luis, así que tendría un montón de mensajes de su hermano en cuanto encendiera el teléfono móvil, eso si no se presentaba preocupado en su casa en cualquier momento.

—Hace mucho que no tengo un día libre. —No mentía, no podía recordar ni una sola vez en que faltase a su trabajo por la mañana. Siempre abandonaba muy pronto la cama de quien hubiera sido su compañera esa noche, el trabajo era una buena excusa para no complicarse con ninguna mujer.

—Pues... —Marie no conseguía pensar con claridad, ¿de verdad él quería pasar la mañana con ella? La posibilidad de que su madre o Luis apareciesen en su casa le hacía sentir cómo el pánico crecía en su estómago—. Normalmente me levanto pronto y voy a desayunar a una cafetería que he descubierto aquí cerca.

—Eso haremos, entonces —contestó resuelto y la robó un beso antes de que ella mordiera la tortita que él acababa de preparar—. Suerte que hoy tengas un buen café en casa.

—Sí, es una suerte —dijo ella mucho más seria—. No tienes por qué quedarte, Álex, de verdad, no hace falta —añadió de repente Marie.

El la miró un confundido. Durante los siguientes segundos ninguno de los dos dijo nada, solo se miraron como si ambos quisieran leer la mente del otro. Álex no había pensado en ningún momento que ella preferiría estar sola. De golpe se sentía francamente idiota por haber creído que esta noche sería

especial para ella. Después de todo, no lo había sido para él, ¿o sí? Todo un torrente de sentimientos encontrados se desató en su interior cuando fue consciente de lo que había sucedido. ¿Por qué narices no había ido a trabajar esa mañana? ¿Por qué no se había ido en cuanto había despertado como siempre hacía?

Habían pasado una noche perfecta juntos, al despertarse sintió la necesidad de preparar el desayuno y ver esos ojos que llevaban días visitando su cafetería, solo que esta vez su mirada sería solo para él ¿verdad? Sí, eso había pensado. También había husmeado por la cocina, siempre decían mucho de una persona el frigorífico y la comida que guardaba en él, y el de Marie estaba lleno de una desordenada mezcla de dulces, pasta y comida precocinada oriental. Hasta llegó a fantasear con prepararle una cena en condiciones, un guiso de carne acompañado de patatas y pequeñas cebollitas francesas. Seguro que hacía días que no se alimentaba bien.

—Como quieras, no quiero molestarte. Además, los lunes hay bastante trabajo —Su humor se había agriado de forma brusca y se levantó sin terminar su café.

Malhumorado, rescató sus ropas que todavía andaban desordenadas por el suelo y se vistió mientras mentalmente se regañaba por haberse comportado como un tonto. Cuando se lo contara a Alberto, iba a reírse durante un buen rato.

—Nos vemos mañana, cuando vengas a desayunar —espetó con la esperanza de que al menos ella le confirmara que iban a volver a verse. Pero Marie lo miró con una sonrisa algo forzada y no dijo nada.

Alex no podía imaginar una forma peor de comenzar la semana. Cuando llegó a la cafetería y su hermano le saludó, la mirada de pocos amigos que le dirigió dejó claro que no era el momento de hacer preguntas. Alberto sabía que cuando Alex estaba de ese humor oscuro era mejor dejarlo, así que eso hizo, y él se encerró en la cocina.

Cuando hacía solo unas horas su hermano lo había llamado al móvil para anunciar que no iba a trabajar, su primer instinto había sido insultarle por despertarlo tan temprano, pero luego había sonreído cuando le dijo que la razón era una chica. Eso era distinto, sí señor. Era la primera vez que su hermano mayor quería desayunar con una mujer. Eso sí que merecía que madrugase un poco más y atendiese el negocio.

Pero ahora ahí estaba, en la cocina, golpeando una masa con tanta fuerza que seguro que sería una piedra antes de que la horneara. Miró los brazos tensarse, las manos que agarraban con fuerza la mezcla antes de volver a darle una vuelta y comenzar de nuevo. Alex era fuerte y no era la primera vez que lo veía desahogarse con una masa, pero sí era la primera que suponía la razón.

Ahora solo quedaba saber los detalles de por qué lo había echado una mujer por la mañana temprano de su casa.



Capítulo 7

Marie se quedó en silencio y bebió un poco de su café mientras miraba por la ventana del pequeño salón. Hubiera deseado que Álex se quedase en su casa y salir juntos a pasear por la ciudad o simplemente pasar el día sin hacer nada, pero el miedo había tomado el mando en su cerebro. Ahora no podía hacer nada. Así que lo vio aparecer vestido y listo en la puerta del dormitorio, y con una cara nada sonriente, en tan solo unos minutos. Cuando él salió sin decir ni una palabra más, lo único que pudo hacer fue despedirse.

En ese justo momento, desde el portal de su casa, su hermano Luis le enviaba el enésimo mensaje. Su mujer, Patricia, había conseguido convencerlo de que no debía presentarse de noche, de que Marie estaba bien, pero él no había pegado ojo pensando en que su hermana pequeña no había dado señales de vida en todo el día y en que además el teléfono respondía como fuera de servicio. Se apartó para ver salir a un hombre alto y joven del portal con cara de pocos amigos y esperó impaciente el ascensor.

Mientras tanto, Marie encendió su móvil para llamar a su hermano.

—¿Estás bien? —La pregunta que recibió al segundo de escuchar el tono le indicó a Marie que su hermano había estado preocupado por ella y se sintió culpable.

—Estoy bien.

—Ábreme, estoy en el ascensor, en tu casa.

Marie suspiró y abrió para esperar que Luis subiera en el ascensor. En cuanto apareció, le dio un abrazo hasta dejarla sin aire.

—Me has asustado. Casi vengo en mitad de la noche. No vuelvas a apagar el teléfono.

Su hermano entró en la casa y dio grandes zancadas hasta la cocina, nervioso, y ella fue tras él.

—¿Quieres un café?

—Sí, no he desayunado. En cuanto Patricia se ha metido en la ducha he salido pitando. Cuéntame.

Marie comprobó que el café todavía estaba caliente y le añadió un poco de leche, como recordaba que le gustaba a su hermano, y dos cucharas de azúcar.

—No ha pasado nada —contestó con sencillez.

—¿Por qué has apagado el teléfono? —insistió Luis, y cogió la taza que ella le ofrecía. El aroma a canela del café le sorprendió y el enfado que tenía bajó varios grados sin que supiera exactamente por qué.

—Estaba con un hombre.

Lo dijo así, de golpe. Luis se atragantó con el café y casi tiró la taza al suelo. Cuando dejó de toser, volvió a mirar a Marie, que trataba de parecer

inocente.

—¿Dónde está? —preguntó echando un vistazo a la casa desde la puerta de la cocina.

—Se ha ido.

—¿Se ha ido? ¿Tan temprano? Marie... —comenzó en tono muy serio, tomó aire y trató de calmarse un poco. Su hermana no solo había pasado la noche con un hombre, sino que él se había largado por la mañana.

—Le dije que se fuera —explicó con rapidez al darse cuenta de que su hermano estaba a punto de soltarle un sermón.

—¿Ha pasado algo? ¿Estás bien? —quiso saber Luis.

—Sí, Luis —repitió—, de verdad, estoy bien.

Su hermano se sentó en una silla en la cocina y bebió su café mientras la miraba inspeccionando su rostro en busca de cualquier señal que le dijera que alguien había hecho daño a su hermana pequeña.

—Es un chico genial —le defendió, como si no pudiera soportar que su hermano pensara que Alex la había utilizado. Pese a que su relación solo consistía en que él le sirviera por las mañanas un estupendo café, ella sentía que tenían algo especial y muy dentro de su corazón sonaba una vocecita esperanzada, aunque todavía no estaba preparada para escucharla.

—Pero se ha ido por la mañana —insistió Luis, con el temor de que su hermana estuviera defendiendo a algún imbécil que se había aprovechado de ella.

—Yo le dije que se fuera —volvió a repetir—. Me asusté. Y no andaba equivocada, porque te has presentado aquí.

—¿Y eso es malo? —preguntó molesto—. La próxima vez, en lugar de apagar el teléfono me envías un mensaje para advertirme.

—¿De que voy a tener sexo con un hombre?

Luis le lanzó una mirada alarmada. No le gustaba nada la idea de pensar que su hermana tenía... sexo... con un hombre. Pero al fin y al cabo, ya era adulta. Además era lo mejor para que olvidase de una vez a Jonás.

—¿Ha ido bien? —preguntó, sin saber muy bien cómo manejar este tema con ella—. Quiero decir, ¿es buen tío?

—Sí. Es buena persona —contestó Marie, y una sonrisa apareció cuando el recuerdo de la voz de Alex en su oído hablándole en francés la sorprendió—. Es genial. Pero se ha enfadado.

—¿Enfadado? ¿Por qué?. —Luis dudaba, no se sentía cómodo hablando con su hermana de detalles íntimos, pero también quería dejar claro que él estaba para apoyarla en cualquier situación.

—Porque le dije que se fuera —suspiró y lo repitió de nuevo.

Por la mente de Luis pasaron una sucesión de imágenes posibles: su hermana enfadada por los gustos extraños de algún hombre, o quizá avergonzada, incluso una, y esta era su preferida, en la que él se había quedado dormido sin llegar a tocarla.

—¿Cuántos años tiene? —preguntó. Una de las razones de que Jonás no le gustara era la diferencia de edad. Tenía diez años más que ella. Cuando se

conocieron, ella era una jovencita universitaria con ganas de comerse el mundo. Él le había robado las sonrisas. En esos cinco años, había convertido a Marie en una mujer triste, taciturna y sin voz. La educación que ella había tenido en casa había ayudado bastante.

—No lo sé. No es mayor... —titubeó al responder. Alex era mayor, pero tampoco parecía un hombre serio, como Jonás. ¿Llegaría a los treinta?

—¿Estás segura de que no ha pasado nada?

—No. Me puse nerviosa, Luis —añadió avergonzada.

—Bueno, es un hombre. Tranquila, que en cuanto vayas y le sonrías se le olvida. Somos así de básicos, Marie —trató de animarla su hermano, sin llegar a entender muy bien lo que había sucedido y deseando que su mujer le confirmara después de hablar con Marie que no había ido a dar con un indeseable—. No le des más vueltas.

—Eso espero. Porque no quería hacerle daño —susurró y se sintió todavía más avergonzada ahora que pensaba con calma que se había asustado como una chiquilla.

Luis dejó la taza de café y cogió una de las tortitas que había en un plato sobre la mesa. La mordió y se sorprendió por lo bien que sabía.

—¿Las has hecho tú? —preguntó saboreando el desayuno.

—No. Las hizo él. Preparó el desayuno —le contó orgullosa.

—Pues está buenísimo. Y el café también —aseguró levantando una ceja y con una sonrisa de medio lado en su rostro añadió—: Llámalo y dile... no sé, dile que te pusiste nerviosa porque tenías que ir a la peluquería, cualquier cosa. Un tío que te prepara el desayuno acepta cualquier excusa, créeme.

Marie se echó a reír, aunque no creyó que Alex fuera esa clase de hombre. Su hermano siempre había tenido esa forma sencilla de ver la vida y su cuñada por suerte compartía su visión. Él era quien llevaba las cuentas y se encargaba de los proveedores, y ella era la diseñadora, la parte creativa del negocio. Y también de su relación. Pero entre Luis y Alex había muchas diferencias, así que era imposible que su hermano supiera aconsejarle sobre lo que debía de hacer.

No, Luis no podría nunca entender la sensibilidad de un hombre capaz de dibujar dragones en el café.

—¿Cuándo vas a empezar a trabajar? —preguntó Luis aprovechando que Marie estaba con la guardia baja.

Marie suspiró volviendo a la realidad.

—¿Habías pensado alguna fecha? —preguntó, con lo que aceptaba tácitamente el trabajo que él le ofrecía.

—Mañana —dijo y sonrió satisfecho al comprobar que no tenía que discutir con ella de nuevo—. El contrato está preparado. Lo firmas y ya está. El sueldo no es muy alto, con la crisis no podemos pagar más.

—¿Exactamente de qué voy a trabajar?

—Ya te lo dije. Un poco de todo. Tareas de administración. Tenemos secretaria que se encarga del teléfono y todo eso. Sabes que Patricia es un poco desastre con los papeles, y yo, de verdad, me canso de discutir con ella.

Seguro que tú la entiendes mejor, así que te vas a encargar de poner en orden sus papeles y de paso me facilitas un poco la vida a mí.

Ella asintió, no le importaba trabajar con su cuñada. Siempre se habían llevado bien. Era una mujer sorprendente. Su aspecto pequeño, risueño, sus ojos negros vivaces, escondían una fuerza que solía dejar boquiabiertos a quienes no la conocían. Su cabeza solía ir demasiado rápido y hablaba sin parar, era divertida, jovial, y también tenía un genio difícil de contener cuando se enfadaba.

—¿Te parece que mañana esté allí a las nueve?

—Me parece perfecto. La secretaria, Susana, estará allí, yo voy antes a dejar a Inés en el colegio —le explicó Luis—. No tenemos un horario, lo sabes. Pero siempre que podemos, cerramos antes de las cinco para ir a por la niña al colegio. A veces Patricia la trae al estudio por la tarde si tenemos trabajo.

El estudio, como lo había llamado Luis, era el piso inferior del edificio donde vivían. Habían alquilado el primer piso y se habían instalado en el ático. Así que sus horarios de trabajo se mezclaban con su vida privada y su vida privada con su vida laboral en un caos que a ellos sin duda les funcionaba, sobre todo ahora que, como le había confesado Patricia, trataban de tener otro hijo.

—¿Vas a volver a verlo? —preguntó Luis a su hermana mirándola con atención—. Al hombre de esta noche, quiero decir.

—No lo sé —mintió Marie, porque sabía bien dónde encontrar a Álex y estaba deseando que llegara el próximo desayuno.

—¿Te gusta mucho? —insistió su hermano, que había observado entre divertido y preocupado cómo la mirada de ella se tornaba brillante y cálida cuando hablaba de él. En el fondo deseaba que Marie consiguiera borrar con una nueva relación todo recuerdo de su exprometido.

—Bueno... él es... me gusta —terminó confesando—. Ha sido genial, no sé, cuando me mira...

—Le diré a Patricia que te llame. Seguro que está deseando escuchar todos esos detalles que a mí no tienes que contarme. —Se levantó de la silla y se acercó a ella con una gran sonrisa, pero sin esconder su nerviosismo—. No quiero saber cuándo tienes sexo con un hombre. —Pronunció la palabra como si se tratase de tender la ropa o planchar y Marie casi se echa a reír en su cara por la imposibilidad de hablar de ese tema con ella—. Pero no vuelvas a apagar el teléfono. He pasado una noche horrible pensando si estarías bien. ¿Me lo prometes?

—Te lo prometo —afirmó asintiendo con la cabeza.

—Llama a mamá cuando estés preparada para escuchar su charla. Ayer la dejaste plantada en la comida. Ya sabes cómo es. Tuve que inventar que Inés había pasado una mala noche y nos moríamos de sueño para escapar en cuanto terminamos el postre.

Marie suspiró y la sonrisa desapareció de su rostro.

—Marie Chantal González —dijo solemne su hermano—, llama a ese

hombre.

—Lo haré, no lo dudes.

—Así me gusta. Me marcho que tengo que trabajar. Mañana a las nueve. Sé puntual. Soy tu jefe.

En cuanto su hermano salió de su casa, ella se dedicó a poner en orden todo lo necesario para su vida laboral que se resumía en una sola cosa: su vestuario. Era bastante frívolo pensar así, lo sabía, pero quería causar una buena impresión, después de todo era la imagen de la empresa de su hermano la que estaba en juego. Todos sabrían que la había contratado por su relación familiar, por eso quería dejar muy claro desde el principio que ella no iba a ser una carga más.

Estaba dispuesta a darlo todo, empezando por su aspecto. También había estado mirando por internet varios cursos on-line sobre programas de contabilidad. Estaba algo desactualizada, pero nada que no pudiera solucionarse con trabajo y unas horas de práctica. Hacía algo más de un año que no trabajaba, tampoco era tanto tiempo como para que el salto tecnológico la dejara fuera de lugar. Sin embargo, no podía evitar estar nerviosa. Por mucho que fuera su familia y que ella estuviera capacitada para el trabajo por sus estudios, era su primer día de trabajo y eso significaba nervios, nervios y nervios.

El tiempo pareció volar esa tarde. Ahí estaba el despertador sonando y ella volviendo a la vida normal, esa llena de horarios y rutinas. Muchas veces se coló en su cabeza la imagen de Alex en su cocina, recordó su aspecto mientras preparaba el desayuno y aunque trató de pensar de una forma racional en su siguiente cita, no consiguió hacerlo. Como una boba olió la almohada que él había usado pensando si en realidad estaría allí su aroma, como siempre se decía en esos libros románticos que ella leía cuando era más joven.

No sabía qué iba a decirle, pero estaba segura de que quería volver a verle. Iba a ser difícil de explicar, sí, o quizá no tanto. Cabía la posibilidad de que su hermano Luis tuviera razón y fuera todo sencillo.

Cuando abrió la puerta de la cafetería, se encontró con que estaba repleta de clientes que ella no conocía. Era mucho más temprano que cuando ella solía frecuentarla. Esta vez no fue a una mesa, sino que se quedó en la barra y esperó a que él se acercara para pedir un café.

—¿Qué va a querer desayunar? —la voz de él era profesional y la miraba a los ojos sin darle ninguna pista sobre lo que sentía.

—Un café con leche y unas galletas de chocolate.

—Perfecto. En un momento. —Alex se dio la vuelta y la dejó allí rodeada de gente sin decir ni una palabra más y Marie sintió unas ganas terribles de marcharse. Había pensado que una visita a la cafetería le daría mucha más fuerza para afrontar un día en la oficina. Después de todo, en ese pequeño lugar era donde parecía haber vuelto a ser capaz de pensar y sentir por sí misma. Con lo que no había contado era con la actitud fría y distante de Alex. Pero él tenía toda la razón, no había sido muy atinado invitarlo a abandonar su casa por la mañana.

Cuando miró la taza de café que él había dejado frente a ella todavía quedó más patente que había sido una equivocación.

No había ninguna sonrisa en el café, ni una flor, ni por supuesto un dragón.

Nada.

Esa mañana su café era un sencillo café con leche.

Por un momento tuvo ganas de gritar y exigirle su café decorado, lo que fuera antes que aquella perfecta profesionalidad, pero se dio cuenta de que no tenía ningún derecho a hacerlo. Ella había sido quien lo había echado la mañana anterior de la casa. Ahora no tenía ni idea de cómo arreglar aquello.

Alex puso un zumo de naranja recién hecho a su lado y ella le sonrió en agradecimiento, pero no tuvo tiempo de decirle nada más porque él se marchó al instante para atender a otros clientes.

Le echó una última mirada antes de dejar el importe exacto del desayuno sobre la barra y salió a coger el autobús.



Capítulo 8

Álex tardó unos segundos en volver a centrarse en su trabajo. No esperaba que ella volviera, pero estaba bien porque de esa forma era Marie quien daba el paso que él no se había atrevido a dar. Todavía no podía creerse todo aquello de prepararle el desayuno y tomar café juntos. Él no era de ese tipo de hombres, no señor. Tenía muy claro que en cuanto amanecía su lugar estaba muy lejos de la que hubiera sido su compañera esa noche. Sin embargo no podía negar los hechos. Había ensayado un montón de formas de conversar con Marie, charlar de lo que fuera con tal de que ella volviera a dedicarle una de esas cálidas sonrisas. Todo eso mientras pasaba las horas haciendo galletas. Muchas galletas.

Trabajar en la cocina solía calmarlo por lo que cuando Alberto se atrevió por fin a dirigirle la palabra, el humor de Álex había mejorado mucho. Sin darse cuenta se encontró contando a su hermano lo que había sucedido con aquella mujer, todo menos los momentos íntimos, por supuesto, aunque Alberto le había preguntado varias veces si él creía que se había comportado, digamos, a la altura de la situación.

¿Qué había pasado entonces?

¿Por qué ella lo había animado a irse de su casa cuando apenas estaban desayunando?

No tenía ni idea.

Entre los dos habían tratado de encontrar alguna lógica, se negaba a aceptar la posibilidad de que ella estuviera esperando a otro hombre, un novio o algo así. No. No lo creía. Había observado a esta mujer cada día durante más de una semana y había sido el afortunado espectador de su cambio. Sí. Además estaba aquella pequeña escena por teléfono, ¿verdad?

Alberto le había asegurado que probablemente todo se debía a un mal entendido, a alguna confusión. «Las mujeres son así», le había dicho.

Álex tuvo que aceptar que no sabía qué había pasado hasta que la propia Marie se lo contara. Eso si volvía a aparecer por su cafetería.

Por suerte así había sido. Su café y sus galletas habían traído de vuelta a esa preciosa mujer. Ahora quedaba que él fuera capaz de retenerla a su lado.

Estaba sorprendido por sus pensamientos. A primera hora, cuando había visto a Marie llegar por su café, su corazón había parecido más aliviado y la mañana había mejorado mucho. Aunque también había observado algunos detalles, como el cambio de vestuario de ella. Marie vestía más formal que los días anteriores. Llevaba zapatos negros con tacón, un bolso oscuro en lugar de su gran bolso azul y una chaqueta sobre la que se había colocado un pañuelo anaranjado que resaltaba el color de su pintalabios. También había adelantado su hora del desayuno.

Había sido capaz de ver todos esos pequeños detalles, ansioso por

descubrir en el rostro de ella cualquier respuesta, cualquier gesto que le dijera que ella quería volver a verlo.

Lo que de verdad lo mataba por dentro era que no tenía ni su teléfono. Si decidía no volver a su cafetería, él no tendría forma de volver a ponerse en contacto con ella. Siempre podía ir a su casa, dejarse ver por casualidad por los alrededores, pero no quería convertirse en un acosador y menos con alguien que estaba seguro acababa de sufrir una ruptura sentimental. Tenía que encontrar otra forma de verla fuera de la cafetería.

Mientras terminaba de repasar las cucharillas con un paño de algodón, trataba de hacer memoria para recordar si había tenido este problema con alguna mujer. Alberto lo descubrió de nuevo ensimismado en sus pensamientos y se rio. Parecía que Alex, por fin, había encontrado quien le hiciera romperse la cabeza, esa mujer había conseguido lo que muchas habían intentado sin el más mínimo éxito, y era que Alex pensase en ella más de dos horas seguidas. Porque desde hacía varios años, cuando Alex había regresado a Madrid para comenzar una nueva vida, habían pasado por su cama un montón de mujeres, altas, bajas, morenas, jóvenes y algunas ya maduras. Ninguna había durado más de dos días, aunque había que decir en beneficio de Alex que muchas de ellas seguían siendo clientas de su negocio, lo que significaba que él nunca destrozaba su corazón. Alberto había terminado por aceptar que su hermano no iba a recomponer su vida privada con tanta facilidad como había arreglado su vida profesional, eso le hacía sentirse preocupado y culpable, tanto que a veces le costaba compartir esa cocina en la que veía cómo Alex peleaba con sus demonios interiores exorcizándolos con azúcar, harina y horas de horno.

El día de Marie no había sido demasiado bueno. Como su hermano le había dicho, su principal trabajo era ayudar a su cuñada Patricia. Parecía fácil, pero en cuanto abrió el ordenador y vio el desastre de organización que había en los proyectos, supo que iba a ser una ardua tarea. Por suerte todo el control económico recaía sobre Luis. Se dio cuenta también de que la secretaria-telefonista-administrativa dedicaba la mayor parte del tiempo a atender el teléfono y que además no tenía ninguna intención en facilitarle el trabajo o en tener una relación cordial con ella.

Comió una ensalada en una cafetería de aire europeo, donde por poco más de cinco euros se podían añadir varios ingredientes a un bol de pasta cocida y regarlo todo con una salsa en apariencia baja en calorías.

Al revisar el teléfono móvil, descubrió que no tenía ningún mensaje ese día de Jonás. Parecía que por fin se había cansado de ella. Sintió una extraña mezcla de alivio y pesar, sabía que tardaría en quitarse de encima esa sensación de haber sido abandonada y estar sola. Era paradójico porque ella había terminado con la relación, pero en su interior de vez en cuando había una vocecita que le decía que ella no había sido lo suficientemente buena como para retenerlo.

No había hablado con nadie de esto. Sabía que no iba a servir de nada, solo se sentiría aún más avergonzada, así que no había vuelto a hablar de Jonás con nadie. Los primeros días se había sentido sola, pero ahora se daba

cuenta de que también era necesario romper con todo el entorno de él, no quería ver a nadie de su pasado. Para ella esto era un nuevo comienzo en su vida, no solo el final de una relación.

Al volver a mirar su teléfono móvil, también descubrió otro pequeño detalle. No tenía el teléfono de Alex, no los habían intercambiado, así que no podía hablar con él a través de aquella ventanita del WhatsApp y tampoco podía cotillear el estado o la foto de perfil. ¿Tendría él de esas cosas? Seguro, hasta su madre tenía WhatsApp, que por cierto acababa de usar para recordarle en un todo ácido -sí, su madre era capaz de eso por escrito y mucho más- que todavía no había llamado para disculparse por su ausencia en la comida del domingo.

Marie dejó salir el aire con un suspiro cansado, miró su ensalada recién terminada y marcó la tecla para llamar a su madre. Solo un par de minutos más tarde colgaba con el sentimiento de culpabilidad instalado en su estómago además de una creciente frustración por no poder decirle lo que en realidad había pasado y así conseguir que dejara de animarla a llamar a Jonás. Entonces se dio cuenta: si su madre se enteraba de que ella se relacionaba con un camarero, iba a montar un gran número, pero al menos ella se sentiría vengada, ¿verdad? Podría presentarle a Alex y su madre comprobaría que era un hombre joven, bien parecido, y Marie le tocaría el trasero, descarada, para aumentar la ira materna. Sería divertido.

Pero para eso hacía falta conseguir que por lo menos él volviera a hablar con ella.

Pasadas las cinco de la tarde, Marie volvió a atravesar la puerta de la cafetería después de haber terminado su primer día de trabajo. En ese momento, la confusión inundó su rostro.

Alex no estaba.

En su lugar atendía la barra otro camarero. Ahora que lo pensaba, lo había visto varias veces, pero tan ensimismada en sus pensamientos como solía estar, no se había fijado demasiado en él.

Indecisa, tomó asiento en su mesa habitual junto a uno de los ventanales para entretenerse mirando a los viandantes, con la cabeza llena de preguntas y dudas. Había fantaseado con ese momento: Alex le serviría una taza de café decorada, tal vez con un corazón, y ella le sonreiría. Entonces sería como si nada hubiera pasado y tendría su segunda oportunidad.

—¿Qué va a tomar? —El camarero la sorprendió en sus pensamientos y ella tardó un poco en reaccionar.

—Un café —contestó Marie—, con leche.

Alberto la observó durante un segundo. Aquella mujer era la cliente que traía loco a Alex desde hacía unos días. Mientras preparaba el café echó unas miradas más hacia ella y sonrió para sí mismo. Era guapa, quizá demasiado delgada, pero eso cambiaría en cuanto su relación con Alex comenzase porque su hermano tenía un don en la cocina que ninguna mujer podía despreciar.

Le sirvió el café, puso un bombón en el plato y unas servilletas rosas, y escondido tras la barra, envió un mensaje a Alex para avisarle de que ella

estaba allí.

No habían pasado ni treinta minutos cuando apareció por la puerta trasera de la cocina y dejó el casco de su moto en una estantería. Respiraba fatigado como si hubiera ido corriendo en lugar de ir en moto y entró en la cafetería echando una mirada cómplice a su hermano pequeño para darle las gracias con un gesto silencioso.

Allí estaba Marie.

En cuanto la vio sonrió, algo que ya era costumbre en él, y salió de detrás de la barra para ir a su lado con un pedazo de bizcocho de naranja en un plato.

—Hola. Te traigo un trozo de bizcocho —dijo esperando que ella aceptara.

—Gracias. —Marie le sonrió.

El silencio se hizo incómodo, ninguno de los dos tuvo el valor de añadir nada más hasta que él decidió tomar la iniciativa y sentarse frente a ella.

—Así que además de desayunar, te gusta merendar un café —dijo en alusión al cambio de horario de ella.

—Siempre es momento para un buen café —contestó ella y por una vez se sintió orgullosa de tener algo ocurrente que decir. No tenía ni idea de dónde había salido esa valentía, pero ahora, frente a él, se sentía capaz de cualquier cosa, como por ejemplo alargar su mano y rozar los dedos fuertes y elegantes de Álex. Él agachó la mirada y atrapó su mano antes de volver a sonreír.

—Me alegro de volver a verte —le dijo, porque era verdad y porque le apetecía ser sincero con ella.

—A mí también. ¿Tienes mucho trabajo?

—La verdad es que no, parece una tarde tranquila y Alberto sabe defenderse.

Marie frunció el ceño, pero no preguntó a qué se debía que él entonces se encontrase allí, prefirió agradecer la casualidad y disfrutó del calor de los dedos de él sobre su mano mientras Álex acariciaba el dorso de su palma con su pulgar.

—¿Es tu hermano? —preguntó tan solo para poder continuar conversando.

—Mi hermano y socio. El negocio es de los dos y también los dos nos ocupamos de la cocina, aunque últimamente él no usa demasiado el horno. Está en una fase de abandono, dice. Yo creo que lo que pasa es que se siente frustrado.

—¿Frustrado? —repitió Marie. Le gustaba que Álex estuviera conversando con ella como si nada hubiera pasado.

—Sí. Después de estudiar años cocina, esto se le queda pequeño. No quiere reconocerlo, pero es así. Alberto ha nacido para trabajar en un gran restaurante.

—¿Por qué está aquí entonces? —preguntó curiosa.

—Creo que necesitaba centrarse y pensar en su futuro, y esta ha sido una buena oportunidad para los dos de situarnos económicamente. Pero estoy seguro de que pronto comenzará otro negocio.

Marie asintió mientras echaba un vistazo al hermano de Alex que trabajaba tranquilo recogiendo las tazas de café.

—Estás muy guapa —dijo Alex mirándola de nuevo a los ojos. Marie se perdió durante unos segundos en esos ojos verdes con grandes pestañas oscuras que él tenía, incluso miró sus rizos castaños y la boca en la que se dibujaba una suave sonrisa—. Ese pañuelo es muy bonito.

Alex la estaba observando como había hecho el domingo, con esa mirada sencilla que parecía acariciarla por donde pasaban sus ojos y Marie sintió que su piel se erizaba con el recuerdo de sus caricias, las de verdad, las de sus manos.

—Gracias —dijo con la voz algo baja—. He empezado a trabajar —le explicó.

—¿Sí? ¿Cómo te ha ido? —preguntó él, satisfecho de por fin conocer la razón del cambio en el vestuario de ella.

—Bien, trabajo para mi hermano así que en realidad no es un trabajo, bueno, es un trabajo, sí, pero no lo es. Quiero decir que es mi hermano —explicó, y se dio cuenta de que se había enredado un poco en sus palabras.

—Seguro que lo harás muy bien —le dijo y tiró de su mano para acercarla a sus labios. No sabía muy bien qué estaba haciendo, solo se dejaba llevar por lo que le apetecía en esos momentos, o casi, porque invitarla a la cocina sabía que era excesivo.

Sonrió para sí mismo al darse cuenta de que era la primera vez que pensaba en una locura parecida, pero sería muy sexi estar con una mujer en su cocina. El resto de los días cuando trabajara allí, podría recordar todo. Pero también estaba el hecho de que aquella cocina era un lugar de trabajo y su negocio era mitad de Alberto, aunque estaba segurísimo de que él aprobaría algo tan poco convencional.

La piel de Marie se impregnaría del olor de la canela, del chocolate, la vainilla y el azúcar. Sería delicioso lamer ese pequeño hueco de su cuello y descubrir el sonido de sus callados gemidos en su rincón preferido, entre los fuegos y los hornos.

Tuvo que respirar despacio para controlarse un poco, aclarar su mente y volver a la realidad. Marie estaba frente a él, tenía cogida su mano y ella no se había apartado, pero hacía poco más de un día lo había invitado a abandonar su casa por la mañana después de una noche juntos. No tenía que olvidar aquel detalle.

—La otra mañana, creo que me equivoqué.

Unas arruguitas aparecieron en la frente de Alex mientras la escuchaba, y ella estuvo tentada de agachar la cabeza.

—Lo siento —musitó.

Él dejó salir el aire, cerró los ojos un segundo y al abrirlos no había ni sombra de enfado o duda. Había decidido que merecían otra oportunidad y no iba a cambiar de idea ahora.

—¿Qué haces esta tarde? —preguntó. Como le había dicho Alberto, y estaba de acuerdo, si dejabas pensar demasiado a una mujer, ella encontrará mil

razones para no volver a verte. Así que su principal plan de ataque era ese: atacar.

Aunque también había otra razón, una que ni él ni su hermano habían pronunciado, pero los dos conocían de sobra. Si él tardaba demasiado, si pensaba lo que estaba sucediendo, si por un momento analizaba lo que comenzaba a crecer en su corazón, se escondería dentro de casa y no volvería a salir de allí.

—No tengo planes —contestó Marie, y entonces decidió ser un poco más valiente—. ¿Hasta qué hora trabajas?

—La verdad es que terminé de trabajar a la hora de comer—contestó Álex guiñándole un ojo.

La sonrisa de Marie fue todo lo que él necesitaba para olvidarse del resto de pensamientos. Se inclinó hacia delante y besó sus labios. Un beso suave, ligero, de esos que hacen sentir que hay muchos más esperando. Ella terminó su café recuperando su mano de entre los dedos de Álex, pero no consiguió recuperar esa calma con que había entrado hacía menos de una hora.

Era una segunda oportunidad, ninguno quería desperdiciarla.



Capítulo 9

Alberto no pudo evitar sonreír al ver cómo su hermano y socio salía por la puerta de la cocina acompañado de aquella mujer. Por una vez, parecía que Álex se había olvidado de su particular obsesión por no dejar que nadie se acercara. Claro que eso era algo que tardaría mucho en reconocer y él no iba a meterle prisa. Por ahora, con verlo dar ese paso era suficiente. Podía por fin respirar tranquilo y sentir un poco menos pesada la carga que llevaba en silencio. Él sabía bien que a pesar de su apariencia tranquila y cordial, de toda aquella seguridad que desprendía a su paso, la tormenta que ocupaba el corazón de Álex era la consecuencia de un pasado que había hecho de él un hombre que se tomaba las relaciones con la suficiente distancia para nunca ver implicados sus sentimientos. Era la primera vez que lo veía interesado en una mujer desde su ruptura con Julia, más allá de pasar unas horas divertidas con alguna, claro está. Había pasado mucho tiempo y ya era el momento de que Álex volviese a ser valiente e intentara que al menos una relación durase más de unas noches compartidas.

Marie había seguido a Alex a la cocina un poco azorada mirando al suelo sin atreverse a ver las miradas que les dirigían algunos clientes de la cafetería. En cuanto traspasaron la puerta, él se dio la vuelta y la miró con aire orgulloso.

—Esta es mi cocina, mi escondite —dijo con un tono triunfal.

—Es grande —observó Marie, porque en realidad no tenía ni idea de qué podía decir sobre aquel sitio: una cocina profesional, llena de paneles metálicos, hornos y unas encimeras blancas que lucían cuidadas y limpias.

—No mucho —la corrigió Alex—. Cuando estamos los dos aquí dentro siempre discutimos. Alberto ocupa demasiado.

—Pero es como tres veces mi cocina —observó Marie mientras volvía a echar un vistazo con más atención y se detenía en un estante repleto de libros y cuadernos.

—Cierto. Aunque tu cocina es perfecta y tiene una ventana donde tener tu pequeño huerto de especias —añadió Álex mientras se acercaba a ella despacio y la hacía caminar unos pasos, hasta quedar apoyada en la blanca encimera—. Estás preciosa hoy —susurró al inclinar la cabeza para acercarse sin separar sus ojos de los preciosos iris color chocolate de ella y oír cómo su respiración se hacía mucho más rápida.

—Gracias —contestó Marie casi sin aliento. En aquella cocina se sentía por completo rodeada de Álex. Era una sensación intensa y única. Era como si toda la estancia fuera él.

—No tienes por qué darlas. Es la verdad—dijo él antes de volver a posar sus labios sobre los suyos y besarla con calma saboreando cada rincón de su

boca, acariciando con la punta de la lengua sus labios que todavía sabían dulces mientras pasaba las manos para rodear su menuda cintura. Marie, sin darse cuenta, se había puesto de puntillas y dejaba su boca entreabierta disfrutando con aquel beso cálido y sabroso de los labios de Alex.

A través de la puerta llegaban los sonidos de la cafetería, pero a ninguno le importaba. El beso de Alex se volvió un poco más exigente, más hambriento, hasta que la levantó por la cintura para sentarla sobre la encimera y se pegó a su cuerpo para encontrar su lugar entre las rodillas separadas de ella. ¡Se sentía tan bien! Aunque mejoraría mucho si él le quitara aquellos pantalones.

Su mano subió su espalda despacio bajo la chaqueta, y respiró sobre los labios de Marie mientras mordisqueaba jugando con la delicada piel.

—Será mejor que nos vayamos —musitó sobre su piel antes de dirigirse por el camino de su mandíbula hasta dejar un beso bajo su oreja. Sintió cómo un escalofrío recorría la piel de ella y sonrió probando a acariciar aquel impreciso punto con sus labios.

Aquello estaba subiendo de temperatura, lo sabía, y también sabía que no quería interrupciones cuando quitara la camisa a Marie para disfrutar de nuevo de su piel erizada por los besos.

Alex la sujetó de la cintura para ayudarla a bajar, besó sus labios una última vez acariciando su mejilla mientras la miraba sonriente, sin esconder su respiración agitada y su voz mucho más ronca.

—Eres la primera mujer que traigo a mi cocina —confesó y como si aquello no fuera importante se dio la vuelta para coger su chaqueta y un casco—. ¿Te animas a dar un paseo?

Marie lo miró mientras intentaba regresar al mundo real. Ahora mismo él podría pedirle cualquier cosa, porque el cerebro de ella todavía parecía perdido en algún universo donde las nubes eran de azúcar.

—Toma, pónelo —le tendió el casco y cogió el suyo—. Menos mal que vas detrás, porque no iba a quitarte las manos de encima —bromeó mientras le ayudaba a ponerse el casco y colocaba su pelo—. No iré rápido. Cruza tu bolso delante, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —contestó ella, y salieron por la puerta trasera de la cafetería que daba a un callejón casi sin transitar. Allí estaba la moto de él, un aparato normal, de ciudad, nada deportivo. Era exactamente el modelo que le iba, porque Marie no podía imaginarse a Alex sobre una de esas máquinas veloces de colores fuertes. Tenía el aspecto de ser un hombre tranquilo y seguro al que le gustaba pasear por la ciudad.

El esperó a que ella tomara asiento y la miró un segundo antes de ponerse su casco.

—Agárrate. Sin miedo.

Encendió el motor y comenzó a rodar por el callejón hasta salir a la calle principal.

Marie nunca había montado en moto y se sentía frágil entre el tráfico. Los autobuses parecían grandes máquinas azules ruidosas cuando se paraban a su

lado y Álex zigzagueaba entre los coches. Las manos de ella se agarraron con fuerza rodeando su cintura y él se dio cuenta de que no disfrutaba demasiado del viaje, así que tomó la avenida hacia el Parque del Retiro pensando que lo mejor era dejar el paseo en moto para otro día, uno con menos tráfico, quizá por el norte de la ciudad.

Cuando torció por la calle Moreto, Marie se relajó un poco al comprobar que había mucho menos tráfico. Él accionó un mando a distancia que hizo que se abriera el portón de un parking y entraron a la oscuridad del edificio.

—Aquí tengo la plaza de garaje. No me gusta dejar la moto fuera —le explicó mientras se quitaba el casco en cuanto aparcó y la ayudaba a deshacerse del suyo—. ¿Te apetece un paseo por el Retiro o es demasiado típico?

Marie se rio por la pregunta. Era un cliché, sí, pero se había dado cuenta de que su vida estaba llena de ellos en los últimos tiempos, desde descubrir que su prometido estaba con otra mujer a terminar tonteando con un camarero. Todo parecía sacado de una película romántica mala.

—Mejor paramos a merendar algo. Estoy muerta de frío.

Álex le cogió las manos entre las suyas y comprobó que efectivamente estaban heladas. Todavía hacía frío para ir en moto por Madrid.

—Si quieres subimos a mi casa —propuso con el recuerdo de lo que acababa de suceder en su cocina todavía muy fresco en su memoria y su aroma dentro de su cabeza.

—¿Vives aquí? —Marie trató de zafarse de forma educada de aquella pregunta en tanto pensaba si era adecuado o no aceptar la invitación, aunque en el fondo estaba deseando cometer otra locura, como cuando le había invitado a subir a su propia casa. No sabía por qué no quería ir despacio con Álex.

—Sí.

Se quedaron unos segundos mirándose. Marie pensó que no conocía a aquel hombre de nada. Vivía en un edificio señorial a solo dos pasos de la Catedral de los Jerónimos y era dueño de una cafetería, además conducía una Vespa que debía de ser bastante cara dado su interés en guardarla en un garaje.

Álex vio la confusión en la mirada de ella. La verdad es que a él también le parecía raro invitar a una mujer a su casa, bueno, a casa de sus padres. Porque aunque él viviera allí, sentía que seguía siendo la casa de ellos. Tampoco quería precipitarse, la próxima vez que estuvieran juntos todo tenía que ser perfecto, incluido el desayuno por la mañana.

Sin soltar su mano, se acercó a darle un beso en la mejilla y le colocó un poco el pelo que se le había revuelto al quitarle el casco.

—Aquí cerca hay una cervecería. Ponen unas hamburguesas buenísimas. ¿Te parece bien?

—Perfecto —contestó, aliviada por estar con él en un escenario que suponía bastante más objetivo y seguro.

Álex la guió por un pasillo que comunicaba el garaje con el portal de la vivienda y ambos salieron a la calle. Marie todavía no había entrado en calor

y agradeció cuando él la rodeó con su brazo para caminar. Se sentía muy a gusto. Era más alto que ella, pero como hoy llevaba tacones podía mirarlo sin terminar con dolor de cuello.

Sentados en un sofá de piel dentro de una cervecería que había a solo unos metros de la casa de él, ella entró en calor mientras miraba la carta. Tenía hambre. Había comido poco y además estaba nerviosa, sobre todo esto último. Así que se sentía hambrienta.

—Voy a pedir una hamburguesa con queso y bacon. ¿Te parece?

—Me parece —bromeó Alex—. Voy a pedir lo mismo. Así ya no tengo que preocuparme de hacer la cena —añadió guiñándole el ojo, un gesto que ella se había dado cuenta que le identificaba, entre juguetón y divertido, y que hacía que a ella se le sonrojaran las mejillas, como si supiera que detrás había un pensamiento mucho más indecente.

—Este barrio es precioso para vivir —le dijo mientras esperaban que trajeran su comida.

—Sí lo es. Además la calle no tiene mucho tráfico —explicó sin querer dar importancia a tener una vivienda en uno de los barrios más caros de la ciudad—. Es el piso de mis padres.

—¿Vives con tus padres? —preguntó Marie y al momento se dio cuenta de que la pregunta quizá no era demasiado correcta. No era raro que un hombre viviera con sus padres, aunque fuera adulto y además ella no era quién para juzgarlo—. Me parece bien, no pasa nada —se apresuró a añadir.

—No —le dijo él mientras la miraba algo más serio—. Vivo solo. Mis padres murieron.

—Oh, lo siento —se disculpó Marie.

—No te preocupes, fue hace muchos años. —Álex se encontró queriendo dar pequeñas explicaciones sin pensarlo siquiera. Todavía tenía en los labios el recuerdo de los suaves besos de ella, quizá por eso no era capaz de mantenerse reservado o frío, es más, no tenía ni pizca de ganas de serlo esta vez. En el momento en que llegaron sus hamburguesas, la suya con una ración extra de queso como había pedido, vio la expresión de Marie mirando con hambre el plato. Pero Marie, en lugar de lanzarse a comer, comenzó a partir en pequeños trozos la hamburguesa destrozando, por tanto, el pan. Alex cogió la suya entre sus manos dándole un gran bocado.

—Deja los cubiertos y disfruta. Aquí no nos mira nadie —la animó y cogió una de sus patatas mojadas en tomate para dársela él mismo.

Marie sonrió y dejó los cubiertos sobre la mesa. ¿A quién se le había ocurrido que las hamburguesas debían de comerse con cuchillo y tenedor? Era un plato que merecía ser disfrutado a grandes mordiscos y mancharse los dedos con la salsa.

—Mi abuela nos crió a mi hermano Alberto y a mí —comenzó a explicar Álex—. Cuando regresé a Madrid, no pensé en irme a otra casa, la verdad.

—¿Murieron los dos? —preguntó extrañada ella.

—Sí, un accidente de tráfico —continuó él, pero con la habilidad que da la costumbre, ocultó los demás detalles—. La Vespa era de mi padre, su

pequeño tesoro, y yo la uso para moverme por la ciudad.

—Dicen que es lo más cómodo, pero a mí no me parece nada seguro.

—No tanto como un coche, mucho menos que un tanque —bromeó Álex—. Y tú, ¿vives sola?

Marie escuchó confusa. ¿Por qué le hacía esa pregunta?

—Es una pregunta rara —comenzó—. El otro día en mi casa... —no terminó la frase porque justo entonces cayó en la cuenta de lo que él pensaba—. ¿Crees que estoy casada y por eso te dije que te fueras de mi casa?

Alex no contestó, solo se quedó manteniendo su mirada y esperando.

—¿En serio crees eso?

—No hace falta que contestes si no quieres.

Ella bajó un momento la vista al plato. Estaba avergonzada, pero no por la razón que él creía. ¿Era posible que tuviera esa idea sobre ella?

—No soy una mujer infiel —contestó al fin, pero sin volver a mirarlo—. Creo que es mejor que me vaya —añadió porque de golpe aquella hamburguesa se le había atragantado y no quería continuar con la conversación.

Él vio cómo Marie se disponía a levantarse y entonces cogió su mano, aunque no entendía bien por qué ella parecía tan enfadada.

—Solo he preguntado —dijo con una intencionada voz baja.

—Y yo te he contestado, ¿verdad? —repuso ella con una mirada súbitamente retadora.

—No. No lo has hecho.

Marie resopló, apretó los labios y contestó.

—Vivo sola. ¿Contento?

—Sí, la verdad. Muy contento —el tono un poco burlón de Álex hizo que ella se enfadara un poco más.

—Oye, no sé qué has pensado de mí. No soy el tipo de chica que lleva hombres a su casa.

—Tampoco creo que eso sea malo—repuso Álex encogiéndose de hombros—. Llevar hombres a tu casa —explicó—. Eres adulta.

—Pero no lo hago, esa es la cuestión.

—Bien.

—Bien —repitió ella y al no saber cómo continuar con aquella conversación, volvió a atacar su hamburguesa.

Ninguno de los dos hablaron durante unos minutos, comieron y bebieron como si fuera una competición de a ver quién aguanta más en silencio. Pero al final Marie, que no estaba muy acostumbrada estos días a callarse nada, comenzó a hablar.

—He dejado a mi novio hace poco —explicó.

—Ajá —asintió él sin dejar de masticar.

—Aunque no vivíamos juntos, estábamos prometidos.

—¿Prometidos? ¿Sigue usándose esa palabra? —preguntó Álex sin pretender burlarse, pero sin darse cuenta, de nuevo hizo que ella se sintiera herida.

Había pasado poco tiempo todavía para Marie. A veces bastaba que viera un anuncio en la televisión para que las lágrimas afloraran de nuevo, o que abriera el joyero y viera alguna de las cosas que él le había regalado. «Él». No había vuelto a pronunciar su nombre, y también intentaba no pensarlo. Era «él». De esa forma todo parecía más fácil. Ahora estaba aquí, frente a un hombre que sí tenía un nombre y que además había conseguido en solo dos noches que ella se sintiera cuidada y querida como hacía mucho que «él» no la hacía sentir.

¿Por qué seguía doliendo tanto entonces?

—¿Estás bien? —Álex acarició su mano cuando el silencio de Marie duró demasiado. Había vuelto a ver por un momento esa mirada triste que había observado tantas veces cuando ella iba a tomar su café por las mañanas.

—Sí. Estoy bien. No te preocupes.

—No he querido molestarte, Marie. No pensaba que estabas casada, la verdad —se disculpó arrepentido.

—No te preocupes. De verdad.

—Lo hago. Me preocupo —le dijo Álex, y cogió sus dedos con un poco más de fuerza—. Me importas Marie. Me gustas.

La voz de él fue clara y sincera como su mirada, Marie se quedó muy quieta escuchando en su cabeza una y otra vez esa frase, incapaz de retirar su mirada de la expresión que había aparecido en el rostro de Álex.

No tenía ni idea de lo difícil que había sido pronunciar esas dos simples palabras para Álex. Las había pensado un montón de veces los últimos dos días antes de ser capaz de dejarlas salir de sus labios. Cientos de veces, miles de veces. Incluso las había dicho en voz alta. Ahora, por fin, ella las escuchaba y él sentía como si su corazón se hubiera detenido del todo.

Hacía tanto tiempo desde la última vez que había sentido ese calor que ni siquiera estaba acostumbrado a sentirse bien, a pensar en alguien cada mañana. Es cierto que en su trabajo había muchas mujeres que se interesaban en él y Álex se había amoldado a esa situación: era amable con todas ellas, aunque también mantenía una distancia. Pero había llegado Marie con su bolso azul, sus cafés diarios y esas entradas tímidas en la cafetería con las gafas de sol puestas. Gustar se quedaba corto, lo sabía también, porque cuando alguien hace que tu día comience justo en el momento que te saluda, cuando sientes que si no lo ves te falta algo, entonces es otro verbo el que se usa. Pero no estaba preparado, todavía no, aunque en el fondo de su mente comenzase a aparecer de vez en cuando esa pequeña alarma que le decía que algo sucedía, algo importante, algo de lo que no podría escapar.

—Me gustaría volver a verte, si te parece bien. Bueno, además de cuando vengas a desayunar, quiero decir —comenzó a hablar con la esperanza de que ella por fin dijera algo.

—Sí. A mí también me gustaría —añadió Marie con la voz algo más firme.

—¿Te apetece que salgamos el sábado? Podemos ir al cine o algo así. Lo que quieras.

—Hace siglos que no voy al cine —comentó pensativa.

—Entonces, decidido. Elige película —le dijo satisfecho al ver cómo había conseguido que ella volviera a sonreír.

Había resultado fácil conseguir una cita, una de verdad. Era el plan de Álex para dejar de ser el camarero que le servía el desayuno y convertirse en algo más, algo como un amigo o compañero, algo como la persona que despertara a su lado. Pero esto último no se atrevió siquiera a pensarlo.



Capítulo 10

Álex disfrutó cada minuto de aquella tarde junto a Marie. Había sostenido su mano entre sus dedos, había conducido su moto sintiendo cómo Marie se agarraba a su cintura, había caminado con ella bajo su brazo y al final, cuando la tarde ya sin ninguna duda debía ser llamada noche, besó sus labios frente a su portal mientras se despedían.

Regresó a su casa dando una vuelta por Madrid. Avanzaba la noche y el tráfico era menos denso, y al final llegó a su garaje, encerró la moto como cada noche en aquella plaza de garaje para dos coches que ahora estaba vacía.

Se sentía extraño. Ligerero como si hubiera tomado un revitalizante. Pero no había tomado nada, solo una hamburguesa y una coca cola con una mujer.

Entró en su casa y dejó la chaqueta en la entrada, como siempre hacía, antes de dirigirse al salón. Esta vez se detuvo en cuanto dio unos pasos. La luz de las farolas de la calle se colaba por el gran ventanal e iluminaba los libros en las estanterías. Se dejó caer sobre el gran sofá gris que presidía el salón mirando la pantalla de televisión que había sobre la pared donde debería estar la chimenea. Era de las primeras cosas que había decidido eliminar de la decoración. También se había deshecho de los grandes cortinajes que cubrían las ventanas, ahora solo había unas telas claras que tamizaban la luz del exterior. Las paredes lucían su aspecto original de ladrillo rojizo y el suelo de madera añadía un toque de calidez. Sobre la mesa de metal y cristal que había a sus pies se encontraban dispersas revistas culinarias, de videojuegos y el mando de la Xbox.

La casa, junto con una respetable cantidad de dinero, era parte de la herencia de sus padres. Su hermano Alberto había preferido la casa de verano en Santander, el capricho de su padre, con vistas al mar Cantábrico. También se había comprado un pequeño piso en una urbanización al norte de Madrid, otra razón por la que habían discutido porque él no estaba nada tranquilo con el hecho de que su hermano tuviera que conducir varios kilómetros para llegar a casa cada día, incluso los fines de semana. Alberto le había jurado mil veces que no tomaba ni una gota de alcohol si tenía que ponerse al volante, pero era difícil deshacerse de los recuerdos y del miedo, aunque los dos fingían que el tiempo había pasado y ya eran mayorcitos para cuidarse solos.

Su abuela Isabel había hecho las veces de padre y madre de los dos cuando quedaron huérfanos. Fue uno de esos sucesos que suelen salir en las noticias: sus padres volvían de una cena cuando un camión arrojó el coche en el que iban. Dijeron que había hielo en la carretera, que la culpa no había sido del conductor, pero nada de eso era relevante para ellos. Abandonaron la ciudad para ir a vivir al pequeño pueblo cántabro de Tudanca y allí pasaron el resto de su infancia, cuidados sin descanso por su abuela materna, que había perdido a su única hija.

La educación que recibieron fue a un tiempo cariñosa y firme. Su abuela no permitía que bajaran sus calificaciones, pero se ocupaba de que no les faltaran los besos y abrazos que solo ella les podía dar. Así que Alex y Alberto habían crecido felices y habían terminado sus estudios.

Aún recordaba cómo la abuela Isabel miraba con recelo a Julia, su primera novia formal, el primer día en que se atrevió a presentarla en casa durante las vacaciones de Semana Santa. Él pensaba que eran las manías típicas de una señora de edad, posesiva y algo anticuada, que no podía entender la libertad con que las mujeres se comportaban y dirigían en estos tiempos. Pero no, los ojos sabios por los años de la señora podían ver mucho más allá como él mismo se dio cuenta más tarde. Nunca le había gustado la novia de su nieto mayor y desde luego no se había preocupado en ocultar sus ideas, lo mismo que tampoco se había cansado de repetir a Alberto que debía sentar la cabeza y buscar alguna buena mujer, pues deseaba que su nieto pequeño no cambiara de acompañante cada mes.

Alex había conocido a Julia en la facultad de Medicina de Navarra. Ambos eran unos jóvenes recién llegados, dispuestos a comerse el mundo y demostrar que valían más que todos aquellos vejstorios obsesionados por los protocolos y la disciplina. Juntos habían compartido años de universidad, prácticas y muchas noches de estudio que a veces terminaban con los dos enredados en las sábanas gastando el poco tiempo que tenían para dormir en disfrutar de sus besos. Cuando él consiguió plaza en Madrid para estudiar la especialidad, pensó que por fin estaba más cerca del sueño de su vida: iba a ser cardiólogo. Ella decidió cursar estudios de traumatología, pero no consiguió una plaza en la misma ciudad. No pensaron que fuera un problema, serían solo unos años y podrían casarse rápido. Podían verse los fines de semana o cuando consiguieran días libres. Eran jóvenes, él seguía enamorado y por tanto era incapaz de ver los obstáculos a los que se debía enfrentar.

Solo habían pasado unos meses de ese primer año de residencia y llegó el día del cumpleaños de Alex. Habló con Julia por teléfono justo a las doce de la noche. Estaba de guardia y ella le echaba de menos. Le dijo cuanto sentía no poder disfrutar ese día tan especial a su lado, como siempre habían hecho desde que se conocían. Alex pasó la noche pensando cuándo sería la próxima vez que se verían, si pronto tendrían unas horas libres, y poco a poco el desánimo fue minándolo por dentro. No había imaginado que fuera tan duro. Las guardias, los turnos interminables, las clases..., cada día estaba más cansado y la echaba más de menos. Era su cumpleaños y se sentía triste, peor aún, se sentía solo. Diciembre había comenzado como un mes helado y él estaba rodeado en las urgencias de ancianos que veían empeorar sus dolencias por culpa del frío. Por muchas prácticas que hubiera hecho, no estaba preparado para la cruda realidad de un hospital grande en la capital. Veía desfilar ante sus ojos, uno tras otro, a pacientes por los que él poco podía hacer, salvo mejorar sus horas y esperar que fueran lo suficientemente fuertes para soportar otro invierno.

Cuando a las siete de la mañana terminó su turno, no lo dudó. Cogió el

coche y condujo hasta Guadalajara a la casa donde vivía Julia deseando sentir algo de calor en su piel. Abrió la puerta con sus propias llaves y entró con una sonrisa hasta el dormitorio.

Tal vez era el sueño, tal vez que no quería aceptarlo, pero necesitó unos segundos para entender lo que vio al llegar a la puerta, que estaba entreabierta. Julia estaba dormida con un hombre, ambos cubiertos por el edredón de cuadros que él mismo había elegido pensando en lo friolera que era ella.

Solo dijo su nombre y ella abrió los ojos sobresaltada. Se miraron un segundo y él se dio la vuelta tan rápido como pudo. No podía soportar estar allí, no quería escuchar ni una palabra ni oír cómo ella se atrevía a buscar explicaciones o disculpas. Con las manos cerradas en puños, salió de la casa y no se detuvo hasta montar en su coche. No había nada que decir.

Condujo durante horas, demasiadas, se detuvo en una gasolinera para tomar café, comer algo y continuó su viaje sin pararse a pensar en nada más que en la carretera. Ya era entrada la tarde cuando su abuela le abrió la puerta sobresaltada y él entró sin equipaje en la casa.

Allí se sentía a salvo y eso era justo lo que necesitaba.

La abuela Isabel entró en el dormitorio de su nieto en mitad de la noche y comprobó que estaba bien tapado. Estaba nevando y él había venido con lo puesto, pero por suerte había ropa de sobra en la casa. Preocupada, llamó a su nieto Alberto, pero tampoco él le explicó qué había pasado. Así que la mujer decidió que lo mejor era dejar que Alex hablara cuando él quisiera. Desde pequeño había sido un niño reservado para sus sentimientos. Su aparente jovialidad escondía una gran timidez. Pocos conocían la sensibilidad de un niño que se había quedado huérfano con diez años y en apariencia, había sabido acomodarse a la situación a la perfección. Solo ella sabía que tenía pesadillas y muchas veces venía a esconderse en su cama, era su secreto. De ella y de Alberto, el pequeño, que tenía ocho años y tuvo que madurar de golpe para perderse unos años de ingenua libertad. Sus nietos habían sido chicos responsables, buenos y estudiosos. Además Alex, que había heredado los ojos verdes de su padre y el pelo castaño de su madre, pronto se convirtió en un joven muy atractivo. Verlo allí de nuevo trajo a su memoria un tiempo pasado, que había sido tan feliz como cargado de tristezas, y deseó que todo fuera tan fácil como entonces y ella pudiera arroparlo para protegerlo de todo. Pero Alex era ahora un hombre de un metro noventa de estatura, el niño había quedado atrás hacía mucho tiempo, y, por desgracia, la vida solía tener la costumbre de jugar con las personas demasiadas veces.

Alex estuvo varias semanas escondido en el pueblo. No quería saber nada del mundo. Pronto su teléfono móvil se quedó sin batería así que ya no tuvo que preocuparse por los mensajes que recibía del hospital, de sus compañeros o de su hermano. Su abuela no decía nada, le preparaba el desayuno cada día, lo veía salir a pasear al campo o releer los libros que había en la casa y cada noche le hacía un vaso de leche con cacao, como siempre había hecho, para que tuviera sueños de chocolate. Alex le daba un beso en la frente, sonreía

agradecido por aquella costumbre que le calentaba el corazón ahora que tanto lo necesitaba. Sabía que su abuela sufría por él, pero no estaba preparado para hablar, aún no había decidido qué iba a hacer con su vida. Así que, de forma egoísta y terca, se encerró en su silencio mientras paseaba por los campos, aunque el frío ya se hubiera instalado, y pasaba las noches leyendo.

Sin darse cuenta, los días corrieron y llegó la Navidad. En aquel estado de semiletargo, ni se había preocupado de mirar el calendario y, como tampoco veía las noticias, casi no sabía en qué día vivía. La llegada de su hermano Alberto lo pilló de sorpresa, pero lo agradeció en el alma.

La abuela Isabel vio satisfecha cómo los dos hermanos se fundían en un abrazo y pensó que por fin todo se iba a resolver, ella podría volver a descansar tranquila por las noches con la seguridad de que sus dos chiquillos se encontraban a salvo.

Esa Nochebuena, después de terminar el cordero y toda la comida que su abuela insistió en preparar, Alex y Alberto se sentaron junto a la chimenea y, con una copa de un licor de hierbas que quemaba la garganta, aquel terminó por explicar a su hermano que había descubierto que su vida no tenía ningún sentido. Después de años estudiando, se daba cuenta de que nunca había querido ser médico, su trabajo le producía tristeza y no quería volver al hospital. También le contó lo que había sucedido con Julia, y hablaron durante horas mientras Alberto insistía en que recapacitase y no tirase años de estudio a la basura por culpa de ella. Pero ella no era la culpable. Durante ese viaje en coche en que escapó de Guadalajara hasta aquel pequeño pueblo de Tudanca, pudo pensar por primera vez en mucho tiempo. Sin prisa, en el silencio del automóvil, había repasado años y años de su vida. Y se dio cuenta de que lo que hacía no le gustaba.

No era fácil de entender para nadie, pero la decisión estaba tomada. Dejaba la carrera. Necesitaba encontrar algo que le hiciera feliz y no tenía ni idea de qué podría ser.

Regresó a Madrid en cuanto cedió el frío y la nieve desapareció, perdido, con la sensación de haber desperdiciado gran parte de su vida y no tener ni idea del rumbo que debía seguir.

Fue precisamente Alberto quien le animó a que le acompañara a la escuela de cocina. No es que Alex estuviera entusiasmado con la idea, pero le pareció una opción tan buena como cualquier otra, así que finalmente accedió, pagó la matrícula y se incorporó ya comenzado el curso. Entonces descubrió que dentro de él había una increíble capacidad para crear recetas de postres y dulces de todo tipo. Compartió con su hermano los cursos de cocina durante dos años y al finalizar, ambos pensaron que podían abrir un negocio juntos, algo pequeño, sencillo, que les dejara libertad para crear sus recetas y les proporcionara ingresos para no terminar por dilapidar la herencia de sus padres.

Unos meses más tarde encontraron un local perfecto, cerca de una plaza transitada pero tranquila.

Así nació *De canela*. Su cafetería.

Así comenzó también la nueva vida de Alex, una en la que no volvió a celebrar su cumpleaños. Pero también una vida en la que dejó de sentir aquella presión en el pecho y la ansiedad cada mañana al levantarse, para solo respirar y no volver a llevar el peso del mundo sobre sus hombros.

Se había reinventado a sí mismo como pocas personas saben hacer, quizá como ni siquiera saben hacer esos especialistas en autoayuda que repiten una y otra vez ese término. Nunca había vuelto a tener una relación seria, aunque no le habían faltado las citas y las cenas, pero siempre, cuando compartía la noche con alguna mujer, era el primero en abandonar la cama por la mañana.

Alex había aprendido muy joven que en cualquier momento la vida puede arrebatarte lo que más quieres, así que había decidido que nunca volvería a darle esa oportunidad al destino. Amaba a quienes eran ahora su única familia: la abuela Isabel y su hermano Alberto. Había decidido no dejar entrar a nadie más, de esa forma el riesgo de volver a sufrir se reducía bastante, ¿verdad?

Perdido en los pensamientos de su pasado, caminó descalzo por la casa de sus padres, porque sentía que era todavía de ellos aunque llevase años viviendo solo, entró en todas las habitaciones, en la cocina, en los baños... Pero sus padres no volverían a estar allí: ni en las joyas de su madre ni en los libros de su padre, tampoco en la colección de grabados que su madre había atesorado, comprados uno a uno en sus viajes, una docena de escenas de diferentes ciudades que adornaban una de las paredes del salón.

Había invitado a Marie a su casa. Era la primera vez que invitaba a una mujer en años y eso significaba algo, lo sabía bien.

Se tumbó en el sofá después de ir por una cerveza y puso la televisión. Echaban una de esas películas románticas que se habían puesto de moda y pasó una hora viendo cómo una mujer se esforzaba por hacerse entender en italiano, entonces se dio cuenta de que tenía el mismo color de cabello que Marie, se parecía muchísimo, aunque sus ojos eran más oscuros.

Cerró los ojos un momento con los dedos presionando el puente de su nariz y dejó salir un sonido muy parecido al de un gato herido.

Estaba buscando parecidos a ella en una película que veía en la televisión.



Capítulo 11

El cine había sido divertido. Una comedia romántica que Álex había dejado que ella eligiera. Era lo mejor, algo sencillo y entretenido que les daría conversación las siguientes horas.

Mientras esperaban en la entrada de la sala, Álex la tuvo abrazada por la cintura casi todo el tiempo y ella disfrutó de su calor, de la facilidad con que él la rodeaba, algo a lo que siempre se había negado Jonás, ocupado en parecer la perfecta pareja en público, pero sin excesivas muestras de cariño. Sin querer se encontraba pensando en cómo había cambiado su vida y lo diferente que era él a Jonás. Alex no llevaba un traje en perfecto estado ni una corbata a la moda y ella no iba vestida con un «discreto-pero-elegante» vestido oscuro que dejara ver sus rodillas. No, los dos iban vestidos de sport y con calzado cómodo. El abrazo de Alex era real, no era parte de la puesta en escena para parecer la pareja ideal que saldría en las páginas de cualquier revista.

Habían tenido que ir a un cine pequeño en el centro de la ciudad, ninguno de los dos tenía coche y ella había arrugado la nariz de una forma que a Alex le pareció deliciosa cuando hablaron por la mañana y él le insinuó la posibilidad de ir en su moto a cualquier cine del extrarradio, a una de esas salas grandes, con restaurantes en los alrededores, que habían ido apareciendo en la última década.

Vieron la película, rieron, mantuvieron los silencios oportunos y sintieron ese cosquilleo en el estómago cuando sus manos se acariciaban. A Alex le encantaba acariciar los dedos de Marie, ella tenía una mano fina y menuda, mucho más pequeña que la de él, y ahora llevaba las uñas pintadas de colores casi siempre, a la moda, y muchas veces a juego con su ropa. Había cambiado mucho en poco tiempo, Alex lo podía ver cada mañana. También él lo había hecho, como si ella lo arrastrara dentro de su nuevo mundo de colores.

Tenía un cuello precioso, lo había visto el primer día. Esbelto y delicado como ella. Aún seguía demasiado delgada, y eso que él se encargaba de proporcionarle un perfecto y nutritivo desayuno cada mañana.

Lo que él no sabía es que había otra cosa en esos desayunos que alimentaba el corazón de Marie: sus sonrisas. Porque precisamente cuando ella tenía momentos tristes, cuando se sentía cansada o débil, esas sonrisas eran las que conseguían hacer que su día continuara.

Cuando terminó la película salieron a la calle, donde el frío era un poco más intenso, pero ninguno de los dos quiso entrar en ningún bar o local nocturno y, como si tuvieran un acuerdo tácito de no separarse, caminaron abrazados por la calle esquivando a la gente que por ser fin de semana llenaba la ciudad. Él la llevaba sujeta por el hombro y ella pasaba la mano por la espalda de Alex.

Hacía mucho que Álex no caminaba con una mujer, pero con ella parecía fácil y correcto. Sus pasos encajaban a la perfección.

Llegaron al final de la calle y se encontraron con el Palacio de Linares, la noche no había terminado. En ese momento, Álex se giró hacia ella y se detuvo frente a la fachada de piedra blanca iluminada, la miró con esos ojos verdes que cada mañana le daban los buenos días sin palabras y acunó sus mejillas en sus manos antes de acercarse despacio a besar sus labios.

Marie estuvo a punto de suspirar y pensó que si los fantasmas que habitaban aquel edificio los estaban mirando desde los balcones, pensarían que ella era una tonta que había caído enamorada cuando su corazón ni siquiera había terminado de curarse.

Había retenido el aire con miedo a estropear ese momento. ¿Por qué los besos de Álex eran de esta forma? ¿Por qué era capaz de encontrar el instante justo y hacer que pareciese que se estaban en una película?

Alex paseó sus pulgares por la línea de la mandíbula de ella mientras la besaba. Todavía sabía a palomitas.

—Mi casa está cerca —dijo sin levantar la voz más de un susurro, y Marie creyó oír una risotada acompañada de pasos fantasmales dentro de aquel edificio tan hermoso.

Esa noche estaba dispuesto a lanzarse al vacío con ella, a jugárselo todo a la carta de Marie. Y cuando ambos despertaran, ella no iba a abandonar su casa.

No hubo respuesta, claro que tampoco había sido una pregunta. Caminaron juntos entre las calles hasta que volvió a detenerse en el portal de su casa, solo un segundo para mirarla y ver si todo era correcto.

Marie vio su sonrisa, su pelo, que parecía mejor peinado, y no quiso pensar nada. Solo lo siguió por el portal hasta el ascensor y permaneció en silencio los cuatro pisos hasta que se detuvo. Él no la soltó ni un segundo.

Intentando parecer calmado, Álex abrió la puerta de la casa y encendió las luces a su paso, mientras ella caminaba muy cerca. Cuando llegaron al salón, se detuvo.

—Este es el salón.

—Es bonito —comentó ella, porque fue lo primero que se le pasó por la cabeza.

Allí estaba Álex frente a ella, mirándola. Se acercó de nuevo. Cuando sus labios se unieron, los dos dejaron de pensar y decidieron recordar una a una las caricias que habían ensayado la primera noche juntos. La ropa quedó abandonada por el suelo del salón y Álex la llevó a su dormitorio. Sí, su cama era el mejor lugar. Allí podía envolverla con su cuerpo y perderse en mil besos. Sobre las sábanas grises, Marie parecía mucho más pálida, su cabello con algún sutil reflejo dorado y el rubor que cubría sus mejillas le hacían pensar en un helado de dulce de leche y fresas. Se acercó a ella con los ojos entornados, con la mirada oscurecida por el deseo, para descubrir el camino de su cuello, tan delicioso y suave, y la piel de su hombro que olía ligeramente al perfume afrutado con un toque de freísias que ella usaba. Descubrió también

que tenía cosquillas en la cadera y que si soplaba sobre su ombligo, todo su cuerpo se curvaba deliciosamente como si fuera una pequeña gatita.

No dejó un momento de mirarla mientras se hundía en ella con calma disfrutando de sus gemidos entrecortados que estallaban junto a sus jadeos con cada movimiento, un poco más fuerte cada vez, hasta que su cuerpo se rebeló y decidió romperse en un orgasmo que lo dejó sin respiración.

Se incorporó con miedo de hacerle daño, pues era mucho más pesado que Marie. Pero ella no parecía molesta. Una sonrisa ocupaba su rostro, sus ojos brillaban y sus labios parecían sonrojados, seguramente por los besos. Su pecho subía y bajaba demasiado rápido, y extendió la mano para acariciar su mejilla. Alex sujetó sus dedos y se los llevó a los labios para besarlos.

—No te muevas de aquí —bromeó al levantarse de la cama camino del baño para deshacerse del preservativo.

Cuando regresó, ella se había tumbado de lado y parecía mirar a través de la ventana.

—Quiero que te quedes a dormir —le pidió mientras recorría la piel de su hombro desnudo tumbado a su espalda.

—Solo si me preparas el desayuno.

Marie se giró para besarle otra vez y él la abrazó con fuerza contra su pecho, orgulloso de haber conseguido descubrir a la verdadera Marie, la que no se escondía ni bajaba la mirada avergonzada.

Por la mañana hizo, sin embargo, su mejor descubrimiento. Fue justo cuando despertó y se encontró con el cabello de ella cerca de su mejilla: los ojos recién despiertos de Marie eran lo más dulce que hubiera imaginado nunca, no tenían rastro de tristeza ni de preocupación, solo una mirada soñadora lo atravesaba como un cuchillo la mantequilla, hasta llegar a su corazón.

—¿Qué hora es? —La voz de ella lo sacó de sus pensamientos.

—No lo sé —musitó mientras salía de su pequeña ensoñación.

—¿No tienes que ir a trabajar? —preguntó Marie mientras se despertaba al lado del cuerpo cálido de Alex y sujetaba las sábanas hasta su cuello para cubrirse.

—No. Hoy tengo el día libre.

—¿Día libre? —preguntó mientras trataba de desperezarse.

—Sí. No trabajo. Avisé a Alberto y se encargará de todo hoy —contestó mirándola apoyado sobre su codo, y sonrió al ver cómo ella se cubría un poco pudorosa ahora que la noche había pasado.

—Estabas muy seguro de esto, ¿verdad? —dijo Marie, pero en sus palabras había una sonrisa y nada de reproche.

—Muy seguro —aceptó Alex inclinándose a besar la punta de su nariz.

—¿Y si te hubiera dicho que no? —aventuró ella, como en una ligera provocación.

—Entonces habríamos dormido en tu casa —contestó, a un tiempo que comenzaba de nuevo sus caricias en algún punto olvidado de la noche anterior. Marie no tuvo nada que objetar, lo único que consiguió salir de sus labios fue

alguna risa nerviosa cuando él se empeñaba en que soltara la sábana.

Cuando decidieron salir de la cama, Alex lo hizo sin ninguna vergüenza, caminó desnudo al baño para darse una ducha rápida y dejó a Marie pensando qué iba a ponerse. ¿Estaría bien que usara una de sus camisetas? ¿Era mejor que se vistiera con su ropa del día anterior? Como si leyera sus pensamientos, apareció Alex con una toalla anudada en la cadera y sacó de uno de los cajones un bóxer y dos camisetas.

—Elige: blanco o azul.

—Azul —contestó Marie sin dudar, no porque ella prefiriera el azul oscuro, sino porque sabía que a él le quedaba muy bien el blanco. Se quedó mirando mientras él se vestía, pensando en esa piel tostada, en su cuerpo que desde luego no parecía el de alguien que estuviera todo el día cocinando dulces.

—¿Te gusta lo que ves? —preguntó divertido al descubrir que ella estaba mirándolo fijamente y recordó la otra mañana en que ella lo descubrió preparando el desayuno.

—Bueno... sí —admitió Marie con una sonrisa traviesa.

—Me alegro. —Alex se acercó y la besó tomándose un poco más de tiempo del que debía, pero consiguiendo separarse de ella para preparar algo de comer.

—Pensaba que no estás nada gordo para ser un cocinero —aventuró Marie, que miraba ahora sus piernas, esbeltas y bien musculadas.

—No, no lo estoy. Pero hay una razón para ello —explicó mientras salía del dormitorio camino de la cocina—. Voy a nadar casi todos los días.

—Eso explica ese estómago, señor cocinero —bromeó ella al mismo tiempo que entraba tras de él en la cocina vestida con su camiseta azul oscuro y la ropa interior.

—Tú, sin embargo, parece que necesitas unos bocadillos —dijo con un ligero tono de regaño tras una mueca cariñosa.

—Siempre he sido delgada, es mi constitución —le aclaró Marie—. Aunque creo que he perdido peso, deben de ser los nervios.

Alex dejó por un momento la sartén y puso dos platos en la mesa. El revuelto de tortilla y verduras estaba listo para comer y su estómago andaba quejándose.

—Pues aquí tienes un buen desayuno —dijo mientras servía su plato y partía unas naranjas.

—Tus desayunos siempre me dan fuerza para todo el día —confesó Marie, y no hablaba solo de comer, hablaba de la forma en que sus pequeños detalles, sus galletas, incluso aquel dragón en el café que no había olvidado, habían alimentado su corazón y le habían hecho sentir que en el mundo había un lugar para ella.

—Me alegra escuchar eso, señorita —le dijo cuando besó su sien al dejar los vasos de zumo en la mesa—. Me gusta cocinar, creo que se nota. Y tú estás preciosa sentada en mi cocina.

Marie agachó su mirada un poco avergonzada y Alex decidió cambiar de

tema y pinchó un trozo de tortilla para dárselo él mismo.

—¿Qué hacemos hoy?

—En realidad tengo que irme pronto —se disculpó Marie sin atreverse todavía a mirar los ojos de él—. Hay comida familiar en casa de mi madre. Te invitaría, pero no es algo que quiera que sufran mis amigos, ya tengo suficiente con ir yo.

Marie se levantó para echar un vistazo a su teléfono móvil. Lo había desconectado durante la noche después de avisar a su hermano de que se encontraba sana y salva, y ahora sabía que tendría un montón de mensajes esperando, sobre todo de su madre para asegurarse de que esta vez sí acudía a la cita del domingo.

—Será mejor que me dé una ducha, no quiero llegar tarde o mi madre se pasará toda la comida regañándome.

Alex la miró resignado. Parecía que ella siempre estaba deseando desaparecer después de que durmieran juntos. Pero esta vez no se lo iba a poner tan fácil. Entró en la ducha cuando oyó correr el agua un par de minutos y la intensidad con que los labios de él la besaban devorando cada rincón de su boca no dejó que Marie pudiera hacer ninguna pregunta, tan solo perderse otra vez en sus brazos.

El vapor llenaba la ducha cuando se les agotaron las caricias y Álex suspiró cerrando un segundo los ojos con su frente apoyada sobre la de ella y el agua que caía por sus rostros, todavía con la respiración entrecortada.

Cuando por fin salieron miró el reloj y volvió a parecer nerviosa, se recogió el pelo en una coleta sin terminar de secárselo y se apresuró a vestirse.

El beso con que Álex la despidió en el portal del edificio se alargó demasiado, lo sabía, no quería dejarla partir. Había pasado una noche con ella y no había sido suficiente, tenía hambre de sus labios, de sus sonrisas y de su piel. Insistió una vez más en llevarla él mismo, a casa solo por pasar un poco más de tiempo con ella, pero Marie no cedió. Él vio cómo subía hasta la calle principal para coger un taxi y no entró en el portal hasta perderla de vista. Fue justo en ese momento cuando lo comprendió: estaba perdido. Había necesitado verla partir para sentir esa punzada en su pecho, el dolor de la separación, las ganas de volver a verla, esa necesidad de abrazarla, de tenerla en su cama, en su casa, donde fuera pero a su lado.

Alex sintió cómo dentro de él se desataba la guerra. Subió a su casa en el ascensor y por primera vez sintió claustrofobia en aquel habitáculo para seis personas. Le costaba respirar, trataba de llenar sus pulmones pero parecía que no hubiera aire suficiente. Entró en su casa deprisa y fue directo a la cocina para ponerse un vaso de agua.

Se quedó en pie con la garganta helada después de beber y la misma sensación de ahogo y opresión en el pecho. Le temblaban las manos y parecía que algo estuviera pitando dentro de sus oídos.

Moviéndose como un espectro, fue al baño y abrió el grifo del lavabo. Después de los años que había estudiado medicina podía reconocer a la

perfección los síntomas de un ataque de ansiedad, aunque ser él mismo el paciente era algo que no había esperado nunca. Entonces sucedió. Las lágrimas comenzaron a caer por su rostro. Lágrimas silenciosas que parecían derramarse sin que él tuviera nada que ver en aquello. Rodaban por sus mejillas confundándose con el agua, camufladas hasta desaparecer por el remolino del desagüe.

Al observar su propia imagen en el espejo, todo pareció volverse borroso.

El miedo, tanto tiempo agazapado en su interior, campaba ahora libre por su cuerpo: miedo a perder lo que más quería de nuevo. También la certeza, cruda y afilada, de que no podría separarse de Marie.

Todo aquello había sido una locura y una estupidez. Nunca debería haber escuchado a su hermano ni haber permitido que toda aquella tontería llegara tan lejos. Era el momento de terminar, de continuar con su vida y alejarse todo lo posible, antes de salir herido de nuevo.

Sabía que iba a ser duro, pero prefería terminar con todo aquello ahora, cuanto antes mejor. Él conocía sus límites y los había traspasado todos. Tenía a Marie metida dentro de su piel, podía recordar su olor al instante, su suavidad, y si cerraba los ojos veía a la perfección su sonrisa. Era el momento de alejarse.

¿Por qué había sido tan tonto de permitir esa cita? ¿Cuándo se había vuelto él un romántico? Tenía sus normas, las que le mantenían a salvo y alejado de todos los peligros.

Lo único que podía hacer era terminar con todo aquello. No habría más citas ni más noches con Marie.

La noche lo descubrió sumido en aquellos lúgubres pensamientos y apenas durmió algunas horas hasta que lo despertó la luz de la mañana. El resultado de dormir en el sofá era levantarse con dolor de espalda, de cabeza y un extraño humor mezcla de tristeza, melancolía y enfado. El piloto automático de su cabeza funcionaba y él llegó a la cafetería a primera hora, dejó la moto aparcada en el callejón y entró a trabajar.

Alberto se quedó mudo al verlo aparecer el domingo. Lo siguió a la cocina y estuvo merodeando a su alrededor un buen rato antes de atreverse a preguntar.

—¿Ha pasado algo?

—No, todo está bien.

—¿Seguro?

—Sí, seguro. Todo está bien.

Miró a su hermano mayor otra vez, estaba claro que mentía.

—Se te han roto las galletas —señaló a un tiempo que limpiaba los trocitos que habían caído a la encimera.

Alex hizo un gesto molesto y volvió a comenzar a colocarlas, pero, por alguna razón, sus manos no parecían estar centradas en su trabajo esa mañana.

—Dime qué ha pasado, Alex, antes de que termines haciendo migas la bandeja entera.

Su hermano tardó en contestar. ¿Cómo podía explicarle que todo había terminado? Sabía que Alberto no iba a estar de acuerdo y se empeñaría en discutir.

—¿Saliste con Marie?

—Sí, hemos salido —contestó. No tenía ganas de dar más explicaciones a su hermano, sobre todo porque sabía que iban a sonar ridículas y tontas.

—Eso ya lo sé, pero no sé si esta vez has conseguido desayunar con ella o te ha echado antes de que amanezca, igual es algún tipo de ritual entre vosotros.

—¿Alguna vez has sentido que si das un paso más vas a terminar cayendo por un precipicio ? —preguntó mientras insistía en colocar una línea de galletas sobre otra.

—Eso es una tontería, Sandro, y lo sabes.

Álex le echó una mirada malhumorado. No le gustaba que lo llamara por su apodo de niño y él lo sabía.

—Si quieres dejar de estar solo, tendrás que ser más valiente.

—¿Tanto como tú? —replicó—. No me des consejos que ni tú mismo te crees.

Alberto lo vio salir de la cocina y lo siguió para comenzar a atender a los clientes, el trabajo se acumulaba y no era el momento de detenerse en una discusión, pero más adelante iba a tener una seria conversación con Álex.

Una mujer se sentó en aquella silla junto a la ventana, dejó su bolso negro en el asiento vacío al lado y comenzó a revisar su teléfono. Alex la miró y recordó. Recordó otras mañanas, recordó unos ojos castaños tristes, recordó un gran bolso azul que siempre le hacía sonreír al pensar qué llevaría ella dentro. Recordó también su piel y esa sonrisa al despertar a su lado.

Enfadado, sintió la necesidad de salir de allí lo más rápido posible o terminaría echando a aquella mujer de la cafetería por haberse atrevido a sentarse en el sitio de Marie. Así que fue a ocultarse en la cocina.

Había perdido la mejor oportunidad de ser feliz, de tener a alguien por las mañanas con quien compartir un desayuno. En su cabeza, podía ver a Julia que le sonreía mientras él le contaba sus planes de futuro, cómo se casarían y llenarían de niños de nuevo la casa de sus padres.

Él le había dado todo el poder sobre su futuro. Había dejado que fuera ese recuerdo, esa traición, la que gobernara su vida, obsesionado desde entonces con no dejar que nadie llegara a ser lo suficientemente importante para él. Solo Marie había conseguido acercarse tanto como para hacer temblar su mundo y acariciar la breve ilusión de un futuro a su lado. Hasta le había preparado el desayuno.

En un arranque de ira dio un golpe a las bandejas del horno que estaban apiladas secándose y estas cayeron y golpearon contra el suelo con un fuerte ruido metálico.



¹ Según la rumorología madrileña, el palacio de Linares encerraría los fantasmas de los primeros marqueses de Linares, así como el de una niña, su supuesta hija.
Ver más en https://es.wikipedia.org/wiki/Palacio_de_Linares

Capítulo 12

Luis no quitaba el ojo de encima a su hermana Marie mientras intentaba reconducir la conversación una vez más. No le gustaba Jonás y estaba muy feliz de que su hermana hubiera decidido poner fin a aquella relación, desde luego no entendía por qué su madre insistía una y otra vez, debía de ser la única persona que no se había dado cuenta del desagradable cambio de su hija mientras duró el noviazgo con él.

—No serás la primera ni la última que pasa por esto. No es para tanto —repuso su madre con un aire de dignidad ridículo después de pronunciar aquellas palabras.

Marie insistió en ignorarla. No dejaba de pensar que había sido una estúpida por abandonar a Alex esa mañana para ir a comer a casa de su madre. Tendría que terminar con aquella odiosa costumbre de las comidas familiares.

—Marie, ya es hora de que dejes esta tontería. Jonás es un buen hombre.

Miró a su madre enfadada. Durante los años de su relación con él, había tenido que soportar que su madre defendiera siempre a Jonás. Ella no parecía ver ningún defecto. Ni tan siquiera cuando Luis le explicó que el propio Jonás había reconocido que estaba con otra mujer. Lo disculpó y echó la culpa a su hija, que a sus ojos era simple y aburrida.

—No quiero volver con él. Es más, no quiero estar con ningún hombre. Sé que te parecerá extraño, mamá, pero trabajo y puedo vivir sola perfectamente —expuso Marie, que trataba de sonar como una completa adulta y miraba de reojo a Luis para advertirle que no hiciera ningún comentario sobre Alex.

—Eso dices ahora, pero ya verás dentro de unos meses. Estarás sola, Marie. Los años pasan y te haces mayor —las palabras de su madre se tornaron como siempre más hirientes, más amargas, y Patricia se removió inquieta en la silla deseando defenderla—. Ahora puedes maquillarte y parecer bonita, pero pronto no podrás ocultar tu edad.

—Aún no tengo treinta años —contestó Marie, que ni siquiera estaba sorprendida por el discurso de su madre, había escuchado esas palabras mil veces.

—Pues al menos deberías maquillarte mejor, porque esas ojeras no son nada atractivas y cuando Jonás te vea pensará que eres una descuidada.

Marie resopló y miró a su hermano que estaba a punto de entrar en la discusión, pero el timbre de la puerta sonó en ese justo momento.

—Vaya, no sé quién puede ser —dijo con fingida afectación su madre.

Todos la miraron desconcertados hasta que Marie se percató de lo que sucedía.

—No puede ser. No se habrá atrevido.

Pero sí, su madre se atrevía, desde luego que sí. Jonás apareció en el

umbral de la puerta del salón y Luis se levantó con los ojos encendidos de ira y los puños apretados.

—No, Luis, espera. Quiero hablar con él. —Le detuvo Marie sujetándole del brazo.

Su exprometido parecía sacado de alguna de esas rancias revistas de sociedad. Con aire vencedor y orgulloso, se comportaba como si fuera el dueño de la situación.

—Espero no molestar. Luis, Patricia —saludó con un ligero movimiento de cabeza y miró a la pequeña Inés que, ajena al drama que se avecinaba, mordisqueaba un trozo de pan—. Se os ve tan estupendos como siempre, y vuestra hija está preciosa, cada día se parece más a su madre.

Nadie contestó. La situación era absurda, y todos miraron a Marie esperando su reacción.

—Jonás, creo que será mejor que hablemos un momento.

—Por supuesto —aceptó con una cordial sonrisa y siguió a Marie hasta la cocina—. Sé que esto te ha pillado por sorpresa. Tengo que reconocer que cuando tu madre me propuso esta pequeña encerrona, me pareció una locura, no quería presionarte, pero creo que ha llegado el momento, lleva razón.

Marie se sirvió un vaso de agua intentando calmarse un poco. En aquel momento sentía unas ganas terribles de gritar a su madre por haberse atrevido a planear una locura así.

—¿Cómo estás? —preguntó Jonás intentando obtener alguna respuesta.

—Bien, estoy bien. —Tomó aire despacio y lo miró frente a frente en un intento de parecer mucho más fuerte de lo que se sentía. Bebió otro sorbo de agua. Le temblaban las manos y sujetó el vaso con fuerza. No estaba preparada para aquello.

—Necesito que me escuches, Marie —dijo Jonás mientras se acercaba a ella un paso.

Ella le miró aterrada. ¿Iba a poder negarse? ¿Sería capaz de terminar de una vez por todas con él?

No quería escuchar a Jonás, pero sabía que para terminar de forma definitiva con su relación, tenía que verlo una vez más. Necesitaba cerrar por fin ese capítulo de su vida, demostrarse a sí misma que podía superar una conversación con él.

—No te he traído flores ni quiero hacer ninguna tontería, he pensando sobre cómo podía conseguir arreglar lo nuestro. No sé por dónde empezar. No dejo de pensar en ti, Marie. —La voz grave de Jonás sonaba calmada y ella le escuchaba recordando que esa era la forma en que solía dirigirse a ella, atento, educado. Así había sido al principio. Pero ella conocía lo que había venido después—. Te echo de menos —añadió para quedarse en silencio esperando que ella dijera algo.

—Jonás, creo que no he sido justa contigo —comenzó repitiendo las frases que se había esforzado en memorizar cuando imaginaba una conversación con él—. Tenía que haberte hablado desde el primer día.

—No tienes que decirme nada, Marie. No es necesario. He pensado

mucho estos días, como te he dicho. Te he tenido completamente desatendida. Lo siento. Eso va a cambiar, te lo aseguro. He hablado con tu madre y creo que lo mejor es que fijemos una fecha para la boda. Podemos casarnos en otoño, hay tiempo para organizarlo. Te daré la boda que te mereces.

—Creo que no lo has entendido —dijo ella, aunque su voz era demasiado baja y él tuvo que esforzarse en escuchar las palabras—. Estos días yo también he pensado, Jonás. He pensado en nosotros, en ti, en mí. —Mientras hablaba, iba encontrando la fuerza que necesitaba y terminó mirándolo a los ojos directamente, a esos ojos oscuros que hacía tiempo la habían seducido con su fuerza y su seguridad—. No quiero volver a verte.

—Marie... —Confuso, miró a aquella mujer que había considerado suya durante los últimos años—. Te quiero. He cometido muchos errores, lo sé. Pero te prometo que todo eso ha pasado. Voy a cuidar de ti, Marie.

—No quiero casarme contigo —dijo Marie a un tiempo que daba un paso hacia atrás para alejarse de nuevo de él—. Lo siento, Jonás, ya no te quiero.

—Piénsalo, Marie, hemos compartido muchos años. Sabes que puedo darte una buena vida.

—Lo he pensado, de verdad. Te he querido muchísimo, Jonás, he llorado hasta que ya no sentía nada, he pensado una y otra vez en todos los errores que he podido cometer. Ya no me queda nada dentro. —Hizo una pausa al pensar lo doloroso que era pronunciar esas palabras—. Ya no te quiero.

Jonás se quedó frente a ella, nunca había imaginado que esas palabras saldrían de sus labios.

Marie se miró las manos un momento, seguía sujetando aquel vaso como si fuera lo único que la mantenía firme. Entonces reparó en el espacio que había vacío en su dedo anular.

—No te he devuelto el anillo —musitó.

—No. No hace falta. Es tuyo. No tienes que devolverme nada —contestó él con sequedad.

Se miraron. Ninguno de los dos sabía qué más podía decir. Tal vez Jonás estuviera de verdad arrepentido, tal vez todavía la quisiera, pero Marie sabía que cualquier rastro del sentimiento que una vez había llenado su corazón, había muerto sepultado bajo la tristeza. No sentía rabia ni enfado, tampoco tenía deseos de venganza, solo quería poder continuar con su vida y olvidarse de tantas noches de lágrimas.

Jonás se acercó a ella. Había visto a Marie muchas veces. Tenía grabados en su memoria la forma oval de su rostro, sus pestañas un poco rubias, los labios marcados, un poco más pequeño el inferior. Besó su mejilla, pero no vio ni rastro de emoción en esa mirada castaña. Sonrió un poco y el orgullo afloró de su interior haciendo que de nuevo se irguiera dueño de sí mismo.

—Adiós, Marie. Despideme de tu madre, por favor.

No pronunció ni una palabra más. No hacía falta. Salió de la cocina y ella oyó cómo se cerraba la puerta de la casa. Sin saber qué hacer, se quedó en pie en la cocina hasta que los brazos fuertes de su hermano la rodearon en un abrazo que le devolvió algo de calor e impidió que se derrumbara en el suelo.

—No sé cómo se ha atrevido.

Luis había acompañado a su hermana pequeña, no quería dejarla sola. Aunque Jonás siempre había sido educado, las noticias estaban llenas de hombres que se volvían locos cuando sus novias o sus mujeres decidían abandonarlos. Después de todo, había sido un hombre controlador y manipulador con ella, no iba a arriesgarse a que sufriera cualquier agresión.

—Y encima ahora pensará que todos estamos contra ella, te juro que no entiendo cómo papá la soportó tantos años. Estoy seguro de que él hubiera echado a Jonás a patadas de casa.

Hablaba con la esperanza de ver a Marie reaccionar o al menos de conseguir que saliera del mutismo en el que se había sumido después de la conversación con Jonás.

—Creo que le vendrá bien un pequeño escarmiento. No pienso aparecer por allí en una buena temporada, si quiere ver a su nieta, será ella la que tenga que venir a nuestra casa.

Marie esbozó una pequeña sonrisa. Su hermano parecía enfadado de verdad. Hacía lo mismo que llevaba haciendo desde que eran pequeños: protegerla.

—No te preocupes. Estoy bien. Y es mejor que te vayas a casa.

—No pienso dejarte sola.

—Estoy bien —repitió—. Ya has comprobado las ventanas, la puerta, el teléfono... Él no va a aparecer por aquí, es demasiado orgulloso.

—No quiero que te haga daño.

—No vendrá, créeme. Ahora mismo estará en los brazos de otra mujer. Él es así. No va a perder ni un segundo en mirar atrás. Hasta me parece raro que haya estado de acuerdo con el plan de mamá.

—¿Estás segura?

—Muy segura. Ha tenido todos estos días para venir y no lo ha hecho. No ha cambiado nada, de verdad. Yo no soy nada para él.

Luis miró a su hermana desolado. La tranquilidad con la que hablaba, cómo aceptaba todo lo que le sucedía, era triste.

—Voy a quedarme aquí esta tarde, ¿de acuerdo? No me voy a marchar hasta que no estés metida en la cama.

—Luis...

—Espero que tengas cerveza en casa, por lo menos.

—Sí, hay cervezas, pero me temo que no hay nada de comer.

—Pues pediremos pizza. Y de paso un cubo de helado. Nos vendrá muy bien a los dos.

—¿Y Patricia?

—Está bien, una tarde separados no nos va a hacer ningún daño tampoco.

Le guiñó el ojo mientras rebuscaba el teléfono en su chaqueta para pedir una pizza.

—¿Y ese chico, el camarero? ¿Qué tal vas con él? —preguntó. Creía que era mucho mejor que ella pensara en el futuro, así olvidaría pronto todo lo que dejaba atrás.

—Bien, voy bien —contestó.

—¿Solo bien?

—Bueno..., he dormido esta noche en su casa —confesó Marie.

Luis tragó despacio antes de contestar, no se acostumbraba a hablar con ella sobre sus novios.

—Así que vas en serio.

—¿En serio? No creo.

—Me gustaría conocerle. Podemos quedar un día para cenar los cuatro. O mejor, puedes invitarle a nuestra casa un domingo, sería una buena venganza contra mamá. Le daría una lipotimia si supiera que sales con un camarero.

—No es solo un camarero. Es el dueño de la cafetería y es cocinero. En realidad estudió cocina.

—Vaya. Me parece estupendo. Pero no se lo digas a mamá. Deja que sufra pensando que sales con alguien que sirve cafés —bromeó al imaginar a su madre mortificada confesando a sus amigas que su hija salía con un camarero.

—No pienso llevarle ningún domingo ni quiero que ella lo conozca.

—Lo entiendo. Pero a mi casa sí le puedes traer. El fin de semana que viene. ¿De acuerdo? Intentaré preparar una cena decente y compraré un buen vino.

—No sé si podrá.

—Podrá, claro que sí. Tú pídeselo y el sábado cenamos en mi casa.

No podía negarse. Luis quería conocer al hombre que había conseguido sacar a Jonás de la cabeza a su hermana. No sabía casi nada de él, solo que preparaba cafés, galletas y tortitas. Pero podía ver cómo ella sonreía sin darse cuenta cuando hablaba de él.

Se quedó hasta la noche cuidando de ella, cenaron unas pizzas y al final ella le convenció para que se marchara a su casa antes de que se hiciera más tarde. No tenía miedo, estaba segura de que Jonás no iba a volver.

Cuando estuvo sola, antes de meterse en la cama a ver la televisión, cogió su teléfono móvil y pensó en llamar a Alex. En el último momento, decidió que era mejor no hacerlo. Él se daría cuenta de que ella no se encontraba bien e insistiría en verla, y ella no sabía si estaban en ese momento de su relación. Había sucedido todo demasiado rápido. Necesitaba pensar, frenar un poco y sentirse de nuevo dueña de su vida antes de comenzar una relación. No era justo para Alex, pero debía pensar un poco en sí misma.

Esperaría al desayuno. Esa noche necesitaba descansar del amor.



Capítulo 13

Álex colocó las galletas en una bandeja, ya estaban frías y el olor a chocolate se extendía por la cocina como cada mañana. Era pronto, Alberto atendía la barra de la cafetería y él se mantenía ocupado en la cocina amasando, horneando y limpiando concienzudamente la encimera. Se estaba escondiendo, en definitiva.

Había pasado horas pensando en Marie, él, que siempre sabía el momento justo para salir de la vida de una mujer, silenciosamente, sin prisa, pero sin pausa. Y ahora aquí estaba recordando una y otra vez esa preciosa curva que formaba el cuello de Marie cuando él la besaba bajo la oreja, y todo eso mientras colocaba despacio, controlando la fuerza de sus movimientos, conocidos, automáticos, las galletas, que formaban un semicírculo casi perfecto, una tras otra. Al terminar, lamió, como si fuera un chiquillo, el rastro de migas de chocolate que había quedado en sus dedos antes de lavarse las manos. Y en todo el proceso no había dejado de pensar en ella.

¿Qué se suponía que debía hacer? ¿Salir ahí fuera y esperar a que ella entrase por la puerta para preparar otro café, doblar las servilletas de corazones y añadir unas galletas a su plato?

Por segunda vez, había cometido el error de dejar que ella se acercase demasiado; por segunda vez ella lo había despedido por la mañana después de una noche estupenda sin tener al parecer ningún remordimiento.

Se estaba comportando como un tonto adolescente y eso le cabreaba.

En su vida no había lugar para otra mujer, había tomado esa decisión hacía mucho tiempo. No había lugar para el amor y sería mejor que no volviese a olvidarlo.

Esa cita con Marie había sido un error, uno de los grandes. Ahora lo podía ver con claridad. El domingo se había dejado llevar por la nostalgia, por una tonta necesidad de volcar sus frustraciones, sus miedos, pensando en un futuro con ella. Pero sabía que era imposible.

Como si el peso de sus pensamientos fuera demasiado, dejó caer la cabeza y torció el gesto en una media sonrisa triste. Podía recordar cada minuto de aquella primera vez que ella entró en la cafetería y de todas las mañanas siguientes. Él le había regalado esos dibujos con nata, incluso había horneado galletas pensando en ella.

Este era el momento de detenerse, de terminar con todo. Lo sabía. Pero no tenía fuerzas para dar el siguiente paso. Ella se había despertado en su cama y él se encontraba ahora secuestrado por el recuerdo de sus ojos recién abiertos a un nuevo día.

—Marie ha llegado —anunció Alberto sin levantar la voz tras asomar la cabeza por la puerta de la cocina.

Alex no contestó. Tampoco salió tras él. Se quedó dentro de la seguridad

de su cocina y se excusó a sí mismo diciéndose que era el mejor momento para experimentar con una nueva receta de galletas con aroma de vainilla y menta, que hacía tiempo había creado.

Cuando Alberto vio pasar los minutos sin que la puerta de la cocina se abriera, se decidió a servir él mismo el café a la joven que llevaba días visitando su cafetería. Lo hizo lo mejor que pudo. Aunque él no sabía decorar con nata, sí le regaló una sonrisa, tan parecida a la de su hermano que ella por un momento se mostró confusa. Discreta como siempre, Marie fue a su lugar junto a la ventana y el hermano pequeño de Alex la vio guardar el teléfono móvil en el bolso después de haber echado un vistazo. Estuvo tentado de contarle que Alex estaba viviendo un verdadero ataque de pánico.

Esa mañana, cuando su hermano mayor había llegado después de su cita diaria con la piscina, habían hablado un buen rato. Alex era feliz desde que aquella mujer había aparecido en su cafetería y él quería que luchara por ese amor porque estaba seguro de que la amaba, aunque estuviera muerto de miedo y escondido dentro de su cocina. No podía soportar la idea de saber que su hermano estaba a punto de tirar a la basura la única oportunidad que había tenido en años de rehacer su vida, de seguir su camino. No podía cargar más tiempo con todo aquel peso de ver a Alex vivir sin esperanza.

Veinte minutos más tarde, ella salió de la cafetería y él esperó un tiempo prudente antes de volver a ver si *el monstruo de las galletas*, como lo llamaba entre bromas y risas desde hacía unos años, estaba escondido con la cabeza oculta en el horno o se había marchado.

—Ya puedes salir. Se ha ido —anunció.

—Gracias —contestó Alex muy serio sin dejar de batir unos huevos.

—De nada. Cuando te apetezca, sales y me ayudas, estamos a tope a estas horas —insistió porque sabía que cuanto antes se decidiera a salir antes terminaría con aquella tontería. Estaba seguro de que cuando volviera a ver a Marie no podría seguir negando que sentía algo por ella y dejaría de esconderse. Claro que eso tendría que ser al día siguiente.

—Cuando termine —contestó con desgana.

—¿Y eso será durante la mañana o vas a hacer galletas para no volver en toda la semana? —dijo con ironía su hermano sin darle tregua—. Así no tienes que seguir escondido. Así te quedas en casa y es más fácil.

Alex levantó la mirada airado.

—No tengo ganas de discutir, Alberto.

—Vaya, no tienes ganas de discutir, tampoco de servir hoy. A mí tampoco me apetece quitar el lavavajillas pero lo hago, y ahí estoy sirviendo cafés. Pero claro, «Sandro el artista» se esconde en la cocina. —Alberto cuando quería podía ser muy molesto y, como buen hermano pequeño, conocía a la perfección los puntos débiles de Alex y la forma exacta de hacer que su paciencia saltara por los aires, como llamarlo como hacía su madre cuando eran pequeños.

—No estoy escondido. Y no vuelvas a llamarme así —advirtió.

—Muy bien. No estás escondido, Sandro —repitió bajito burlándose, y

Álex se encaró a él con la sombra de la ira asomada a sus ojos.

—Déjame en paz. Tengo que terminar estas galletas.

—Sandro tiene que hacer galletas. Perfecto —aceptó mientras sonreía burlón—. Algunos enamorados escriben poemas, otros pintan. —Alberto le golpeó con el índice en el pecho—. Tú haces galletas.

—No estoy enamorado —espetó con la intención de zanjar el tema, a sabiendas de que su hermano era un difícil contrincante en una discusión.

—Perdona, es verdad, no estás enamorado. Solo haces galletas para pasar el rato mientras te escondes de la mujer con la que has pasado una noche estupenda.

—No me escondo, Alberto, ya te lo he dicho. —La temperatura entre ambos estaba subiendo peligrosamente y los dos lo sabían, pero no iba a ser él quien esta vez se retirara. Si Alberto quería pelea, la iba a encontrar.

—Cuando quieras —continuó su hermano a un tiempo que señalaba la puerta—, ahí fuera hay clientes que atender. Ella se ha marchado así que estás a salvo.

Con aire triunfal, Alberto salió de la cocina y lo dejó más enfadado y nervioso, sin oportunidad de desahogarse en la discusión. Intentó regresar a su tarea de batir los huevos, pero sabía bien que era el momento de detenerse o terminaría por arruinar toda la receta otra vez. Así que cambió el delantal de la cocina por otro corto que solo cubría desde la cintura y salió a la barra.

En cuanto su hermano pequeño lo vio, hizo un gesto de aprobación y ambos se situaron en zonas de la barra alejadas, en un acuerdo tácito de no encontrarse y poder seguir trabajando sin volver a entrar en una discusión.

Alberto no quitó ojo de encima a su hermano. Tantos años juntos eran suficientes para conocer que, bajo esa fachada de aparente tranquilidad, estaba tenso y nervioso, además iba a terminar por romper algo si seguía sin centrarse en lo que hacía. Cuando una copa de batido de frutas se deslizó de entre sus dedos y fue a parar al suelo de la barra, donde dejó una mezcla pringosa de color naranja, Alberto torció el gesto con fastidio. Fue a por la fregona y se afanó en limpiar aquello mientras veía cómo su hermano parecía congelado observando la mancha extenderse.

Los pocos clientes que había a esa hora de la mañana, alguna ama de casa que tomaba un zumo mientras leía una revista, un joven en paro que revisaba su teléfono móvil y otro par de señoras que tomaban habitualmente un aperitivo, observaron curiosos cómo Álex permanecía quieto mirando el suelo.

Un poco brusco, su hermano le dio un manotazo en el brazo.

—Vamos, vete de aquí. Tengo que limpiar.

—Trae, puedo hacerlo yo —regresando a la realidad, Álex trató de quitarle el palo de la fregona, pero Alberto se resistió.

—Vete de una vez. Haz algo útil en la cocina —lo despidió con mala gana.

—Deja que limpie, he sido yo quien ha tirado el zumo.

—¿Sabes lo que puedes hacer? Coge tu teléfono y llámala. —Su hermano,

fregona en mano, limpiaba mientras hablaba, pero sin darse cuenta habían subido ambos el tono de voz, por lo que los clientes ahora prestaban atención, con mayor o menor discreción, a su pequeña disputa.

—He dicho que me des la fregona —insistió con brusquedad y, como cuando eran dos chiquillos, ambos se miraron dispuestos a pelear.

—No me da la gana. Vete de una vez. Métete en la cocina con tus malditas galletas, a ver si encuentras el valor para hacer lo que tienes que hacer.

Alex le lanzó una mirada furibunda y dio un paso atrás por lo que perdió el poco control que le quedaba.

—No me digas qué tengo que hacer, tú no tienes ni idea —gritó, y entró en la cocina. Era la primera vez en mucho tiempo que Alberto lo veía perder los nervios y levantar la voz.

—Claro que tengo idea. No hay más que verte para saber que estás muerto de miedo —continuó, y entró tras él en la cocina.

—¿Verme? ¿Qué ves? —le preguntó extendiendo los brazos—. No hay nada, solo son imaginaciones tuyas.

—¿Imaginaciones mías? Sandro, mírate —replicó mientras lo señalaba—. ¿A cuántas mujeres les preparas el desayuno?

—A muchas. Es mi trabajo.

—Sabes de sobra a qué me refiero. Es la primera vez que te quedas por la mañana en casa de una mujer, la primera desde hace años que llevas a una a tu casa y la primera vez que no atiendes la cafetería.

—¿Es eso? ¡Pues lo siento, joder! No sabía que eras el único con derecho a tener un día de descanso.

—Deja de decir tonterías. Me da igual que pases el día en la cocina. Me da igual lo que quieras inventarte para justificarte. Estás enamorado de ella, Sandro. Acéptalo.

—No estoy enamorado de ella, ¿entendido? —gritó con los puños apretados por la rabia.

—Sí lo estás —Alberto le retó, satisfecho por haber conseguido que de una vez perdiera la calma—. Sigue comportándote como un idiota y lo único que vas a conseguir es perderla. Te conozco, Sandro, y te vas a arrepentir.

—¿Me conoces? ¿Entonces dime por qué estás aquí diciéndome todas esas tonterías? Sabes cómo soy, sabes lo que quiero. Nada de relaciones. Nada de mujeres. Nada de planes —enumeró escupiendo las palabras mientras hacía un gesto con la mano como si apartara todas esas ideas de su camino—. Y deja de llamarme así, ya no soy un crío.

—Estás enamorado, Alejandro. —Alberto se cruzó de brazos sabiéndose vencedor antes de continuar, y pronunció con retintín su nombre completo—. Ella no va a esperarte eternamente, lo sabes.

Alex lo miró con odio y él sintió unas ganas tremendas de abofetearlo para que entrara en razón.

—De acuerdo, no estás enamorado. ¿Vas a dejarla y que se vaya a cualquier otra cafetería a llorar sus penas? ¿Eso vas a hacer, Alex?

—Sabes que no —se quejó Alex sin dudar un segundo su respuesta.

—¿No? Explícame entonces a qué estás jugando. Mira, Álex, he visto desfilar a mujeres a tu lado de todos los colores y nunca te había visto así con ninguna. Desde el primer día que me hablaste de ella, de su costumbre de sentarse junto a la ventana, de sus ojeras, me di cuenta de que había algo. Nunca habías reparado así en ninguna. ¿No quieres aceptarlo? Perfecto. Pero entonces déjala en paz y no vuelvas a verla. Porque no creo que necesite otro drama en su vida.

Álex se apoyó en la encimera y dejó caer la cabeza entre sus hombros con los dedos apretados sobre la superficie fría. No, Marie no necesitaba otro drama en su vida, de hecho no necesitaba que otro hombre la dejara. Lo más honesto era terminar con todo ahora mismo, sin hacerle más daño.

—Llevas razón. Lo mejor es terminar con esto ya —habló, casi sin fuerza.

—Eso es. Terminar. Nunca has sido demasiado valiente, ¿verdad? —Alberto regresó al ataque con ganas de sacudir a su hermano por no ser capaz de salir de ese estado de autocompasión. El momento de olvidar a Julia de una vez por todas, de sacarla de su cabeza, había llegado. Tenía que conseguir que el fantasma de esa maldita mujer desapareciera de una vez por todas de sus vidas y los dejase continuar tranquilos. Se habían ganado ese derecho.

—No me hables tú de valor. Dime —atacó Álex, que había perdido del todo la calma necesaria para que aquella discusión no empeorase—, ¿de qué te escondes tú? Si querías ser camarero no tenías que desperdiciar años estudiando, ¿no crees?

—No pagues conmigo tu frustración, Álex, no lo hagas —le advirtió. Quería a Álex más que a nadie en el mundo y no podía permanecer más tiempo callado. A veces los secretos terminan por envenenarte por dentro, pero a diferencia de su hermano, él no estaba dispuesto a seguir lamentándose por los errores del pasado. Todo eso había terminado.

—¿Por qué te escondes tú tras la barra cada día, dime? No tienes el valor de abrir tu propio restaurante y exponerte a fracasar. Llevas haciendo lo mismo desde que eras niño, esperas que yo esté a tu lado protegiéndote para no arriesgarte —continuó Álex mientras el rostro de su hermano se tornaba lívido por el enfado—. Sal ahí fuera y sirve los cafés, eso es lo único que vas a hacer el resto de tu vida, lo sabes.

—Tiene gracia —las palabras brotaron amargas de los labios de Alberto, que miraba con una mezcla de rabia y tristeza a su hermano—. Recuerdo cuando una vez corriste a esconderte en los brazos de la abuela después de descubrir a tu novia en la cama con otro. Tiraste tu vida por la borda por culpa de una mujer y ahora vuelves a hacerlo. —Caminó hasta la puerta y justo antes de salir de la cocina, se giró de nuevo para enfrentarse a él—. ¿Sabes? Cuando era pequeño, pensaba que eras invencible. Ahora sé que solo eres un pobre hombre que no es capaz de luchar por ser feliz.

Si en ese preciso momento Alberto no hubiera abandonado la cocina para ir a atender la barra de la cafetería, probablemente Álex le hubiera dado un puñetazo, pero solo pudo golpear sobre la puerta. Se hizo daño en los nudillos, sacudió la mano y la metió bajo el agua fría para mitigar el dolor

mientras se mordía los labios para no gritar y mandar al mismísimo infierno a toda la humanidad.

Él no era un cobarde. Nunca lo había sido. Conocía demasiado bien el dolor de perder a alguien querido, de abandonar toda una vida, todo un futuro y no estaba dispuesto a volver a pasar por eso. Era mucho mejor mantenerse en solitario. De acuerdo, de vez en cuando andaba con alguna mujer, tonteaba, nada serio. No había heridos. Su hermano no podía imaginar lo difícil que era vivir de esa forma.

Cogió el casco de la moto y se marchó sin molestarse en despedirse y condujo de forma automática por la ciudad sin un destino.

Había sido fantástico despertar con ella en su cama, ver a Marie paseando por su cocina, la única estancia de la casa que sentía completamente suya. También tenía grabado en su memoria el momento justo en que la pilló cuando salía de la ducha. Había sido delicioso envolverla en una toalla y secar su espalda, besar su hombro que guardaba el olor al gel de almendras y pasear los dedos por la línea de su esternón hasta que ella le regañó y terminó de secarse sola.

Demasiado ofuscado en sus pensamientos, no fue capaz de predecir el movimiento de un coche que se saltó un semáforo en el siguiente cruce.



Capítulo 14

Alberto recorrió más de una docena de veces el pasillo del hospital, arriba y abajo sin descanso, desgastando de forma inútil las botas que calzaba. Estaba nervioso. Llevaba demasiadas horas esperando que le dieran alguna respuesta, pero solo se encontraba una y otra vez con la misma contestación por parte de las enfermeras. Álex estaba fuera de peligro, tenía que esperar a que un médico pudiera darle más detalles. «Como si eso fuera tan fácil», pensó. Esperar.

En el suelo, junto a una de las sillas de la sala de espera, estaba la bolsa con las pertenencias que le habían dado de su hermano, las pocas que se habían podido recuperar: el teléfono móvil, que seguía intacto en su funda, las zapatillas deportivas y la cartera. El resto, ropa y casco, no estaba.

Fue hacia las máquinas de comida y bebida y decidió tomarse otro refresco de cola. No había comido en todo el día. Sabía que si lo intentaba, su estómago se rebelaría. Los nervios lo estaban destrozando y no podía hacer nada. A duras penas, conseguía mantener a raya los recuerdos: aquella visita de su abuela para contarles que no volverían a ver a sus padres, palabras que se habían mantenido grabadas en su memoria durante todos esos años, tanto como esa sensación de vacío, de no entender nada. Eso no le podía haber pasado a Álex, no, se negaba a pensar en esa posibilidad.

No había llamado aún a su abuela Isabel. Había estado dando vueltas sobre lo que debía hacer. A su edad, las preocupaciones no eran recomendables y sería mejor esperar a saber qué había sucedido antes de darle la noticia. No quería que se asustara más de lo imprescindible. Sabía que en cuanto hiciera esa llamada, la buena mujer metería en una maleta lo mínimo necesario y cogería un tren camino de la capital para comprobar por ella misma que su nieto estaba en perfecto estado.

Tampoco había visto la moto. La policía le había entregado unos papeles con todos los datos necesarios. El otro conductor no se había dado a la fuga. Al parecer, se había quedado él mismo al lado de su hermano hasta que llegó la ambulancia. La prueba de alcoholemia no había dado positivo, así que todo se había debido a una maldita imprudencia. El mismo policía se había encargado también de llevarse al hombre cuando intentó acercarse en el hospital a Alberto para interesarse por el estado de su hermano. Sabía que probablemente estaba sinceramente preocupado, pero no tenía tiempo ni ganas de ser condescendiente con él.

Se sentó para tomarse el refresco y volvió a echar un vistazo al móvil de Álex. Conocía de sobra la clave de entrada, lo había visto mil veces pulsar esas teclas en la pantalla táctil del aparato. No lo pensó más. Desbloqueó el terminal y echó un vistazo a la agenda de contactos pues pensó que tal vez habría alguien a quien llamar para poner al tanto de la situación de Álex. Se

encontró con una docena de números con nombre de mujer, no sabía quiénes eran pero suponía que debían de ser algunas de las relaciones esporádicas que Alex había tenido en esos años. También había teléfonos de proveedores del negocio, algún amigo común. Nada más.

Abrió la aplicación de mensajería y echó un vistazo. Entonces sonrió. Allí estaba. Era la mujer del bolso azul. Marie, ese era su nombre, y su foto de WhatsApp mostraba una mirada tranquila. En esos momentos estaba en línea y Alberto pensó en la posibilidad de enviarle un mensaje, pero la desechó con rapidez. En cuanto tuviera noticias de Alex la llamaría y le contaría lo que había sucedido. Más tarde discutiría con Alex, pero ahora no iba a dejar pasar esa oportunidad de que el cabezota de su hermano tuviera la visita de aquella mujer de la que llevaba hablando sin parar durante semanas, por mucho que él mismo negara que sentía algo por ella, y afirmara que lo único que debía hacer era no volver a verla.

—¿Alberto?

Sintió un escalofrío al escuchar su nombre. Él conocía esa voz.

—Siento que nos tengamos que ver de esta forma.

Julia extendió la mano para saludar al que hubiera sido su cuñado si su relación con Alex no hubiera terminado de aquella forma tan abrupta hacía ya varios años.

Sin saber qué decir o qué hacer, Alberto se puso en pie y estrechó la mano que ella le ofrecía mientras echaba una mirada a la mujer que tenía frente a él. Había pasado mucho tiempo, pero era Julia, no había ninguna duda. Era la mujer que había destrozado la vida a su hermano, la culpable de que tirase todo su futuro por la alcantarilla, la misma que había jugado con ellos sin ninguna piedad. Pero lo más extraño es que el enfado que debía sentir no llegaba a cristalizar en su pecho.

—¿Qué casualidad, verdad? —añadió sin dejar de sonreír cuando vio que él no decía ni una palabra—. Cuando leí el nombre en el parte de urgencias, no me lo podía creer.

—¿Eres médico aquí? —preguntó después de leer la tarjeta identificativa sobre la bata blanca que ella llevaba.

—Sí. Traumatóloga.

Alberto seguía mirándola aturdido. ¿Qué broma del destino era aquella por la que su hermano había terminado en el hospital para tener como médico a la mujer a la que odiaba?

—Alex está bien —continuó Julia—. Ha sido un golpe fuerte, pero ha tenido mucha suerte. Vamos a dejarlo en observación toda la noche, prefiero tomar precauciones. Está dormido ahora, le han puesto un calmante para que pueda descansar.

—¿Está bien de verdad? Quiero decir, ¿no le ha pasado nada más?

—Le ha salvado el casco y que no conducía deprisa. El golpe sobre el capó lo dio de frente, rebotó y cayó al suelo. Había mucha sangre y los chicos de la ambulancia temían lo peor, pero solo era la nariz rota. También se ha dislocado el hombro. —Julia enumeraba las contusiones del parte de lesiones

mirando los papeles que traía con ella—. Va a estar unas semanas dolorido, pero la resonancia no ha mostrado ningún daño interno en la cabeza ni en el cuerpo. Yo misma he visto las imágenes. Perdona que hayamos tardado, no quería venir sin tener todos los resultados.

—Gracias. Muchas gracias por tomarte la molestia, Julia —contestó todavía en shock por tenerla frente a él.

—No es molestia, Alberto. Me he llevado un susto de muerte también —confesó la doctora a un tiempo que dejaba los informes sobre el mostrador desde el que las enfermeras los miraban llenas de curiosidad—. Si quieres verlo, te acompaño.

Alberto caminó a su lado por los pasillos, que a esas horas estaban tranquilos. Ella parecía muy diferente a como la recordaba. Igual de hermosa, eso sí, pero diferente. Llevaba el cabello más largo recogido en una trenza que parecía a punto de deshacerse, iba poco maquillada, estaba algo más delgada de lo que podía recordar y ahora sus ojos azules estaban escondidos tras unas gafas de metal.

—Así que terminaste la carrera —comentó. Era extraño, sentía una mezcla de odio y curiosidad que le estaba haciendo sentirse mareado, tal vez era el resultado de haber estado demasiadas horas en esa sofocante sala de espera sin comer nada—. A Álex le habrá parecido una extraña coincidencia.

—No me ha visto. Otro compañero se ha encargado de él, pero le seguiré de cerca —se explicó Julia y se detuvo en una de las puertas para pasar su tarjeta identificativa y poder entrar—. Ahora es mejor que descanse.

—Sí, mejor esperar antes de que te vea —dijo, más que nada por no estar en silencio. Su cabeza acababa de jugarle una mala pasada, y sin darse cuenta se había detenido a observar los labios de ella mientras hablaba. Pero era Julia, no lo tenía que olvidar. Sabía muy bien a qué sabían sus labios y cómo mentían sin ninguna dificultad. La mujer sexi vestida de médico que tenía frente a él no era ninguna fantasía hecha realidad, era quien se había encargado de destrozar a su hermano. Y no lo había hecho sola, porque él tenía su parte de culpa. Si hubiera hablado, si no hubiera sido un cobarde, podría haberle evitado todo ese dolor a Álex. Pero por aquella época él solo pensaba en divertirse y Julia era lo más parecido a la fruta prohibida. Cada vez que la miraba pensaba en cómo sería tenerla sobre su cama o sobre cualquier superficie de su casa, y ese no era un pensamiento que uno debiera tener por su futura cuñada. Peor había sido pasar de las ideas a los hechos. Era tan culpable como ella y ese sentimiento lo había ahogado durante mucho tiempo hasta que sintió que por fin todo había pasado, que Álex la había olvidado y ella estaba lo bastante lejos de sus vidas.

—Hace tanto tiempo. —Julia bajó la voz al hablar, aunque nadie podía escucharlos—. Siempre me he preguntado qué habría sido de él.

—¿En serio? —preguntó un poco decepcionado al creer descubrir cierta nostalgia en sus palabras.

—Sí. Lo quería mucho, ¿sabes?

Aquello era más de lo que Alberto podía aguantar sin decir nada. ¿Cómo

se atrevía a decir algo así? ¿Y por qué a él le molestaba tanto que ella hablase ahora de amor? Dejó que el mal humor, la rabia, la preocupación, cristalizasen contra ella como si fuera la culpable de que su hermano estuviera en un hospital.

—Le jodiste la vida, Julia —espetó con una mueca severa y fría en su cara.

—Nunca quise hacerle daño —dijo ella sin perder la sonrisa. Para Julia todo aquello había sucedido hacía mucho tiempo, tanto que cada uno había seguido su vida hasta que un jugueteón destino los había vuelto a cruzar. Podía recordar al hermano pequeño de Alex, siempre visceral y dispuesto a discutir, opuesto por completo a su hermano mayor, que trataba continuamente de calmarlo y evitar que tomara decisiones demasiado precipitadas. Ahora era un hombre. Un hombre atractivo, aunque no tenía los ojos verdes de Alex ni el cabello tan oscuro, y parecía estar conteniéndose para no darle un puñetazo, aunque ella fuera una mujer. Alberto siempre había sido impulsivo y pasional, eso era lo que lo hacía tan atractivo.

—¿No? Supongo que no pensabas que iba a encontrarte con otro tío en la cama. Fue su mejor regalo de cumpleaños.

Julia lo miró algo dolida, pero sin rastro de arrepentimiento en su mirada. No tenía intención de enzarzarse en una pelea por algo que para ella era pasado.

—Puedes estar unos minutos. Cuando necesites salir, dile a la enfermera que llame para que te abran las puertas de los pasillos.

Sin decir nada más, se dio la vuelta y él la vio caminar en la dirección en que habían llegado hasta desaparecer al cruzar las puertas de seguridad que daban acceso al área restringida.

Tomó aire despacio para sacar fuerzas y ver a su hermano.

Nunca había estado en una sala de observación. Lo primero que le impactó fue el olor, una mezcla de medicamentos y desinfectante. Solo eran tres camas y una enfermera estaba en ese momento sustituyendo una de esas bolsas transparentes de suero.

Terminó y colocó la sábana sobre el enfermo, entonces se dirigió a él.

—Soy el hermano de Alejandro Velarde.

—Acabo de ponerle un calmante, está casi dormido —le indicó la cama más alejada de la puerta y Alberto caminó con cuidado de no hacer ruido.

Tomó aire muy despacio cuando vio el rostro de Alex. Las vendas cubrían parte de su cara y tenía los ojos amoratados. También llevaba un vendaje en el brazo y vio las marcas de lo que supuso quemaduras producidas por el asfalto en las manos, que descansaban a los lados de su cuerpo.

—Parece más grave de lo que es. Los golpes en la cara siempre son muy llamativos, pero ha tenido mucha suerte —la enfermera trataba de calmarle, al ver el rostro de preocupación—. Va a estar unos días con dolor, pero parece estar en forma, se repondrá pronto.

Alberto tragó y sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. Nunca antes había visto a su Alex herido, ni siquiera enfermo. Esas horas de espera

temiendo lo peor habían sido duras, se había agarrado a las palabras tranquilizadoras de las enfermeras, aunque bien sabía que podían ser solo para mantenerle calmado. Ahora por fin tenía a Alex a su lado. Vivo y a salvo.

—¿Cómo estás? —susurró mientras se acercaba un poco al rostro de Alex. Vio cómo abría los ojos y lo buscaba, algo parecido a una sonrisa se dibujó en su cara y Alberto estuvo a punto de abrazarlo. Allí estaba su hermano.

—Bien —musitó sin fuerzas antes de volver a cerrar los ojos.

Alberto miró cómo descansaba. Tenía miedo de tocar su mano y hacerle daño, pero quería que supiera que no estaba solo. Lo único que se le ocurrió fue colocarle un poco el cabello hacia atrás en un torpe intento de caricia.

—Es mejor que descanse ahora. Mañana cuando despierte va a dolerle todo el cuerpo. —La enfermera le tocó con suavidad el brazo mientras le hablaba—. Usted también debe descansar. Aquí está bien cuidado. A las ocho puede venir de nuevo. Seguro que pasa a planta pronto.

—¿De verdad está bien? Quiero decir, está aquí dentro por algo.

—Es solo precaución. Si sucediera algo esta noche, le avisaríamos.

Tratando de mantenerse fuerte, Alberto se alejó un poco de la cama de su hermano.

—Vaya a casa y descanse —repitió la enfermera con el mismo tono sosegado.

Como si su cuerpo y su mente supieran que ahora podían por fin relajarse, Alberto sintió todo el cansancio de golpe al salir del hospital. Las horas de espera, los nervios, la tensión por mantener apartados los negros pensamientos, todo caía sobre sus hombros. Se dejó llevar por un taxi hasta su casa y subió en el ascensor moviéndose como un zombie.

Recordó que tenía que hacer una llamada antes de dormir, así que cogió el teléfono móvil de su hermano y volvió a releer los nombres de los contactos hasta dar con el que buscaba.

— Aunque trataba de aparentar que no se encontraba mal, Marie pasó un día horrible en su trabajo pensando una y otra vez en Alex. También había pensado en Jonás, no podía evitarlo. Los recuerdos la habían acosado y se había lanzado de cabeza a horas de autocompasión y culpabilidad.

Al regresar a casa del trabajo, sintió las horas caer una tras otra hasta que comenzó a oscurecer. Cerró la ventana de la cocina después de echar un vistazo al jardín de la urbanización donde vivía. Había sido una buena idea crear un pequeño jardín de especias, hacía que pensara en Alex y las veces que había amanecido junto a él. Se esmeró en revisar aquellas pequeñas macetas que aún no tenían ningún brote verde. Era un bonito rincón y esperaba que se pareciese pronto a la fotografía de la tienda de jardinería donde había comprado una caja con todo lo necesario: macetas de colores, tierra, simientes y un libro que explicaba cómo conseguir un trocito de naturaleza en el propio hogar. Le gustaban las plantas, aunque su carácter algo despistado hacía que no le durasen demasiado.

Mientras se preparaba un sencillo plato de ensalada, pensó en cuánto le

había cambiado la vida. No hacía ni seis meses estaba en una fiesta rodeada de gente, hombres elegantes y llenos de ganas de divertirse, mujeres que se esforzaban en parecer inteligentes y divertidas, conversaciones sobre las últimas tendencias de moda o de política, igual daba con tal de hablar como si de verdad supieras lo que decías. Ahora estaba en su pequeña cocina y se disponía a cenar sola mientras veía cualquier cosa en la televisión. Había pasado de la angustia y la tristeza a unos días muy diferentes. Por las mañanas trabajaba en el estudio de su hermano haciendo un poco de todo, era asistente personal de Patricia, contable y secretaria. Por las tardes podía descansar en casa, leer, aunque muchas veces terminaba por adelantar trabajo. Había pensado en apuntarse a un gimnasio, sería estupendo para conocer gente. Una etapa de su vida había quedado atrás y ahora había una nueva Marie, una que no se parecía demasiado a la silenciosa y cortés mujer que acompañaba a su prometido con una sonrisa eterna en la cara.

No podía evitar sentirse imperfecta. Sobre todo desde que le había dado por pensar que Álex la había evitado. Dentro de su cabeza y de su corazón había un montón de sentimientos encontrados: ira, rabia, amor, despecho, esperanza. Por segunda vez, ella no había sido suficiente para un hombre. Claro que si se detenía a pensarlo, sabía de sobra que eso era una tontería. Era una mujer completa, no le hacía falta ningún hombre a su lado, tenía su trabajo y era dueña de su vida. Sí, por fin era dueña de su vida. Pero por la noche, cuando miraba a través de la ventana cerrada el cielo, pensaba que ojalá no estuviera sola en su cama, pues deseaba tener a su lado un cuerpo cálido, una mano amiga, un pecho sobre el que recostarse y poder respirar el aroma cálido de otra persona a su lado. Entonces venía a su mente un ligero aroma a canela.

Si la relación con Jonás había sido devastadora para su vida social, romper con Álex era fácil porque nadie conocía de su existencia, solo su hermano había oído hablar de él. Así que no era complicado imaginar que nada de aquello había pasado, pensar en esos cafés como un pasado muy lejano y seguir su vida.

Esta vez no habría lágrimas.

Cuando sonó el teléfono, puso cara de fastidio. No le gustaban las interrupciones mientras cenaba, pero al ver la identificación de la llamada no dudó en contestar.

—Hola.

—Hola, Marie —contestó al otro lado una voz que le parecía conocida—. Soy Alberto, el hermano de Álex. Perdona que te llame a estas horas. Álex ha tenido un accidente.

Marie tardó solo un par de segundos en entender aquella llamada. Sintió que se le secaba la garganta y le temblaban las manos, y tuvo que cerrar los ojos un segundo. Entonces se atrevió a hacer la pregunta.

—¿Está bien?

—Sí, no ha sido grave, pero sigue en el hospital. —Al otro lado de la línea la voz de Alberto parecía dudar antes de continuar—. He pensado que te gustaría saberlo. Eso es todo.

Marie sabía que no iba a poder dormir en toda la noche esperando impaciente a poder ir a visitarlo al hospital, ni siquiera pudo terminarse la cena y no prestó ninguna atención a la película que había en la televisión.

Lo poco que le había contado el hermano de Alex no la había tranquilizado nada.

Hacia unos minutos pensaba que todo había terminado entre ellos, ahora se encontraba conteniendo las ganas para no presentarse en el hospital en plena noche y exigir verlo para comprobar por ella misma que estaba sano y salvo.



Capítulo 15

—*La abuela ha hecho arroz con leche.*

Alberto siguió tumbado en la cama mirando a la pared. No quería hablar con nadie.

—*Si no bajas se va a enfadar.*

—*Me da igual. No pienso bajar a comer.*

Álex miró a su hermano pequeño y sintió ganas de darle un par de empujones.

—*Venga, no me hagas sacarte de la cama.*

—*Inténtalo si te atreves* —*le retó mientras se agarraba con más fuerza a la almohada.*

Pero Alex no quería pelear. Había escuchado a su abuela hablar por teléfono preocupada con la profesora del colegio. Por lo visto, se había enterado de que su nieto llevaba varios días peleándose con los compañeros. Incluso había terminado a puñetazos con uno de los mayores, por suerte Alex había llegado a tiempo y lo había salvado de recibir una buena paliza.

El pueblo no era como la ciudad. Se había dado cuenta desde el primer momento de que en esa escuela las normas eran muy diferentes. Allí los chicos pasaban mucho tiempo al aire libre, jugaban en un campo de futbol embarrado y no se preocupaban mucho por las notas.

Ellos destacaban. Para bien o para mal.

Él se había mantenido bastante distante, no quería hacer amigos allí. Sabía que se iría en cuanto pudiera, regresaría a la ciudad, era su lugar. Alberto no lo llevaba mucho mejor.

Hacia ya casi un año que vivían con su abuela Isabel, pero ninguno había olvidado su casa de Madrid.

—*Vamos, Alberto, no voy a repetírtelo más* —*dijo imitando a su padre. Él era el hermano mayor y tenía que ocuparse de que Alberto se comportara bien, era su responsabilidad.*

—*¡Tú no me das órdenes!* —*gritó Alberto. Se dio la vuelta para enfrentarse a él y entonces su hermano vio las lágrimas recorriendo sus mejillas.*

Él también quería llorar.

Era el cumpleaños de Alberto y llevaba todo el día con un nudo en la garganta. Había visto la tarta de chocolate que su abuela había comprado y había ayudado a la mujer en la cocina como un buen niño. Se había duchado, peinado, vestido con una camisa y se había encargado de llevar los zapatos limpios.

—*¿No vas a decir nada?*

Álex apretó los labios. ¿Qué podía decir? Nada iba a traer a sus padres,

eso era lo único que los dos necesitaban en ese momento.

—Eres un imbécil. ¡Márchate!

Su hermano volvió a mirar a la pared y se tragó las lágrimas.

Se tumbó a su lado en la cama y lo abrazó.

El pequeño cuerpo de Alberto comenzó a temblar, lloraba en silencio con los ojos cerrados.

Cuando la abuela Isabel subió a buscarlos, los encontró dormidos. Alberto tenía los puños apretados sujetos a la almohada y su hermano lo había envuelto con su cuerpo, como si quisiera protegerlo del mundo.

—Vamos, arriba. La comida ya está lista.

—Ya voy, mamá —musitó Alex entre sueños.

Isabel lo agitó para despertarlo del todo.

—Arriba, chicos. Vamos, Alberto, hoy es tu cumpleaños. ¿No quieres ver tus regalos?

Alex abrió los ojos y miró a su alrededor confundido. ¿Dónde estaba?

Nunca le había dolido tanto la cabeza. Más que dolor, era como si sus pensamientos tuvieran eco y tuviera metido el cerebro dentro de una campana gigante de metal. Le dolía respirar, tragar, parpadear y hasta le dolía pensar. La enfermera había sido muy amable y, en cuanto despertó, se acercó para recordarle que al mínimo dolor hiciera uso de un pequeño botón de llamada que dejó en su mano. También la mano, aunque por lo que le habían dicho no estaba rota. Solo se había dislocado el hombro izquierdo en la caída y tenía quemaduras por rozamiento. Golpes leves.

Recordaba el accidente con todo detalle. No había sido su culpa, pero tenía que reconocer que si hubiera conducido más atento, no habría terminado volando sobre el coche. Por desgracia había comenzado la primavera y no llevaba la chaqueta que solía usar para conducir. Suponía que el escozor en la espalda era debido a una quemadura por abrasión, igual que había sucedido con sus manos.

Un pequeño ataque de tos le hizo suplicar mentalmente para que alguien lo dejara inconsciente y la enfermera vino al momento en su ayuda.

—Voy a incorporarte un poco antes de que venga el médico —dijo mientras hacía que la cama se elevara—. ¿Tienes hambre? Puedo traerte el desayuno.

Alex estaba todavía acostumbrándose a la nueva postura, tratando de mantener en calma los pinchazos de su cabeza.

—No, no tengo hambre.

—Tienes que comer algo antes de que te suban a la habitación.

Por un momento, Alex dudó de si estaba de verdad despierto. «A veces la cabeza te juega malas pasadas», pensó al mirar a la mujer que hablaba ahora.

—Nos has dado un susto de muerte.

Tenía frente a él a Julia, su exnovia, con una sonrisa amigable y una bata blanca en la que podía leer su nombre.

—¿Qué haces aquí? —preguntó confuso. Era tal y cómo recordaba, hasta llevaba esa bata blanca, igual que cuando los dos eran estudiantes de medicina.

—Trabajo aquí. Soy traumatóloga.

—¿Traumatóloga? —repitió. ¿Qué demonios hacía ella allí? Debía de ser una broma, no podía haber tenido la mala suerte de ir a dar al hospital donde ella trabajaba. No podía ser. Había cientos de médicos en la ciudad.

—¿Cómo has pasado la noche?

Alex parpadeó sin creer todavía que estaba hablando con Julia.

—Dolerá bastante durante unos días. Te has roto la nariz, pero ni siquiera ha hecho falta operar, así que has tenido mucha suerte. El resto son contusiones.

Viendo que él continuaba en silencio, Julia suspiró mientras echaba otro vistazo al informe que se sabía de memoria.

—¿Quieres que llame a otro médico?

—No es necesario —contestó Alex, y contuvo un gemido cuando al

apretar la mandíbula, un latigazo de dolor le sacudió.

—Cualquier cosa que necesites solo pídelo, ¿de acuerdo? Tu médico es otro compañero, pero quería ver cómo te encontrabas por la mañana.

—Gracias —escupió entre dientes e intentó no mirarla otra vez. No soportaba ver aquella sonrisa que durante tantos años le había cautivado. Ahora lo único que quería era que desapareciera de su vista junto al dolor de cabeza que tenía.

—Cuando hayas desayunado vendrán a llevarte a una habitación normal. Más tarde pasaré a verte, si no te importa.

Julia se despidió sin perder la profesionalidad y él se quedó mirando la pared. No era esta la forma en que había pensado volver a verla. Tenerla a su lado le hacía recordar un tiempo que creía olvidado. Un pasado que no pudo ser, como si su vida se hubiera interrumpido y seguido otro camino.

Desde que había despertado pensaba en Marie, todo aquello era culpa de su incapacidad para continuar una relación.

Quizá el destino había puesto a Julia allí en ese preciso momento para enviarle algún tipo de señal, no tenía ni idea. Lo único que podía pensar era en irse lo más pronto posible a casa y conseguir olvidar todo. No tenía fuerzas para nada más. Quería borrar de su cabeza todos los sentimientos, los recuerdos, las miradas, y sobre todo aquella sensación en el estómago que le subía por la garganta cada vez que veía a Marie y ella le dedicaba una de aquellas suaves sonrisas.

Cuando su hermano Alberto entró en la sala, supo por su expresión que su aspecto era tan terrible como él se sentía.

—¿Estas despierto?

—Sí.

Los dos se quedaron mirándose un segundo hasta que Alberto no pudo contenerse y se agachó para abrazarlo, no tan fuerte como quería, pero lo suficiente para dejar claro que se había llevado un susto de muerte.

—Menos mal que siempre llevas casco.

—Sí, menos mal —repitió Alex intentando esconder las quejas de dolor por la espontánea muestra de cariño de su hermano.

Alberto cogió una silla y se sentó al lado de la cama mirando cómo la enfermera traía la bandeja con el desayuno. Aunque en la sala había otros dos enfermos con sus acompañantes, él solo tenía ojos para comprobar que su hermano estaba sano y salvo.

—¿Ha venido ya el médico? —preguntó Alberto mientras sacaba un par de galletas de una bolsita de plástico.

—Sí. He visto a Julia.

Él continuó, como si no hubiera oído nada, preparando el resto de las cosas para que su hermano pudiera desayunar cómodamente.

—¿La has visto?

—Sí, la he visto —contestó entre dientes Alberto—. Está tan guapa como siempre, no ha cambiado nada.

—Siempre ha sido muy guapa —reconoció Alex.

—Y terminó la carrera —intentó bromear su hermano.

Álex ni se molestó en contestar. Miró el café que tenía frente a él y armándose de valor, tomó un trago.

—Está asqueroso.

—En cuanto llegues a casa, te haré un buen café —propuso su hermano y sonrió al ver su expresión—. He llamado a Marie.

Alex consiguió controlarse y no dijo nada, había intentado un par de veces mover la cabeza y era como si recibiera mil martillazos en las sienes, así que lo mejor era estar lo más quieto posible, aunque eso significara aceptar las ocurrencias de su hermano.

—Vendrá más tarde a verte, en cuanto estés en una habitación.

—No tenías que haberla llamado —protestó.

—Yo creo que sí tenía que llamarla.

—Te dije que no quería continuar con eso.

—Pues cuando venga se lo dices, es fácil —dijo Alberto encogiéndose de hombros—. Siempre puedes explicarle que prefieres revolcarte en tu dolor solo, o mejor aún: puedes aprovechar que Julia es tu médico y recordar viejos tiempos.

La enfermera se acercó para retirar la bandeja y eso fue lo único que impidió que Alex mandara a su hermano a algún lugar poco agradable.

—La hora de visita es a las doce del mediodía, pero creo que lo subirán antes a planta. Puede irse y le avisaremos.

Alberto se despidió antes de que Álex tuviera la oportunidad de contestar y salió del hospital sin saber muy bien qué debía hacer. Quería quedarse a esperar, pero también sabía que no servía de nada, porque Álex seguiría allí varios días. Quizá debería ir a su casa y coger algunas cosas de aseo y algo de ropa para él.

Estaba tan ocupado en esos simples pensamientos que no vio a Julia acercarse.

—Buenos días.

Recorrió el rostro de ella con la mirada sin prisa. Sus labios estaban un poco brillantes por el efecto de algún cosmético y le parecían tan jugosos como una fruta. Había pensado mucho en ella esa noche, no había conseguido enfadarse por más que lo había intentado. Se esforzaba en recordar quién era ella, quién era él y que en cualquier momento podía estallar una guerra si ella insistía en seguir revoloteando alrededor de ellos, pero lo único que conseguía era esbozar una sonrisa y ajustarse los pantalones.

—¿Todo bien? —preguntó Julia al no recibir ninguna respuesta a su saludo.

Alberto, que se encontraba totalmente noqueado por la extraña reacción de su cerebro y otras partes de su cuerpo, sacudió ligeramente la cabeza como si quisiera de esa forma lanzar lejos los pensamientos y compuso una de esas sonrisas de medio lado que tan buenos resultados le daban.

—Todo bien. Subirán a Alex pronto a una habitación así que aquí estoy, sin saber qué hacer.

—Sí, ha pasado buena noche —añadió Julia y echó un vistazo a la calle frente a ellos—. ¿Te apetece un café?

Alberto se sorprendió por la invitación, pero ocultó muy bien su reacción. Asintió con la cabeza y bajó los dos escalones que le separaban de la acera. En silencio, ambos cruzaron y ella le indicó una cafetería que estaba a tan solo unos metros del hospital.

Pidió un café y observó contrariado que ella pedía un té y un pequeño bollo integral.

—No sé cómo puedes tomar ese brebaje —dijo mientras se encaminaban a una pequeña mesa blanca desde la que se veía la calle.

—¿Té? Es bastante más sano que ese otro que tomas tú.

Alberto estuvo a punto de replicar algo, pero pensó que era mejor dejarlo por ahora. Quizá un día podría preparar un buen café en su propio local y ella vería la gran diferencia con esos desayunos rápidos y aguados que la mayoría de la gente aceptaba sin rechistar. Aunque eso significaría, con toda seguridad, que el infierno había llegado, porque no había otra opción para que ella pudiera entrar a tomar café en su cafetería.

—Se te ve muy bien —comentó y sin mostrar la más mínima duda, se quedó mirando a Julia directamente.

—Tú también tienes buen aspecto.

—Dime, ¿para qué me has invitado a tomar un café?

—Invitado no —ella sonrió sin apartar ni un centímetro la mirada de los ojos oscuros de él—. Cada uno pagaremos nuestro desayuno.

—Es lo justo, porque yo no pagaría por esa agua manchada ni un céntimo.

La risa de ella fue breve pero a él le pareció sincera. Esa era Julia, la que conquistaba los corazones, la que había hecho que su hermano perdiera la cabeza y arruinara su vida. ¿Por qué estaba compartiendo un desayuno con ella? Por ahora prefería no pensarlo.

—Solo quería saber qué tal estabas —explicó ella mientras comía a pequeños trozos su bollo lleno de semillas—. Ha sido una sorpresa volver a veros.

—Sí. Toda una sorpresa. Sobre todo para Álex.

—Creo que él no se ha alegrado nada de verme.

Él la miró tentado de contarle todo lo que había sufrido Álex, cómo había abandonado su vida, su carrera, sus amigos, pero no dijo nada. La verdad es que su hermano parecía mucho más feliz en la cocina que cuando regresaba a casa del hospital.

—Sí. La vida continúa. —Alberto dio un trago a su café y pensó que eso no lo arreglaban ni cinco sobrecitos de azúcar, así que decidió dejar la taza de nuevo—. Ahora eres médico.

—Sí, terminé. ¿Y tú? ¿Qué ha sido de tu vida?

—No me ha ido mal, ahora tengo mi propio negocio —contestó con orgullo. Quería demostrar que ellos también habían continuado con éxito sus vidas.

—Así que ahora eres empresario. Quién lo diría.

—Así es. Soy el dueño de un pequeño local donde se sirve, si me permites decirlo, el mejor café de Madrid —afirmó y se inclinó un poco para estar más cerca de ella.

—Tendré que ir a probarlo.

¿Estaba flirteando con la ex de Álex? Conocía bien a dónde le iba a llevar aquello, era peligroso y estúpido, pero no podía evitar las ganas de volver a tocarla.

—No creo que sea buena idea que vengas.

—Y eso, ¿por qué? ¿Tienes novia?

Alberto se inclinó para acercarse un poco más, tanto que pudo oler su suave perfume con un toque de fresa. Un pequeño atisbo de cordura se abrió paso entre sus pensamientos. ¿En serio creía que podía hacer eso sin que Alex saliera herido de nuevo?

—¿Por qué me has invitado a un café?

—Solo quería saber cómo te iba —contestó para quitarle importancia.

Alberto se reclinó sobre la silla y cruzó los brazos. Toda esta situación era extraña. No debería de encontrarse cómodo tomando un café con Julia, ni siquiera debería haber hablado con ella más de cinco segundos. Pero allí estaba, y no podía quitar los ojos de esa boca que se movía acariciando las palabras.

El tiempo se había portado bien con ella y había ganado en belleza, se había convertido en una mujer muy hermosa. Además ya no era la novia de Álex. Podía mirarla sin sentir remordimientos y podía fantasear con acariciar la curva de su cuello, que se adivinaba por la camisa un poco abierta. Podía tocarla sin sentirse un miserable traidor.

—Tengo que regresar al hospital. Mi descanso para el desayuno terminó hace ya un cuarto de hora.

Caminaron juntos de regreso a la entrada del centro médico y Alberto vio cómo ella subía, miró sus piernas, que se movían ágiles y se detuvo a admirar su bonito trasero.

—Joder, ¿qué estoy pensando? —se regañó a sí mismo en voz alta antes de volver a caminar por la acera. Intentó pensar en otra cosa, lo que fuera, menos en aquella mujer que había traído tantos problemas a su familia en el pasado.



Capítulo 16

Descansar no había sido tan fácil como pensaba. Cuando el efecto de los calmantes pasaba, Álex sentía un dolor sordo que comenzaba a recorrer su cuerpo y parecía que se concentraba en su cara. Intentaba respirar lo más despacio posible y permanecer quieto. Las bolsas de hielo que le habían puesto sobre la frente aliviaban el dolor al engañar sus sentidos con el frío. Alberto había permanecido sentado a su lado desde que llegó a la habitación individual que le asignaron. En silencio, se entretenía con su teléfono móvil.

—Buenas tardes. ¿Mejor en tu propia habitación?

Julia llegó con un portafolios en el que llevaba los últimos papeles de su informe médico.

—Creo que el traslado no le ha sentado muy bien —comentó Alberto recordando la mala cara que su hermano traía al llegar a la habitación y cómo la enfermera se había apresurado a ponerle un calmante en aquella bolsa que colgaba del perchero.

—Estos golpes son dolorosos, aunque no son graves —dijo mientras se acercaba a Álex hasta estar a su lado—. Puedes pedir calmantes, no te hagas el valiente.

—Estoy bien —contestó el paciente sin apenas mover los labios.

—Creo que podrás irte a casa mañana si todo sigue igual.

Alberto miró de reojo a Julia. Aunque le costaba aceptarlo, había pasado un montón de tiempo pensando en ella esa noche. No sabía si eran los nervios por la preocupación o que antes de llegar a casa se había parado a cenar una hamburguesa tamaño gigante en un local de comida rápida. El caso es que esa noche no había dormido bien y había pensado mucho en Julia y en lo sexi que estaba con su bata de médico. También recordó a la antigua Julia, la que era novia de su hermano mayor. Habían terminado encerrados en el baño de la casa de su abuela mientras Álex llevaba a la buena mujer al pueblo. Había sido un encuentro rápido, intenso que lo dejó con ganas de más. Ella lo había rodeado con sus piernas mientras lo besaba entre jadeos y se deshacía de su ropa a tirones después de echar el cerrojo de la puerta. Ese fin de semana, había sido una verdadera tortura. Cada vez que su hermano se perdía de vista, Julia y él se enredaban como si el infierno mismo se hubiera desatado en la tierra. El morbo de la situación lo había excitado hasta un punto que le hizo perder la cabeza. Después de ese fin de semana, ella lo había llamado varias veces, pero él siempre había declinado las invitaciones. La distancia era lo único que le había hecho razonar, lo sabía, como también sabía que si su hermano se enteraba alguna vez de aquello, su vida se iría a la mierda.

Al oír un golpe en la puerta, Alberto se acercó para abrir y dio gracias porque Marie había escogido justo ese momento para llegar al hospital.

—Hola —la recibió y sin pensarlo la estrechó entre sus brazos—. Por fin has llegado.

—Buenos días —lo saludó un poco confusa por el recibimiento. En ese momento su mirada se cruzó con la de la doctora que estaba junto a la cama de Álex y no entendió por qué se sentía tan intimidada por la mirada de aquella mujer. Se sintió absurda con su ramo de margaritas blancas. ¿Por qué había comprado aquellas flores?

—Es la novia de Álex —la presentó Alberto.

Este se quitó las bolsas de frío que cubrían su cara para mirarla. Marie lucía unas ojeras que delataban una mala noche, sujetaba el bolso entre unas manos un poco crispadas y trataba de sonreír. Él sabía lo insegura y vergonzosa que era y verla allí le hizo sentirse orgulloso, ella había ido a verlo, estaba casi seguro de que había pasado la noche pensando en él, preocupada, y se sintió un egoísta por su actitud de los últimos días. Aunque se había alejado de ella, Marie no había dudado un momento en acudir a su lado cuando la necesitaba. Tuvo que cerrar los ojos para ocultar las lágrimas. Solo había otra mujer que sabía que habría acudido al hospital sin dudarlo, pero por desgracia la abuela Isabel ya era muy mayor y no querían preocuparla, aunque un abrazo de ella habría servido para hacerle sentir mejor que todos esos calmantes que le estaban suministrando.

—¿Cómo estás?

—Estoy bien, tranquila —contestó Álex, que en ese momento se olvidó de su hermano y de Julia, y solo quería abrazar a Marie y decirle que no se preocupara, que había sido un necio, un estúpido, pero que ahora, por fin, todo estaba bien.

Fingiendo ignorar las miradas que ambos se estaban regalando, Julia se hizo a un lado y recurrió a toda su profesionalidad antes de volver a hablar.

—Por ahora es mejor que descanse. Aunque no esperamos complicaciones, hay que estar atentos a cualquier contratiempo —explicó mientras estudiaba sin ningún reparo a aquella mujer. No parecía ser nada especial, algo delgada y menuda, con una coleta informal que para su gusto dejaba demasiado a la vista un rostro cansado, tal vez por una noche de angustia pensando en Álex.

—Tranquila, Julia, nos encargaremos de que descanse —intervino Alberto.

—Estoy segura de que estará bien cuidado. Está en buenas manos, ya he hablado con su doctor y me ha asegurado que lo van a tratar muy bien. Si tenéis algún problema, si necesitáis algo, no dudes en llamarme, es lo mínimo que puedo hacer —dijo dirigiéndose a Alberto—. Me ha gustado veros, aunque siento que haya sido en esta situación. No habéis cambiado nada.

Se produjo un silencio incómodo y ella sonrió de medio lado al darse cuenta de que Alberto la miraba con pánico. Supo que lo tenía en sus manos, que solo hacía falta que lanzara al aire algunas palabras y toda esa paz y armonía que se respiraba en la habitación saltaría por los aires.

—¿Qué tal está la abuela Isabel? Es una mujer muy especial. Todavía

recuerdo el último fin de semana que pasé en su casa. Estuvo lleno de sorpresas. ¿Te acuerdas, Alberto? Me alegra saber habéis podido superar lo que pasó.

La mandíbula del hermano pequeño de Álex se tensó. Apretó los puños y maldijo en su interior a aquella mujer. No tenía ni idea de la razón por la que lo hacía, de por qué quería hacerles daño otra vez.

Sostuvieron las miradas, el silencio se extendió y la atmósfera en la habitación cambió de forma brusca.

—Espero que mejores rápido, Álex —se despidió mirándolo una última vez—. Hasta pronto, Alberto.

Un segundo antes de que saliera, Alberto la sujetó por el brazo pero no fue capaz de decir nada, la mirada triunfal de ella lo dejó helado. La soltó y vio como salía con la misma tranquilidad con la que había entrado, satisfecha del desastre que dejaba tras ella.

Miró a su hermano mayor rogando por que él no hubiera captado el doble sentido de las palabras de Julia.

—Márchate. Ahora —la voz ronca y fría de Álex resonó en la pequeña habitación.

—Está bien —aceptó con calma—. Vendré por la tarde a verte.

—No vuelvas, Alberto —remarcó con gravedad.

—¿Que no vuelva? ¿Por qué? —preguntó intentando parecer sincero.

Álex se incorporó como si fuera a levantarse de la cama, pero solo golpeó la mesita metálica que había a su izquierda y tiró unos vasos de plástico que había sobre ella.

Con la mirada cargada de odio, respiró despacio para calmar el dolor intenso en su frente. En ese momento no soportaba tenerlo delante. No sabía cómo había sido capaz de engañarlo durante tantos años, lo había visto con total claridad en la expresión de Julia y sobre todo en la lividez que había cubierto el rostro de Alberto durante unos segundos. No tenía ninguna duda de lo que ella había querido decir.

—No vuelvas. Lo digo en serio. No quiero verte —masculló entre dientes.

Alberto agachó la cabeza dándose por vencido. Había pasado lo que tarde o temprano tenía que pasar. Sin decir nada más, abandonó la habitación. Se sentía la mayor basura del mundo.

Salió de la habitación sin rumbo, y por desgracia a unos metros se encontró en el puesto de enfermería a Julia, que hablaba con otros sanitarios. La ira puso en marcha sus pasos y se encaminó hacia ella. La sujetó del brazo con fuerza y una enfermera levantó la voz para llamar la atención de los demás compañeros.

—Vamos al despacho, hablaremos mejor allí, Alberto.

Con una increíble calma, Julia lo guió hasta un pequeño reservado y cerró la puerta bajo la atenta vigilancia de las enfermeras.

—¿Qué ha sido eso?

—Estás nervioso, y si sigues así tendré que llamar a seguridad —intentó

calmarlo Julia.

—¿Por qué, Julia? ¡No lo entiendo! ¿Por qué lo has hecho?

Ella, con una mueca de ingenuidad que no era nada creíble, se cruzó de brazos frente a él.

—Creí que se lo habrías contado. Entre hermanos no hay secretos.

—Eres una...

Alberto no terminó la frase. Se pasó la mano por el cabello intentando calmarse. En aquel despacho no podía caminar, era demasiado pequeño, y Julia estaba demasiado cerca. Dios, cómo odiaba a aquella mujer.

—No es culpa mía, Alberto, tienes que reconocerlo. Han pasado un montón de años, creí que ya lo habrías hablado. No pensaba que iba a ser un problema.

—No me mientas, Julia.

Los dos se quedaron frente a frente, los ojos de Julia centelleaban con una pizca de diversión, los de Alberto cargados de ira y frustración. A ella todavía le parecía muy sexi el hermano pequeño de los Velarde.

—Vamos, es una tontería. Ya verás cómo mañana te ha perdonado. Sandro es así.

Alberto resopló, estaba cabreado. Esa mujer era una víbora.

—¿No vas a perdonarme esta tontería?

La miró, si ella pudiera leerle la mente no estaría tan sonriente. Entonces vio sus labios. Es sonrisa rebelde, cínica y presuntuosa. Su mentón elevado, su postura provocadora.

Sus labios se estamparon contra los de ella en un beso. Era duro y fiero, toda la rabia que llevaba dentro le hizo moverse con fuerza sobre ella y Julia terminó con la espalda contra la pared mientras él invadía su boca.

Respondió a su beso con la misma intensidad, rodeó su nuca con las manos y lo atrajo más cerca, pelearon por respirar, por acercarse más, y Alberto sintió cómo ella tiraba de su pelo y le mordía el labio inferior.

—¡Mierda! —exclamó y se separó de golpe.

—Vaya, es justo lo que una mujer quiere escuchar cuando la besan.

Él se apartó tambaleándose. ¿Qué había hecho?

Julia se recompuso la bata blanca y pasó muy despacio la punta de la lengua por sus labios.

—Creo que es mejor que me vaya.

Ella ni siquiera se molestó en retenerlo. No dejó de sonreír mientras vio cómo él salía, confundido y desorientado del despacho.

Marie se quedó muy cerca de Alex, tanto que podía oler el desagradable rastro a yodo y medicinas mezclado con el aroma a sudor de su piel, pero eso no le hizo dar un paso atrás. Mirando esos preciosos ojos verdes que ahora estaban hinchados y no parecían tan vivaces como otras veces, acarició con cuidado sus cabellos.

—¿De verdad estás bien? —preguntó con un hilo de voz.

—De verdad —afirmó él en un susurro. Era la verdad, ahora sí se encontraba bien. No había estado de acuerdo con la decisión de su hermano de

avisarla, pero al tenerla a su lado se dio cuenta de cuánto la necesitaba.

—¿Te duele mucho?

—Un montón —confesó Álex—, pero no es nada grave. Solo golpes. —
Movió su mano para coger los dedos de ella y los llevó a sus labios para dejar allí un beso—. Gracias por venir.

—Tu hermano me ha avisado —dijo—. ¿Qué ha pasado?

—No quiero volver a hablar de él, Marie. —Dio otro beso a su mano y la miró—. Marie, lo siento.

—¿Lo sientes?

Ella entrelazó sus dedos a los de él y se sentó en el borde de la cama para estar más cerca.

—Estaba asustado —confesó—. Siento no haberte llamado.

Marie lo observó y entendió lo que decía, y sintió como una cálida sensación recorría su pecho.

—No te preocupes de nada ahora. Tienes que descansar, ya has oído a la doctora.

—La doctora —masculló Álex al cerrar los ojos—. Tenemos que hablar de eso.

—¿Qué ha pasado?

—Esa era Julia. Mi exnovia.

—Oh, vaya. —Marie tomó aire despacio y esperó a que él se decidiera a continuar.

—Sí. Vaya. No sé qué clase de broma cósmica es que haya terminado en el hospital en donde ella trabaja.

Al ver que Marie no decía nada, continuó.

—Estudiábamos juntos Medicina.

—¿Estudiabas Medicina? —preguntó sorprendida Marie.

—Sí. Cardiología, exactamente.

Marie lo miró con los ojos muy abiertos. No imaginaba que él pudiera ser médico, no tenía la pinta de uno de esos médicos serios y estirados. Alex era un camarero sonriente, afable, guapo, pero... ¿médico?

—¿Y cortó contigo? —se aventuró a preguntar.

—No. Yo la dejé ella. Un día fui a su casa sin avisar y la encontré en la cama con otro.

Lo soltó como si estuviera leyendo las palabras en el periódico, como si no sintiera nada, pero en el fondo ella sabía que solo era una forma de protegerse del dolor. Ella misma no había vuelto a hablar de Jonás y ni siquiera pensaba su nombre.

—No habrá sido agradable verla.

—No. No lo ha sido.

Marie se quedó sin saber qué más podía decir. Solo miró a Álex y posó los labios en su cabello un momento.

—Es todo una mierda, Marie, de verdad, y Alberto... —Un pinchazo recordó a Alex que no tenía que moverse de forma brusca y cerró los ojos con fuerza—. Sabía que había algo, él nunca estaba más de un minuto en la misma

habitación que ella, siempre ponía excusas para vernos. He sido tan imbécil.

—Shhhhh. No digas nada más.

Obedeció, tendrían tiempo de hablar, ahora era mejor que él descansara y dejara de pensar en esos recuerdos que le hacían tanto daño.

Álex reparó en el ramo de flores que Marie había dejado sobre la repisa de la ventana.

—Gracias por las flores —dijo con sinceridad.

—¿Te gustan? Tal vez es una costumbre tonta traer flores al hospital, pero he pensado que te alegrarían un poco.

—Son preciosas —añadió mientras movía su mano para encontrar la de ella.

—Ha llegado la primavera, se siente en el aire, ¿verdad?

Él miró a través de la ventana el cielo azul iluminado por un sol radiante. Casi pudo sentir cómo el calor de la piel de Marie subía por su brazo y se extendía por todo su cuerpo.

—Sí, por fin ha terminado el invierno —contestó.



Capítulo 17

—Estoy bien —repitió Álex una vez más con voz cansada mientras Marie abría su cama y colocaba la colcha a los pies. No sabía cuántas veces había repetido esa frase en los últimos días. Marie se empeñaba en tratarlo como si fuera un inválido y no podía ni ir al baño sin que se apostara de guardia en la puerta.

—Te creo, pero no voy a dormir en toda la noche, así que mejor me quedo aquí.

Suspiró resignado y se sentó sobre la cama para quitarse las zapatillas deportivas. En cuanto trató de inclinarse un gemido se le escapó y Marie acudió todo lo rápido que pudo en su ayuda.

—Deja, yo lo hago.

—De verdad, Marie, no es necesario.

Ella lo ignoró y continuó con la tarea, como había hecho desde que habían salido del hospital. El golpe no había sido grande. Él mismo había estudiado Medicina y conocía los síntomas de una conmoción cerebral. No tenía ninguno, lo sabía, pero también sabía que los protocolos eran muy estrictos cuando se trataba de un accidente de tráfico.

Le dolía todo el cuerpo, eso no podía ocultarlo.

—Lo siento, de verdad, no quiero que te preocupes más —dijo, para no volver a insistir en que podía quedarse solo.

—¿No te duele nada? —preguntó sin hacer caso de sus disculpas como había hecho el resto del día y atenta a sus ojos, porque ya comenzaba a conocerlo lo suficiente para saber cuándo era completamente sincero o se escondía detrás de su sonrisa amable.

—La cabeza. Me duele la cabeza —confesó en un murmullo.

—Es por el viaje, ahora descansa, quédate quieto, y no pienses en nada. —Colocó las almohadas de forma que Alex pudiera dormir algo elevado y así mejorar la inflamación de la cara, tal como le habían aconsejado los médicos.

Alberto apareció en el dormitorio con otra almohada que había cogido una de las otras habitaciones.

—Creo que ya no me necesitas, así que será mejor que me vaya a casa a descansar. Mañana iré a trabajar a la cafetería.

Alex continuó sin dirigirle la palabra. No le había hablado en dos días, varias veces lo había echado, pero ahora se limitaba a apartar la mirada de él y fingir que no estaba allí.

—Me quedaré con él esta noche, puedes estar tranquilo, Alberto —dijo Marie y tomó la almohada que traía.

Álex fue a decir algo, pero su hermano le lanzó una mirada cargada de odio. Alberto se limitó a salir de la casa sin decir nada más.

En cuanto la puerta de la casa se cerró, ella hizo girar la llave un par de

veces para asegurar la cerradura. Con todo el sigilo que pudo, entró al cuarto de baño para cambiarse. Había llevado una pequeña maleta con lo imprescindible para una noche. Cuando regresó a la habitación, iba vestida con una camisola de manga corta y el pelo recogido en una coleta.

Álex parecía dormir tranquilo, su respiración era firme y solo dejaba sonar un ruidoso ronquido al soltar el aire por la boca. Todavía tenía vendada la nariz. El pelo le caía un poco revuelto sobre la frente y Marie extendió la mano para colocar los rizos. Él ni siquiera se movió y ella sonrió mientras lo veía dormir. En algún momento se quedó dormida a su lado, agotada después de pasar dos días yendo y viniendo del hospital.

—Buenos días. —Marie trataba de despertarlo con cuidado. En una bandeja sobre la mesita de noche se encontraba una taza con café y unas galletas que había encontrado rebuscando en los muebles de la cocina.

Somnoliento, Álex abrió los ojos y trató de enfocar la mirada.

—¿Qué hora es? —preguntó.

—Las ocho de la mañana. Has dormido toda la noche.

Álex se incorporó y sintió su cuerpo dolorido, sobre todo la espalda, no era nada cómodo dormir casi sentado.

—Lo siento.

—¿Por qué? Estos días en el hospital no has descansado nada. Es normal que tengas sueño. Pero tienes que tomarte las pastillas.

Álex la observaba vestida con aquella camiseta de color blanco llena de pequeñas margaritas moradas y amarillas. Todavía lucía aquellas feas ojeras. No se había separado de él desde que llegó esa mañana al hospital, solo había ido a su casa para recoger algo de ropa y en unas horas estaba de nuevo a su lado.

—Parece que tú no has dormido demasiado.

—No te preocupes por mí —contestó Marie—. He preparado el café. Aunque no es tan bueno como el que tú haces, es café.

Álex extendió la mano hasta atrapar la de ella y entrelazó sus dedos y esperó a que Marie lo mirase.

—Gracias —dijo cuando se encontró con sus ojos.

—Deja de repetirlo —le regañó ella bajando sus ojos, y Álex tiró con suavidad de su mano para hacer que ella se inclinara hacia él y tener sus labios cerca de los suyos.

—Gracias por todos estos días, por estar a mi lado, por hacerme sentir importante para alguien —musitó antes de besarla.

—No seas bobo. —Marie acarició su cabello apartándolo de su frente—. ¿Cómo te encuentras?

Acercó la taza de café a Álex y miró el aparatoso vendaje de su cara. Bajo sus ojos, las sombras moradas oscuras seguían siendo llamativas, sabía que tardarían tiempo en desaparecer.

—Mucho mejor —contestó, y tomó un trago del café que ella había preparado—. Está bastante bueno.

—No seas mentiroso. No se acerca a tu café ni un poco.

—A mí me sabe perfecto —replicó él al mismo tiempo que volvía a mirarla con esos ojos verdes que hacían que ella se sonrojara. Marie se sintió mucho más tranquila, parecía que Alex volvía a ser el mismo y eso era la mejor muestra de que se encontraba bien.

El teléfono móvil de Alex los interrumpió y Marie se lo acercó. La llamada no registraba ningún contacto y él contestó pensando que sería cualquier agente de publicidad telefónica.

—¿Julia? Sí, estoy bien... he dormido bien... gracias, no tenías por qué llamar... bien, hasta luego.

Volvió a dejar el teléfono en la mesita junto a la cama y continuó con su desayuno.

—Era Julia —dijo y tomó un poco de café con cuidado de no hacer movimientos bruscos.

Marie permaneció en silencio mientras tomaba su propia taza de café en un intento de no dar más importancia a aquella llamada.

—Imagino que ha conseguido mi teléfono del historial médico —comentó sin quitar ojo a Marie.

—Seguro —afirmó ella sin darle más importancia—. Alberto también ha llamado temprano.

El no dijo nada ignorando de forma deliberada su comentario.

—Pasará por aquí por la noche, cuando haya terminado.

—No quiero verlo.

—Quizá sería mejor que hablaras con él, tal vez entonces él te podría explicar...

—¿Explicar? ¿Qué? No necesito detalles de lo que hizo —gritó enfadado.

Marie no replicó, se limitó a mordisquear una de aquellas galletas

—Perdona, Marie, no quería gritarte.

—No tienes que disculparte.

—Quiero hacerlo —repuso él—. Significas mucho para mí.

Marie esbozó una tierna sonrisa mientras él alargaba la mano para acariciar su mejilla.

—Termina el café antes de que se quede frío —dijo ella tratando de no volver a enfadarlo.

Alex tomó un poco de café, pero se sentía arrepentido por haberle gritado: era, con seguridad, la única persona en el mundo que no merecía que nadie se enfadara con ella. Sujetó su mentón para atraerla hacia él y la besó. Marie sintió desbordarse el pequeño dique que contenía sus emociones, el que hacía que se mantuviera tranquila y firme cuidando de él, y el beso se hizo más apasionado. Un quejido por parte de Alex hizo que se separase cuando sin querer rozó su nariz y vio cómo una lágrima escapaba de los ojos fuertemente cerrados de Alex.

—Lo siento —musitó esperando a que él abriera los ojos.

—Todavía duele —jadeó Alex, y al abrir los ojos la vio tan preocupada que trató de sonreír—. ¿Lo intentamos de nuevo?

Rompiendo a reír, Marie depositó un sencillo beso en sus labios.

—Tu café se va a quedar helado.

—Está bien, pero me debes un beso —protestó Álex frunciendo el ceño como un niño pequeño.

Tomó el vaso con el zumo de naranja que había preparado Marie y entonces pensó que había llegado el momento de que ella conociera esa parte de su pasado.

Mientras él le relataba su relación con Julia, Marie, que estaba a su lado sujetando su mano, solo escuchaba sin interrumpir. Álex apartó la mirada en un par de ocasiones, no le gustaba recordar su pasado, aquellos días en que decidió cambiar de camino, olvidar el destino que estaba marcado para él, cuando había corrido a esconderse en Santander con su abuela como un chiquillo. Era el pasado, pero el dolor estaba todavía demasiado vivo en su pecho.

—Durante todos estos años he estado escapando, lo único que quería es estar a salvo —continuó con la esperanza de que ella comprendiera sus errores—, solo quería relaciones cortas en las que no había posibilidad de salir herido. No me ha ido mal. Hasta ahora. —Dejó salir el aire antes de continuar en un intento de armarse de valor para lo que tenía que decir—. He sido un cobarde, me he alejado de ti tanto como he podido, pero no conseguía olvidarte, así que me daba otra oportunidad, luego volvía a correr asustado. Sé que ahora sonará bastante egoísta por mi parte, Marie, pero quiero que te quedes conmigo, necesito tenerte a mi lado.

Esperó a que ella dijera algo con una desagradable sensación atenazando su estómago.

Marie sonrió, recogió la taza de café y se levantó para retirar la bandeja con las tazas del desayuno.

—Voy a prepararte un baño. Seguro que te viene bien.

Álex cerró los ojos al escucharla. Como había pensado, ella era mucho más fuerte de lo que parecía y mucho más generosa.

—No voy a ir a ningún sitio, Álex —dijo antes de salir del dormitorio.

Él la escuchó y sonrió, le hubiera gustado levantarse para estrecharla entre sus brazos con fuerza, pero ella ya había salido y él todavía no podía moverse con rapidez.

Mientras preparaba el baño para Álex, pensaba en todo aquello. Ella conocía bien la necesidad de alejarse de todo el mundo cuando se está herido, esa mezcla de vergüenza, dolor y tristeza cuando descubres que todo lo que creías es una mentira. Además Álex conocía bien lo que era perder a un ser querido. No quería juzgarlo, pensaba mientras miraba cómo el agua caliente subía poco a poco. Dejó escapar un suspiro como si ese aire al salir de sus pulmones, arrastrara los últimos recelos, los pensamientos negativos, todo lo que la separaba de lo que su corazón le pedía hacer. Entonces tomó su decisión: iba a seguir con Álex. No podía recordar haber sentido algo así por un hombre nunca, ni siquiera Jonás había sido capaz de hacerla despertar con esas ganas terribles de verlo y estar a su lado. ¿De qué iban a servir todos sus miedos y sus preguntas? De nada. Necesitaba olvidar y dejar de una vez el

pasado. Si tenía que elegir una vida, prefería dejar de esconderse y luchar por ser feliz, y estaba segura de que a su lado podría serlo.

Cuando el agua llenó la mitad de la bañera, fue a ayudar a Álex a levantarse. Lo dejó a solas en el baño unos minutos y cuando regresó él ya estaba metido en el agua con la cabeza recostada sobre la loza blanca y los ojos cerrados.

—¿Está el agua bien?

—Sí, está bien.

—¿Necesitas algo más?

Álex entornó los ojos al mirarla.

—A ti. No te vayas —susurró.

Marie le sonrió y se sentó sobre la alfombra del baño, apoyada en la bañera a su lado.

—La próxima vez nos bañaremos juntos, ¿querrás?

Ella se sonrojó por la proposición, pero no contestó.

—Este baño es increíble —dijo echando una mirada a su alrededor. Era una estancia amplia, con una ventana pequeña, pero que dejaba entrar la luz de la mañana. El suelo era de mosaico antiguo y la bañera, un modelo con patas que parecía sacado de un catálogo de los años veinte, ocupaba la pared opuesta.

—Suelo usar la ducha —explicó Álex dirigiendo la mirada a la esquina donde había una ducha rodeada de paredes de cristal—. Cuando reformé el baño no quise deshacerme de la bañera. A mi madre le encantaba bañarse. Los viernes desaparecía en este cuarto y cuando salía una nube de perfume de flores se extendía por toda la casa. Aparecía con su bata de seda azul y entraba en nuestro dormitorio para desearnos buenas noches. A veces podía oír cómo hablaba con mi padre en el salón, luego se hacía el silencio. Yo entonces no sabía lo que significaba ese silencio. Ahora sé lo afortunados que eran de tenerse.

Marie lo escuchaba sin interrumpirlo. Álex cambiaba cuando hablaba de sus padres, sus ojos se volvían tristes pero no perdían el brillo, sus recuerdos eran felices.

Él sacó el brazo del agua y al acariciar su mejilla, la manchó con un poco de espuma.

—Por primera vez siento que puedo tener lo mismo. Contigo podría charlar durante horas y luego te haría el amor toda la noche.

Nadie jamás le había dicho algo así, o quizá nadie la había amado igual que Álex. Se acercó lo suficiente para besarlo saboreando con calma sus labios mientras la mano de él sujetaba su rostro. Cuando se alejó, los ojos verdes de Álex la miraban con tanta intensidad que sintió un escalofrío.

—Podríamos intentarlo. Si tú quieres —susurró sin dejar de acariciar su mejilla—. No quiero perderte, Marie.

—Sabes que no tienes que darme explicaciones.

—Eres mi jefe, Luis, y sé que esto no es muy profesional por mi parte —continuó Marie al otro lado del teléfono.

—Soy tu hermano, Marie. No voy a mentirte, me haces una faena si dejas la oficina esta semana. Inés está durmiendo fatal por las noches y Patricia llega agotada al trabajo. Necesitamos ayuda. Pero si me prometes que solo va a ser una semana, no me enfado.

—Te lo prometo. Solo una semana. Quiero estar con él, Luis, no tiene a nadie que le ayude.

—¿Y su hermano?

—Bueno, esa es una historia un poco rara. Está seguro de que su hermano se lió con su exnovia.

—No es tan raro.

El silencio duró unos segundos al otro lado y él frunció el ceño esperando la respuesta de su hermana.

—Se lió con ella cuando todavía salían juntos, Luis.

—¡Joder!

—Así que no quiere verle.

—No me extraña. Eso no se perdona, Marie.

—Espero que sí, porque es su única familia, han pasado mucho juntos y no merecen terminar de esta forma.

—Tómame esta semana entonces. El lunes vuelves a la oficina.

—Te prometo que no volveré a faltar al trabajo.

—Hay otra cosa que puedes hacer.

—Lo que sea —dijo Marie sin dudar.

—Puedes traer a Alex el sábado a cenar a casa. Así le conocemos de una vez.

—No sé si estará mejor.

—Venga, Marie, quiero conocerlo. Así la próxima vez que me cruce con él en el portal de tu casa podré saludarlo.

Marie se sonrojó al recordar aquella primera noche con él, su hermano casi los había pillado juntos.

—Se lo diré. De acuerdo.

—Patricia va a estar encantada. Llámame si necesitas algo, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Marie se despidió de su hermano y dejó salir el aire de golpe. Había quedado para cenar sin consultar con Alex.

Su teléfono vibró y miró la pantalla. Era Alberto.

—Buenos días. ¿Qué tal está?

—Bastante bien, esta noche no ha tomado calmantes para dormir.

—Genial. ¿Mañana tiene que volver al hospital, verdad?

—Sí, dijeron que un par de días. La verdad es que lo veo mucho mejor. Ha comenzado a mover el brazo, aunque no para de quejarse.

—Dicen que los hombres somos unos quejicas.

—Sí, creo que puedo corroborarlo.

Álex oyó las risas de Marie y se acercó a curiosear. Cuando ella lo vio, se puso seria de golpe y escondió el teléfono en el bolsillo mientras seguía hablando por el micrófono de los auriculares.

—Está mucho mejor, no te preocupes.
Él se acercó y frunció el ceño con cara de pocos amigos.
—¿Es Alberto? —inquirió enfadado.
—Gracias por llamar, Alberto, hasta luego.
Él se cruzó de brazos esperando alguna explicación mientras ella guardaba los auriculares en el bolsillo junto al teléfono.
—¿Te ha llamado él?
—Sí, me ha llamado. Quería saber si estás mejor.
—No quiero volver a saber nada de él, Marie —insistió.
—Perfecto, pero si él me llama, lo normal es que conteste. Y él sí quiere saber cómo estás.
—Es lo que tiene sentirse culpable.
—Pues no lo sé. No soy quién para juzgarlo.
—¿Ahora estás de su parte?
—No estoy de la parte de nadie.
—¿Seguro? Parece que te llevas muy bien con mi hermano. Te recuerdo que se acostaba con mi novia.
—Eso no lo sabes, no has hablado con él.
—Ni falta que hace, vi su cara.
—Alex, solo digo que tendrías que escucharlo. Todo eso pasó hace mucho tiempo.
—¿Te gusta? ¿Es eso?
Marie apretó los labios y levantó la mano para darle una bofetada, pero en el último instante no lo hizo. En su lugar se dio la vuelta y fue al dormitorio. Alex la siguió de cerca, todavía furibundo.
Ella comenzó a meter en la pequeña maleta la ropa y él vio cómo iba al cuarto de baño y cogía el cepillo del pelo y sus cosas de aseo.
—¿Qué haces?
—Me marchó, Alex.
—¿Te marchas? ¿Por qué?
—¿Por qué? ¿Tú qué crees? —se enfrentó a él mirándolo muy enfadada.
—Lo siento, Marie, no he querido decir eso —se disculpó Alex apesadumbrado.
—¿En qué mundo vives que crees que puedes insinuar que me gusta tu hermano y que yo no voy a decir nada, Alex?
El la miraba consternado. No había pensado ni una palabra de lo que decía.
—¿Crees que soy así? ¿Crees que voy por ahí acostándome con los hermanos de mis parejas?
—No lo creo.
Ella se dio la vuelta y continuó rebuscando en el baño sus cosas.
—Por favor, Marie, lo siento.
—No, Alex, no me sirve eso. He aguantado demasiado. No voy a caer otra vez en el mismo error.
—No te entiendo.

—No hace falta. Solo déjame irme —le pidió al ver que él estaba parado en la puerta del cuarto.

—Escúchame, por favor.

—No voy a escucharte —la voz comenzaba a temblarle y se dio cuenta de que estaba a punto de llorar.

—Por favor —insistió Álex acercándose a ella.

—No voy a permitir que hagas eso jamás, Álex, no voy a dejar que me insultes y que luego finjas que no ha pasado nada. Sí que ha pasado. Has insinuado algo asqueroso, y no puedo perdonarte sin más. No puedo volver a hacerlo, ¿entiendes?

—Pero yo nunca... —dijo Álex sin entender muy bien qué estaba pasando.

—No eres tú, Álex. Soy yo. Yo y mi incapacidad para elegir bien pareja. Yo y mi estúpido complejo de inferioridad. Yo y mi manía de sentirme culpable de todos los males del mundo. Yo y mi infantil necesidad de cariño.

Alex la rodeó con sus brazos con fuerza al escucharla y ella no se resistió.

—Mi madre hizo muy bien su trabajo. Soy una inútil. Pero no voy a soportar otra vez que una persona me insulte y me trate como a una cría idiota.

—No lo haré, te lo prometo —aseguró Alex sin soltarla. Cerró los ojos y se maldijo en silencio por haber hecho que ella se sintiera así—. Te quiero, Marie, y te prometo que no voy a volver a hacerte daño. Lo prometo. Sé que son solo palabras, pero créeme, por favor.

Cuando volvió a mirarla vio que las lágrimas habían escapado de sus ojos y corrían por sus mejillas.

—Perdona —se disculpó de nuevo mientras que se acercaba a su rostro hasta que ella volvió a mirarlo—. No tenía que haberlo pagado contigo.

—No quiero que nuestra relación sea así —musitó perdida en la mirada triste de él. Las marcas del golpe en la cara habían teñido de color oscuro sus pómulos, sus límites comenzaban a parecer verdes y la venda en la nariz le daba un aspecto bastante aparatoso.

—No lo será. Lo prometo. Si vuelvo a comportarme así te dejaré marchar.

Marie dejó caer en el suelo la bolsa con la ropa y se abrazó a él con todas sus fuerzas. Alex no se quejó, contuvo la respiración cuando ella le apretó la espalda y las costillas, todavía doloridas, y la rodeó con sus brazos.

—Vamos, hoy te preparo yo el desayuno.

—No, todavía no estás bien, ve a la cama y te llevaré el café —le ordenó en voz baja Marie levantando su mirada sin separar todavía la barbilla de su pecho.

—Puedo ayudarte. Estoy mejor.

—Deja que te cuide un día más. Mañana cuando digan que todo está bien, volverás a preparar el café.

Alex la miró y sonrió, se inclinó para poder besarla.

—Soy muy afortunado de tenerte como enfermera —dijo, y dejó un beso

en su frente—, pero el café lo preparo yo.

Su abrazo se rompió entre las risas de Marie y él la siguió a la cocina.

—He llamado a mi hermano. Me ha dado permiso para no ir a trabajar esta semana.

—No tienes que preocuparte, ya estoy mejor, esto solo es molesto —dijo señalando el vendaje de su nariz—. El brazo ya no me duele tanto y puedo moverlo un poco.

—Pero no quiero que estés solo. Así que le he pedido permiso — continuó Marie mientras sacaba las tazas del armario y colocaba unos platos sobre la isla de la cocina—. El problema es que me ha pedido algo a cambio.

—¿El qué? —preguntó Alex.

—Que vayamos a cenar a su casa el sábado.

—¿Nosotros? ¿Tú y yo? —preguntó sorprendido.

—Sí, nosotros. ¿Te parece bien?

Alex pensó un momento antes de contestar. Sirvió el café en las tazas, añadió un poco de leche y una cuchara de azúcar en el de Marie, sabía que le gustaba muy dulce.

—Si no quieres le diré que te encuentras todavía mal.

—No, no te preocupes. Creo que está bien. Me gustará conocer a tu familia.

—¿Seguro?

—Seguro. —Le dio un beso antes de sentarse y comenzar a desayunar—. Si voy a ser tu novio es lo normal, ¿verdad?

Marie se quedó sin palabras. Esos días Alex no había parado de decirle cosas parecidas. Parecía totalmente convencido de su futuro. Esperaba que cuando se pasaran los efectos de los medicamentos y el accidente quedara olvidado, no cambiara de opinión.



Capítulo 18

—No hacía falta que trajeras nada —volvió a repetir Marie mientras ayudaba a Álex a sacar del coche una tarta.

—No he tardado nada en hacerla —explicó, y estiró las piernas—. Este coche tuyo es toda una experiencia —bromeó mientras ella pulsaba el mando para cerrar las puertas de su pequeño Nissan.

—Es cómodo para la ciudad, mucho más que tu moto.

—No es comparable, preciosa, mi moto es una máquina de calidad —contestó con un fingido tono de petulancia—, este pequeñín deben de haberlo diseñado para los pigmeos.

La risa de Marie le pareció deliciosa y se lo hizo saber con un ligero beso en los labios. Había notado lo tensa que parecía durante todo el camino, tanto que no se había atrevido a hacer ningún comentario, aunque ella cambió la radio más de una docena de veces pulsando, en lo que parecía un tic nervioso, el botón del volante.

—Además —continuó sin alejarse de sus labios—, esta mousse de chocolate y vainilla es especial, pensaré en tus besos mientras tomo el postre.

Marie se mordió nerviosa el labio, no era la primera vez que él le regalaba los oídos con frases cargadas de azúcar y, aunque no era ninguna adolescente ya, esa mirada traviesa conseguía que le latiera el corazón como si hubiera un terremoto.

—¿Vamos? —preguntó con una vocecita nerviosa.

—Vamos. Es hora de que me presentes oficialmente a tu familia.

—Tranquilo, es solo mi hermano. Es la parte cuerda y normal de la familia. Si fueras a comer con mi madre te habría dado dos calmantes con el desayuno.

Se echó a reír con la broma de Marie y comprobó otra vez que llevaba colocado el cuello de la camisa. No se había puesto corbata, pero había elegido ropa un poco más formal. La primera impresión era importante y él quería dejar claro desde el primer momento que iba en serio con Marie.

Fue Patricia quien abrió la puerta para recibirles con su hija Inés en brazos y una gran sonrisa en la cara.

—Yo soy Patricia. Pasad, que la cena está lista.

Sin soltarse de la mano, los dos pasaron hasta el gran salón, una de esas estancias tan de moda que unían cocina, comedor y sala de estar.

—Voy a dormir a Inés, no creo que tarde mucho —se disculpó Patricia antes de desaparecer por la puerta por la que entraba su marido.

—Buenas noches, perdonad que todavía andemos así, es que justo hoy Inés ha decidido trasnochar. —Luis dio un abrazo a su hermana y ofreció la mano a Álex, que la estrechó con la fuerza suficiente para demostrar que era un hombre formal y serio, acompañando el saludo con el típico lenguaje

corporal que los hombres guardan para esas ocasiones, y que a las mujeres suele parecerles un poco pasado de moda.

—Soy Alex. Gracias por invitarme a cenar.

—Tenía ganas de conocerte. ¿Os importa si mientras tomamos un aperitivo termino de colocar la cena?

—Claro que no, ¿qué has preparado? —preguntó su hermana, que entró tras él en la zona de cocina.

—¿Yo? ¿Preparado? He descolgado el teléfono y he encargado cena para cuatro. ¿Creías que iba a cocinar? Pensaba que apreciabas a tu novio — bromeó Luis mientras sacaba del horno un asado de carne con verduras.

Alex sonrió al escuchar que se refería a él como «novio» y se acercó para ayudar.

—¿Puedo hacer algo?

—Por supuesto. Marie dice que haces unos postres muy buenos.

—He traído una muestra, pero también sé hacer otras cosas —comentó Alex mientras cogía un tenedor y comprobaba el punto de cocción de la carne —. Creo que tendrías que sacarla ya o terminará pasada.

—¿No se va a enfriar demasiado rápido?

Luis encontró un hueco en el frigorífico para la tarta que había llevado Alex. Salvo la comida de la niña, allí no había demasiadas cosas.

—No. ¿Tienes algún coñac? —preguntó mientras abría por completo la puerta del horno.

—Sí. Espera que lo busco. Coge lo que quieras, como si estuvieras en tu casa, la verdad es que yo no sé dónde están las cosas.

Alex frunció el ceño mirando los muebles y comenzó a abrir las puertas hasta que dio con un par de fuentes de cristal. Entonces sacó el asado del horno y lo puso sobre un protector en la encimera de madera, que estaba reluciente por el poco uso. Comenzó a separar la verdura de la carne y cuando terminó la salsa que había resultado, la apartó en un bol alto.

Luis y Marie no le quitaban ojo. Se desenvolvía en la cocina como si la conociera. Encontró la batidora y aligeró la salsa en menos de un minuto. Cuando el horno se había enfriado lo suficiente, devolvió la carne en una fuente para que no perdiera el calor mientras ponía la salsa a reducir con un ligero toque de licor.

—Por fin se ha dormido, creo que ella también quería cenar con su tía preferida —bromeó Patricia cuando regresó a la cocina. Entonces vio cómo su marido observaba con atención a Alex y dio un codazo a Marie. Ambas se sonrieron.

Había pocas cosas más sexis que un hombre moviéndose en la cocina con aquella seguridad y maestría.

El cocinero se dio la vuelta y se encontró a los tres frente a él.

—Creo que en diez minutos podemos comer —anunció.

—Y yo creo que puedes venir a cenar a casa cuando quieras.

Todos se echaron a reír con la ocurrencia de Patricia y Luis le ofreció una copa con vino. Brindaron y tomaron allí mismo unos canapés mientras Marie

les contaba las maravillas que hacía Álex con los dulces.

Cuando la alarma del horno avisó de que el tiempo había llegado, las chicas se fueron a sentar y dejaron que ellos ejercieran de camareros.

—Eres un verdadero cocinero —comentó Luis al ver cómo Álex flambeaba sobre la carne el coñac y disponía en el plato las verduras en una porción perfecta.

—Me gusta, y por suerte es mi trabajo.

—Marie habla muy bien de tus desayunos.

Álex no se inmutó con el comentario, pese a que tenía un segundo sentido implícito.

—Sonríe más desde que te encargas de prepararle el café —añadió Luis.

—Gracias por decírmelo —Álex se enfrentó a él pensando bien sus palabras—. Ella es importante para mí.

—Vaya, curiosa forma de hablar de tu novia —replicó Luis retándolo con la mirada—. ¿Es importante como un coche? ¿Cómo una hipoteca?

Antes de contestar, Álex se tomó su tiempo para pensar. Ella era importante, lo más importante que tenía en esos momentos, pero decir eso era como desnudar su alma, y Luis era un desconocido para él, aunque fuera el hermano de Marie.

—Es la razón para que esté en pie, eso es ella. Y espero ser el único que le prepare el café por las mañanas.

Luis lo miró evaluando sus palabras, pero sobre todo fue su mirada, decidida y sincera, la que lo convenció de que Marie había sabido elegir esta vez.

—Las chicas nos están esperando —dijo dando por terminada la conversación.

Mientras, ellas se habían servido un poco de vino y esperaban bromeando entre confidencias.

—Dime que es tan bueno en todo como en la cocina—susurró Patricia a su cuñada en el oído al sentarse en la mesa. Marie la lanzó una mirada de fingida sorpresa y las dos rieron.

La velada transcurrió entre las típicas anécdotas que cuentan los hermanos mayores sobre los pequeños, sobre todo cuando son niñas un poco torpes y olvidadizas, y algunas preguntas obligadas a Álex sobre su trabajo.

Después del primer brindis, Álex, que solo tomaba agua, dejó que Marie se divirtiera aquella noche, bebiera y riera con su familia. Al pasar la medianoche, decidieron irse y él vio divertido cómo ella no andaba ya tan segura sobre sus tacones. Rebuscó en su bolso hasta dar con las llaves del coche y condujo el pequeño utilitario hasta su casa sin preguntarle dónde quería dormir esa noche. Para él ya no había otra posibilidad que pasar las noches junto a Marie.

—¿Estabas despierta? —preguntó Luis cuando su hermana por fin descolgó el teléfono.

—No. No estaba despierta. Pero el móvil no dejaba de vibrar y al final me ha despertado. —Malhumorada se incorporó en la cama. Álex estaba a su

lado durmiendo a pierna suelta. Eran solo las ocho de la mañana.

—Lo siento. Es importante.

—¿Está Inés bien? —fue lo primero que se le ocurrió. Si su hermano llamaba a esas horas del domingo era porque había pasado algo.

—Sí, sí. No es Inés. Marie...

—¿Qué pasa? —preguntó ella cada vez más nerviosa.

—Es mamá. Acaba de llamarme.

—¿Está bien? —Alarmada, salió de la cama para poder hablar con más tranquilidad.

—Sí. Bueno, no —Luis suspiró antes de continuar—. Tenemos un problema. Tenemos un problema gordo.

—Luis, me estás asustando. ¿Está mamá enferma?

Marie se sentó en el sofá y cruzó los pies, estaba descalza y se le estaban quedando los pies fríos.

—No. No está enferma. Está arruinada.

—¿Arruinada? —repitió Marie sin poder evitar elevar la voz.

—Sí. Al parecer le dio a Jonás plenos poderes para que moviera su dinero en un fondo de inversión. El viernes la llamaron del banco. No le queda nada. Ha perdido todo. Por lo visto, los últimos movimientos han sido demasiado arriesgados.

—¿Jonás se encargaba de su dinero? ¿Desde cuándo?

—Pues parece ser que desde hace un año. Ya sabes cómo lo apreciaba.

—No entiendo nada, Luis. Jonás no es tonto, siempre le ha ido muy bien con las inversiones.

—De eso se trata, Marie. En el banco le dijeron que esos movimientos eran propios de un principiante, que no entendían qué había sucedido. Al parecer él le envió una carta certificada hacía unos días para informarla de que dejaba de gestionar sus fondos. Ella lo llamó y habló con él, por lo visto fue muy amable, le dijo que era lo más adecuado puesto que vuestra relación se había roto. Mamá no le dio más importancia. Hasta que la llamaron del banco.

Aturdida por todo lo que le estaba contando Luis, Marie no se dio cuenta de que Alex se había levantado y andaba por la cocina preparando el desayuno.

—Me ha llamado llorando. Dice que lleva sin dormir desde entonces. No le queda casi nada, desde luego no lo suficiente para seguir con la vida que llevaba hasta ahora. Como mucho, tiene para seguir con sus gastos seis meses.

—¿No podemos hacer nada? ¿Qué le han dicho en el banco?

—No se puede hacer nada. No hay nada ilegal.

Los dos hermanos se quedaron en silencio unos segundos. Marie entendía que con aquella afirmación Luis le estaba diciendo que Jonás era culpable, si no legalmente, sí en la práctica.

—¡Qué hijo de...!

Hacía mucho tiempo que no se enfadaba. Muchísimo. Jonás le había hecho mucho daño, pero hacer eso a su familia, a su madre, que siempre le

había apoyado, era ruin y mezquino hasta para él.

—Sí. Exactamente.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó a su hermano.

—Pues yo voy a ir a ver a mamá dentro de un rato. Patricia todavía está durmiendo. Hablaré con mamá y trataré de calmarla. No es como si fuera a terminar en la calle, tampoco vamos a exagerar, pero estaba muy nerviosa cuando hemos hablado. Tengo miedo de que le pase algo, Marie.

—Mamá es más fuerte que todo eso, Luis.

—No seas tan dura, Marie.

—No lo soy. Si quisiera ser dura y fría, te diría que se lo merece por haber confiado en él, y sobre todo por haberse puesto de su parte y no haber defendido a su propia hija.

—Creo que es mejor que no le digas nada, por favor. No va a servir de nada. Ya no sales con él, Marie, pero ella sigue siendo tu madre.

—Lo sé —contestó apesadumbrada. Era su madre. Podía ser una mujer llena de defectos, insufrible muchas veces y difícil de tratar la mayoría del tiempo. Pero era su madre.

—Quizá deberías llamarla —propuso Luis con tono dubitativo.

—No. primero tengo que llamar a otra persona.

—Déjalo, Marie. No vas a conseguir nada —le aconsejó.

—Al menos decirle un par de cosas.

—Yo no lo haría.

—Tengo que hacerlo, Luis. Muchas gracias por llamar. Luego hablamos y me dices qué tal está mamá.

—Vale. Luego te vuelvo a llamar.

Marie dejó el teléfono sobre la mesa y se quedó mirando la pared.

—¿Estás bien? —Alex apareció en el salón preocupado.

—Sí. Estoy bien —contestó todavía ensimismada.

—¿Seguro?

—Seguro. Tengo que hacer una llamada —contestó con un nudo en la garganta. Miraba el teléfono móvil como si fuera a estallar en cualquier momento.



Capítulo 19

Álex podía oír desde la cocina a Marie, que hablaba por teléfono y escuchar cómo la conversación iba subiendo de volumen mientras ella reclamaba a su interlocutor, lo llamaba ladrón, sinvergüenza y un montón de cosas más. Los reproches continuaron durante minutos, sabía por su tono de voz que estaba llorando, le costaba no entrar y quitarle el teléfono de una vez, pero no quería inmiscuirse.

Cuando por fin se hizo el silencio esperó unos segundos y entonces volvió a su lado.

Encontró a Marie llorando en el sofá, se sentó junto a ella y la rodeó entre sus brazos. Su pequeño cuerpo temblaba con cada sollozo y a él se le partía el alma al verla sufrir.

No la soltó ni cuando el llanto cesó. La tenía protegida contra su pecho, besaba sus cabellos con ternura y miraba preocupado las lágrimas que corrían ahora silenciosas por sus mejillas.

—¿Qué ha pasado? —susurró mientras pasaba la mano por su columna arriba y abajo en una caricia.

Marie no contestó. ¿Qué podía decirle? ¿Que había arruinado su vida y la de su familia?

—Si me dices cómo puedo ayudarte, haré lo que sea para no verte llorar nunca más.

Él limpió sus mejillas húmedas y levantó su barbilla presionando el mentón con sus dedos.

—Cuéntame.

—No hay nada que puedas hacer —contestó con un hilo de voz.

—¿Seguro?

Ella volvió a esconderse en su pecho. Se sentía la culpable de todo, no su madre ni Jonás. Era ella. Porque había sido una cobarde, una tonta, al no cortar con aquella relación tan pronto como comenzó a desconfiar de él. Ahora el daño estaba hecho y encima él se había reído en su cara.

Álex no insistió más. Esperaría a que ella le contara lo que pasaba.

El domingo pasó lento y pesado, los silencios entre los dos se alargaron. Él no sabía cómo acercarse a ella, aunque no la perdió de vista ni un momento e intentó en varias ocasiones hablarle. Ella todavía no estaba preparada para confiar por completo en él, tenía miedo de que si Álex llegaba a enterarse de todo lo que había pasado con Jonás, tal vez se diera cuenta de lo insignificante que era ella, del poco valor que tenía, de lo absurdo que era que los dos comenzaran una relación.

Un par de veces, Marie se retiró para mantener a solas una conversación por el teléfono móvil. Él se mostraba discreto, fingía que no notaba nada, y de esa forma ni siquiera supo que una de las llamadas era de su hermano Alberto

para interesarse por su estado de salud.

Al llegar la noche, con la excusa de regresar al trabajo al día siguiente, Marie se marchó a dormir a su casa y lo dejó en soledad por primera vez en muchos días. Alex se dio cuenta entonces de cuánto había ella cambiado su vida.

Casi no durmió esa noche. Sabía que al día siguiente tenía una batalla por delante. No se equivocaba. En cuanto entró en la cocina y vio a su hermano sacar del horno un bizcocho, algo dentro de su estómago se revolvió. No habían hablado. ¿Qué podía decirle Alberto? No había nada que él quisiera escuchar de su hermano.

Alberto depositó con calma la bandeja con el bizcocho sobre la encimera y se quedó mirando a Alex. Las marcas en la cara ya eran más leves, el vendaje en la nariz era menos llamativo, pero su mirada seguía siendo fría. No soportaba que su hermano mayor lo mirase así. Daría cualquier cosa por regresar a los días en que los dos eran compañeros en aquella cocina, cuando él jugaba a equivocarse en los ingredientes y Alex se enfadaba.

Había tomado una decisión. Hacía mucho tiempo que tendría que haberse enfrentado a sus errores.

—He hablado con el abogado. Mañana te llegarán los papeles de la cafetería. Me retiro del negocio.

Álex permaneció impassible sin decir ni una palabra.

—Siento que...

El gruñido que se le escapó a su hermano le indicó que no debía continuar. Cabizbajo, se quitó el delantal y fue a recoger su chaqueta.

—Ya están hechos los pedidos para la semana. Hoy no hay mucha gente.

Abrió la puerta sin atreverse a mirar a su hermano otra vez.

—Lo siento —musitó Alberto justo antes de salir.

Cuando oyó la puerta cerrarse, Alex dejó salir de golpe todo el aire que estaba conteniendo en sus pulmones. Tenía los puños apretados, la espalda rígida y miraba algún punto indefinido de la pared.

Entonces oyó el ruido que llegaba de la cafetería. Los clientes necesitaban su café, sus galletas y que él se comportara como un profesional. Eso fue justo lo que hizo.

Se esmeró en decorar algunos cafés, cruzó la mirada con algunas de las mujeres habituales en su cafetería y cuando se dio cuenta había dejado de pensar en todo, en su hermano, en Julia, en su vida... Regresaba al lugar seguro que se había convertido aquel trabajo para él.

Marie llegó a la cafetería a última hora de la mañana. Álex no dudó ni un momento en dedicarse a ella. Preparó su café añadiendo una ligera brisa de canela y dibujó con la nata un corazón. Puso varias galletas de chocolate en un plato cubierto con una servilleta roja y se lo sirvió en la mesa que solía ocupar.

Entonces hizo algo que seguramente a Alberto le habría encantado presenciar: se acercó a ella y besó sus labios.

Fue uno de esos besos que se dan los amantes para desearse buenos días;

una forma de comenzar la jornada recordando que tienes a alguien a tu lado; un beso de tantos que se ofrecen las parejas cuando tienen esa sencilla intimidad.

Ese primer día fue largo para Alex. Disfrutó sirviendo cafés y saludando a clientes conocidos, recibió muestras de cariño de todas esas personas a las que él ayudaba cada día con algo más que un café y unas galletas. Todos ellos formaban una familia de desconocidos, gente cuyo único lugar común era su cafetería y la necesidad de un pequeño oasis de descanso en sus días. Él ponía una pizca de canela en sus vidas.

Cuando regresó a su casa, se sintió agradecido por encontrar a Marie esperando en el portal.

—¿Por qué no has subido? Te di las llaves —preguntó mientras pulsaba el botón del ascensor.

—No estabas en casa, no sabía si podía entrar —titubeó Marie.

Álex se acercó a ella dentro del pequeño habitáculo del ascensor tanto que sus cuerpos se tocaron. Se inclinó hasta que sus labios se rozaban y sonrió.

—No hay nada mejor que encontrarte en mi casa cuando regreso. —La besó tomándose su tiempo, no quería que ella se fuese nunca más de su casa ni de su vida, pero todavía no habían tenido esa conversación. Tal vez era el momento de dejarle claro lo que sentía por ella.

Marie se sentó en el sofá junto a Álex después de cenar una sencilla ensalada. Miraba la pantalla del televisor sin prestar mucha atención viendo cómo se sucedían las imágenes de unas playas paradisíacas rodeadas de vegetación. Sin darse cuenta, se había enroscado en él buscando su calor, y Álex la acariciaba distraído.

—¿Has estado en Sudamérica? —preguntó él sin quitar la vista de la televisión.

—No, a Jonás no le gustaba ir a sitios exóticos, nada que estuviera demasiado alejado de la civilización, es decir, de alguna gran ciudad ruidosa y moderna —contestó, y miró de reojo a Álex al darse cuenta de que había nombrado a su exnovio por primera vez.

—Me gustaría ir a una de esas playas, ¿sabes? Dejar pasar las horas sin hacer nada, solo mirando el mar.

—Seguro que te aburrirías —Marie puso su mano sobre la de él, preocupada por el tono nostálgico de su voz.

—No lo creo. Por la noche saldríamos a cenar y terminaríamos bailando descalzos en la playa —repuso con una cautivadora sonrisa—. ¿Te gustaría que hiciéramos un viaje juntos?

—Claro —contestó ella con absoluta seguridad.

—Marie —comenzó, y ella supo que ahora venía la parte seria de la conversación, esa que ambos habían parecido postergar pero que ya no podían seguir retrasando.

Dejó salir el aire y volvió a mirar a la pantalla, no podía hablar si ella lo miraba de aquella forma.

—Me gusta tenerte en casa —expuso con sencillez—. Antes de conocerte

no había pensado en volver a tener una relación, esa es la verdad.

—¿Sabes? Un día entré en una cafetería —le interrumpió Marie—, me encontraba sin fuerzas, sin ganas de continuar caminando por la calle. Ese día alguien hizo algo maravilloso por mí: por primera vez en mucho tiempo sentí que alguien me cuidaba.

—Llevabas esas gafas de sol que tapaban casi toda tu cara —recordó Álex sonriendo—, parecías cansada... y yo solo quería ayudarte.

—Y lo hiciste, me ayudaste —afirmó Marie—. Todos esos cafés, los corazones... ¿Hacías eso con todas las chicas? —Puso dos dedos en sus labios rápidamente—. No, no contestes, prefiero pensar que tus cafés son solo para mí.

Alex besó sus dedos y sujetó su pequeña muñeca entre sus dedos mientras acariciaba la piel.

—He preparado muchos cafés a muchas mujeres —comenzó, la expresión de Marie se tornó algo triste a su pesar—, pero solo he preparado el desayuno a una.

La risa se extendió por su cara y Álex la besó feliz.

—Un día iremos a una de esas playas —dijo atrayéndola contra su pecho mientras volvía a recostarse en el sofá—, pero antes, hay un lugar que me gustaría visitar contigo.

De esa forma tan sencilla, invitó a Marie a viajar a Santander. Esta vez estaba seguro que su abuela Isabel aprobaría a la mujer que había elegido para compartir su vida.

—Espera, llaman a la puerta, no cuelgues.

Marie fue al videoportero que estaba en la entrada junto a la puerta y cuando vio quién estaba en el portal de su casa, se quedó de piedra.

—Ahora te llamo, solo serán unos minutos —dijo con voz temblorosa.

—¿Quién es? —preguntó preocupado por su cambio de voz. No había dejado que la acompañara a su casa para recoger ropa, y ahora se arrepentía de no haber insistido más.

—Es Jonás.

Álex sintió como todo su cuerpo se ponía en alerta. No le gustaba nada que Marie estuviera a solas con aquel hombre ahora que sabía lo que había sucedido entre ellos.

—Voy para allá. No te preocupes —dijo decidido.

—Tranquilo, Álex. No es necesario.

—Nos vemos en un minuto —dijo antes de cortar la llamada.

Marie seguía en pie en la entrada de su casa y el timbre la sobresaltó. Abrió la puerta después de tomar aire varias veces para calmarse, pero no le sirvió de nada. La imagen de Jonás la impactó.

—¿Puedo pasar?

Ella se retiró para que él entrara en casa y lo siguió hasta el pequeño salón.

—Estás preciosa —dijo Jonás.

Marie estaba inmóvil, impactada por la presencia de él en su casa.

—Tu madre me ha dicho que hoy estarías en tu casa, no lo he dudado.

Ella sintió como si el suelo se abriera bajo sus pies. Su madre era quien había llamado a Jonás. Para ella, su hija no era más que una moneda de cambio, un objeto más con el que poder negociar para continuar con su vida de falsos lujos.

—¿Qué quieres, Jonás? —acertó a preguntar sacando fuerzas.

—Creo que tenemos que hablar, Marie. Me ha sorprendido tu llamada. Como comprenderás, no puedo permitir que continúes con esas acusaciones.

Mientras hablaba se había acercado a ella demasiado y Marie dio unos pasos hacia atrás hasta que su espalda dio contra la pared.

Cuando Alex llegó a casa de Marie, llamó varias veces al telefonillo. Nadie contestó. Cada vez más nervioso, llamó varias veces a su teléfono móvil pero tampoco obtuvo respuesta.

La puerta del portal se abrió de forma brusca y un hombre intentó salir. Solo necesitó ver su cara un minuto para saber que era él. Jonás le dio un empujón para escapar del portal, pero Alex era más fuerte. Lo siguiente fueron los golpes. Jonás recibió el primer puñetazo en la cara sin tiempo para protegerse. La sangre de su nariz comenzó a manchar su camisa, pero Alex no le soltó.

—No vuelvas a acercarte a ella, ¿entendido?

—¿Quién eres? ¿Su nuevo novio?

Álex rodeó su cuello con sus dedos y le mantuvo sujeto contra la pared.

—Sí. Y entérate bien: si vuelves a llamarla, a venir a su casa, a acercarte a ella, aunque sea a cien metros, no vas a poder levantarte de la cama en un mes.

Jonás respiraba con dificultad, Álex soltó su cuello y lo miró con rabia.

—Lárgate.

No hizo falta que lo repitiera dos veces. Jonás abandonó el portal y él subió en el ascensor. Marie abrió la puerta temblando con sus ojos arrasados por las lágrimas.

—¿Qué ha pasado? ¿Estás bien?

Por suerte, antes de que se derrumbara, él pudo cogerla y pasó a la casa con Marie en sus brazos. Entró hasta el dormitorio y se tumbó junto a ella en la cama, sin dejar de abrazarla.

—Ya está todo bien, Marie, no va a volver. No va a volver.

Ella escondió su rostro en el pecho de Alex y lloró durante minutos. Las palabras de él todavía retumbaban en su cabeza. Jonás le había recordado lo insignificante que era y cómo él siempre había sido quien mandaba en aquella relación. Se había terminado, sí, pero no porque ella quisiera, era Jonás quien no pretendía volver a verla, quien no quería saber nada de ella ni de su familia. Si le denunciaban o intentaban cualquier cosa que dañara su reputación, Jonás no dudaría ni un momento en usar todas las armas que estaban a su alcance, su madre terminaría no solo arruinada, sino convertida en el hazmerreír de todas sus amigas.

Cuando Alex comprobó que Marie parecía más tranquila, se levantó con

cuidado y comenzó a buscar ropa en el armario del dormitorio. Encontró una maleta bajo la cama y la llenó hasta que no entraba ni una camiseta más. Recogió del baño sus cremas, su maquillaje y también cogió unos libros del salón.

Regresó al lado de Marie y le acarició el cabello.

—Vámonos a casa —susurró en su oído antes de besar su mejilla con ternura.

Ella no contestó. Todavía no se atrevía a mirarlo a los ojos y él se moría de pena por verla destrozada. Era tan pequeña, tan frágil..., pero conseguiría que de nuevo fuera su Marie, la que le robaba las galletas de chocolate en cuanto las sacaba del horno y lo miraba cocinar sin dejar de sonreír.

—Ahora me toca a mí cuidar de ti —musitó mientras buscaba sus labios.



Capítulo 20

—Mi abuela está deseando conocerte.

Lo había repetido una docena veces desde que se habían montado en el coche. Marie miraba el paisaje, cada vez más verde, y escuchaba la música que sonaba en el coche sin prestar demasiada atención.

—Vamos a pasarlo genial. ¿Te gusta hacer senderismo? Hay unas rutas preciosas y podemos bajar también a San Vicente.

Según se acercaba su destino, Marie veía cómo Álex cambiaba.

—¿Ves esa casa al final de la verja?

Marie miró con atención en la dirección que él le indicaba. En el portón de la verja había una señora vestida con pantalones oscuros y una camiseta negra.

En cuanto aparcó, Álex se tiró literalmente del coche para lanzarse a los brazos de la señora, que Marie supuso que era su abuela. Ella bajó del coche un poco nerviosa.

—Vamos, Marie. Esta es mi abuela Isabel.

La señora primero la miró de arriba abajo y Marie mantuvo su sonrisa esperando pasar aquel examen. Entonces la señora la abrazó y le plantó dos besos antes de volver a dirigirse a su nieto.

—Tendréis hambre después del viaje.

Álex guiñó el ojo a Marie. No dejaba de sonreír y antes de coger las maletas que llevaban, le dio un beso en la frente.

—Vamos, no te de vergüenza. Le has gustado.

—¿Tú crees?

—Sí, claro que sí.

Marie lo siguió dentro de la casa. Todo era de piedra gris, olía a leña y a aire limpio, y había pequeños jarrones con flores adornando la mesa. Subió tras de Alex hasta una habitación en el primer piso y se encontró con una preciosa estancia desde la que solo se veía campo.

—Esto es precioso —dijo respirando profundo.

—Sí. Es precioso. Y ahora que estás tú, todavía lo es más.

Ella se echó a reír por las ocurrencias de Álex. En los últimos días había vuelto a ser el de antes. Mientras preparaba el viaje, su humor parecía mejorar. Ya no estaba todo el día gruñendo y triste, aunque Marie sabía que seguía echando de menos a Alberto. Pero Alex era un cabezota y no había consentido en volver a hablar de él. Ni siquiera le preguntaba a Marie, aunque sabía que su hermano pequeño la llamaba de vez en cuando para saber cómo estaba. Al principio había sido la normal preocupación por el accidente que había sufrido, pero cuando pasaron las semanas Marie se dio cuenta de que Alberto se moría de culpabilidad y era incapaz de abandonar a su hermano.

—¿Quieres darte una ducha? El baño es la segunda puerta. Si necesitas

algo dímelo, quiero que estés cómoda, ¿entendido?

Se acercó por detrás a ella, la rodeó entre sus brazos y besó su cuello con calma.

—Por ejemplo, si necesitas que alguien te frote la espalda o te ayude a enrollarte en la toalla.

La risa de Marie flotó por la habitación y él la hizo girar para poder besarla.

Les interrumpió el sonido de un coche que aparcaba en la puerta de la casa.

—Voy a bajar, seguro que es la compra que ha encargado mi abuela. Siempre cocina como si regresáramos de la guerra.

Hizo un puchero infantil antes de abandonar a Marie en la habitación y bajar corriendo las escaleras. Le encantaba regresar al pueblo. Se sentía lleno de vida, más joven, más libre. De un par de zancadas se dirigió a la puerta, pero antes de que llegara, esta se abrió.

—¿Qué haces aquí?

Su hermano entró muy serio seguido de su abuela. La mujer los miraba más seria que nunca.

—He venido a hablar contigo —contestó Alberto tan calmado como pudo.

—¿A hablar? No quiero hablar contigo, Alberto.

—Tenéis que sentaros y hablar —dijo su abuela con firmeza—. Álex, siéntate.

—No voy a sentarme, abuela. No tengo nada que hablar con él.

Álex apretó los dientes al mirar a su hermano. Sentía unas ganas terribles de golpear lo que fuera, mejor si era su cara.

—Sé que no quieres escucharme, tampoco voy a buscar ninguna excusa para lo que pasó —comenzó Alberto mientras daba un paso hacia su hermano—. Solo quiero que tú...

—Me importa una mierda lo que quieras, Alberto —gritó Álex—. No quiero verte ni quiero escucharte.

—Por favor, Sandro, escúchame.

Álex se lanzó a su hermano y le dio un puñetazo en la cara. Alberto se tambaleó hasta caer hacia atrás, con la mano tapándose el rostro.

El grito de la abuela Isabel alertó a Marie, que bajó corriendo las escaleras. Encontró a Álex mirando a su hermano tirado en el suelo. Su abuela lo sujetaba con firmeza del brazo mientras trataba de calmarlo.

—Eres mi hermano, Alberto. ¡Mi hermano!

Álex se zafó de la mano de su abuela y salió dando un portazo.

—¿Qué ha pasado? —Marie se agachó y al retirar la mano de Alberto vio la sangre. Tenía una brecha en la ceja. No parecía un corte muy grande, su abuela fue rápida al baño y regresó con un botiquín.

—Cuando vuelva tu hermano hablaré con él —comenzó a hablar la abuela Isabel mientras mojaba un poco de yodo en una gasa—. Ya no sois dos niños, no podéis ir peleando.

—Es culpa mía, abuela.

—Siempre es culpa tuya, hay cosas que no cambian.

—Esto es diferente, abuela, y él tiene toda la razón para pegarme.

—No hay razones que valgan, Alberto —la abuela le regañaba mientras le hacía una cura con la experiencia de quien ha criado a dos adolescentes en un pueblo—. Es tu hermano. Cuando yo me muera os quedaréis solos. Quiero irme a la tumba tranquila, Alberto. ¿Me entiendes?

La abuela zarandó a su nieto como si fuera un chiquillo y él asintió.

—Ve a por tu hermano y arregla esto.

—No sé si se puede arreglar, abuela.

Alberto se levantó y dio un abrazo a su abuela antes de salir a buscar a su hermano. No había mentido. Aquello no tenía arreglo. Le partía el corazón pensar que iba a decepcionar a su abuela y que no volvería a ver a Álex, pero no sabía qué podía hacer para arreglar todo el daño que había causado.

Fue por el camino trasero de la casa mirando a su alrededor, pero no vio a Álex. Imaginó que su hermano había ido hacia el bosque, solían ir allí a pasear desde pequeños, jugaban entre los árboles, peleaban, se escondían, y regresaban a casa manchados de barro y hojas y con golpes. Regresaban cargados de felicidad.

Encontró a Alex sentado en unas rocas mirando un pequeño claro donde correteaba un arroyo y se detuvo a unos metros de él.

—No puedo decir nada, lo sé. Lo que hice fue horrible —comenzó.

Álex se giró al escucharlo, estaba llorando. Las lágrimas bañaban sus mejillas y Alberto dio un paso más hacia él. Pero su hermano levantó la mano para que se detuviera.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó—. ¿Cuánto tiempo estuviste con ella?

—Solo fue una vez, Álex.

—¿Eras tú el que estaba con ella esa mañana? —gritó indignado Álex.

—¡No! No era yo.

Alberto se pasó los dedos entre los cabellos tratando de pensar cómo explicarle a su hermano.

—Álex, solo estuve con ella una vez. No voy a decir que fue culpa de Julia, no soy un estúpido. A ella le gustaba jugar, flirtear. Ya sabes cómo era. Y yo fui un imbécil.

—¿Eso es todo? ¿Tan fácil? —Álex se levantó y fue hacia él. Miró la gasa con esparadrapo que tenía en la ceja y se arrepintió al momento de haberlo golpeado.

—No. No es fácil. He vivido estos años con la culpa de saber que si yo te hubiera avisado, si te hubiera dicho algo, ella no te habría destrozado la vida. Pero fui un cobarde.

—No ibas a decirme nada nunca, ¿verdad?

—Al principio lo pensé, pero cuando fueron pasando los días cada vez tenía menos sentido.

Alex se dio la vuelta de nuevo y caminó hasta el arroyo. Necesitaba respirar un poco, no quería perdonar a su hermano, ni siquiera soportaba

tenerlo delante en esos momentos.

—Cuando me llamó la abuela y me dijo que estabas aquí y cómo habías llegado, llamé a Julia y ella me contó lo que había pasado. No me atrevía a venir. Pero la abuela insistió, estabas hundido y ella no sabía qué pasaba.

—Y entonces seguiste sin decir nada.

—No quería hacerte más daño.

—Perdí mi carrera. Mi vida. Lo perdí todo, Alberto.

—Lo sé. No podía hacer nada. Entonces se me ocurrió animarte a que aprendieras a cocinar conmigo y todo mejoró. Parecías otro. ¡Parecías más feliz que nunca en tu vida, joder! ¿No te das cuenta? Lo que pasó con Julia al final no fue malo. No hubieras sido capaz de romper con todo si no hubiera sucedido.

—¿Te lo tengo que agradecer? ¿O mejor la llamo a ella?

—Solo te digo que podemos terminar, aquí y ahora. No te volveré a llamar ni a molestar. No volverás a verme. O podemos intentar continuar. Julia te jodió la vida una vez, no dejes que lo vuelva a hacer. Ahora todo es mejor, tú eres mejor.

—Me pides que olvide lo que hiciste.

—Te pido que me perdones. Y te prometo que, pase lo que pase, estaré a tu lado. Como he estado estos años.

—¿Por eso abriste el negocio conmigo? ¿Por pena?

—No seas idiota. Acepté trabajar contigo porque me gustaba —aseguró. Alex cerró los ojos un momento y entonces él continuó—: tienes a Marie, que es una mujer preciosa y está enamorada de ti. Es la primera vez en estos años que te veo feliz. Feliz de verdad. Solo te pido que me dejes estar a tu lado.

—No lo mereces. —Alex miró a su hermano con tristeza. La confianza se había roto entre ellos para siempre.

—Sandro, si alguna vez te he fallado, si no he estado a tu lado...

—Era mi novia, Alberto. Y tú eres mi hermano.

Alberto se quedó sin más palabras. Agachó la cabeza y se dio la vuelta.

—Voy a despedirme de la abuela y me marcho. Por cierto, te he traído esto. —Rebuscó en su bolsillo y sacó una llave colgando de una simple tira de cuero—. Las llaves de la moto.

Álex lo miró frunciendo el ceño.

—Está en el taller donde siempre la llevas. Le pedí que me guardara el secreto, quería darte una sorpresa. Dice que ha quedado como nueva. —Extendió la mano para darle las llaves y se dio la vuelta sin añadir nada más.

Su hermano no lo detuvo. Observó cómo caminaba alejándose entre las ramas y los árboles, cerró el puño alrededor del trozo de metal con tanta fuerza que la forma terminó marcada en su piel.



Capítulo 21

Marie vio a Alberto llegar y abrió la puerta antes de que él llamara.

—¿Qué ha pasado?

—¿Dónde está mi abuela? —preguntó como respuesta y se dirigió a la cocina, donde había escuchado a Isabel trastear.

—Abuela.

Isabel no quería escucharlo. No quería que su nieto se fuera sin haber arreglado las cosas con su hermano.

—Abuela, por favor —insistió Alberto.

Al final la mujer dejó el cuchillo con el que estaba cortando las verduras para una ensalada y le prestó atención.

—Tengo que irme.

—¿Has hablado con él?

—Sí, hemos hablado. Es mejor que me marche antes de que vuelva.

Las lágrimas en los ojos de Alberto comenzaban a temblar nerviosas por derramarse y la abuela se dio cuenta. Quería a sus nietos con locura, los adoraba, y no soportaba la idea de que ellos estuvieran enfadados. Eran lo único que había conseguido que ella siguiera en pie, que tuviera una razón para vivir. No podía permitir que ahora todo se fuera al traste.

Nada era tan importante como para que dos hermanos dejaran de hablarse. Eso les pasaba a otros, no a sus nietos. Ellos habían sobrevivido juntos y así debían continuar.

Él se inclinó para darle un beso en la mejilla de despedida y ella le abrazó con fuerza. Las pocas defensas que quedaban levantadas cedieron y Alberto se rompió en sollozos en los brazos de su abuela.

Consiguió recomponerse, se limpió las lágrimas y agachó de nuevo la cabeza mucho más avergonzado.

—Me marchó. Te llamaré cuando llegue —se despidió.

Salió sin decir ni una palabra más. Pulsó la llave de su coche para abrir y entonces oyó a su hermano.

—No estás bien para conducir.

—No te preocupes, iré despacio —dijo Alberto al abrir la puerta del coche.

—Quédate esta noche y descansa —dijo Alex antes de entrar en la casa sin dirigirle ni una mirada.

Alex subió las escaleras todo lo rápido que pudo. Había dejado a Alberto en pie frente al coche. Quería a su hermano, pero no tenía ni idea de qué iba a suceder entre ellos.

Cuando entró en la habitación, Marie estaba sentada en la cama. Lo miró sorprendida y se levantó para abrazarlo.

—¿Cómo estás?

—Bien. Estoy bien —mintió y la estrechó con fuerza contra su pecho.

—Alberto se ha...

Álex puso un dedo sobre sus labios para interrumpirla.

—Se quedará —dijo.

Cerró los ojos y apoyó su frente en la de Marie. Olía tan bien. Era tan cálida y suave. Ella era la culpable de que él se hubiera atrevido a enamorarse otra vez y desde que la había conocido tenía una razón para levantarse cada mañana. Se daba cuenta de que la vida que había llevado esos últimos años estaba vacía. Había luchado por olvidar a Julia, pero en el camino se había olvidado también de amar y de sentir.

Abrió los ojos y se encontró con la mirada de color caramelo de ella. Besó sus labios, tan diferentes a los labios mentirosos de Julia. Sintió cómo ella temblaba con aquel beso y suspiró.

—¿Tú le dijiste a Alberto que veníamos? —preguntó en un susurro. Acunó el rostro de ella en sus manos y ella asintió. —. Te quiero.

Acarició con calma sus mejillas mientras se besaban, dejó un camino de besos antes de acercarse a su cuello y provocarle otro escalofrío, y subió a su oreja con una risita traviesa.

—Te quiero. Por ser tan cabezota. Por ser tan preciosa. Por estar a mi lado.

Susurraba todas las palabras sin soltarla, entre besos y caricias.

—Eres tan fuerte... Dentro de este cuerpo menudo eres una mujer muy fuerte. Y, ¿sabes? Soy muy afortunado porque me hayas elegido.

—Yo soy la afortunada —musitó ella mientras ladeaba su cabeza para dejar que él tuviera mejor acceso a su cuello—. Haces el mejor café del mundo.

Álex se echó a reír y le dio un beso fuerte y sonoro.

—¿Solo me quieres por mi café?

—Claro, ¿qué pensabas?

La risa traviesa de Marie le pareció simplemente deliciosa.

—Pensaba que era por mis galletas.

Fue hacia la maleta que había dejado en la entrada y la abrió para comenzar a sacar la ropa.

—Será un buen fin de semana, ya lo verás —le dijo Marie antes de empezar a abrir su maleta.

—Eso espero, Marie, eso espero.

◇◇◇

—¿No quieres más?

—No, Isabel. No puedo comer ni una cucharada más de arroz con leche —contestó Marie.

—Hoy hemos caminado mucho, hay que reponer fuerzas —dijo Álex guiñando el ojo a su abuela, que le preparó otro bol de arroz con leche—. ¿Qué te apetece hacer mañana?

—No lo sé, podríamos ir a la playa.

—De acuerdo, pero aquí no vas a encontrar el agua calentita —bromeó Álex. Había llevado a Marie de excursión por las montañas y ella se había

quejado mil veces del frío que hacía para ser verano.

Alberto los miraba sin decir una palabra. Por una vez veía a Álex disfrutar y eso le hacía sentir cierta añoranza. Él nunca había tenido una relación igual con una mujer.

Marie se recostó en la silla y miró comer a Álex.

—No sé cómo puedes comer tanto.

—Esto no es mucho —dijo mientras echaba un vistazo en dirección a la cocina donde había desaparecido su abuela, entonces añadió en voz baja—: habrá que quemar tantas calorías.

Ella sintió como los colores incendiaban sus mejillas y Alberto se rió por lo bajo.

—Voy a dormir, no puedo ni abrir los párpados de lo cansada que estoy —se levantó para recoger su plato, pero Isabel fue más rápida.

—Deja que ellos recojan. Aquí los hombres también trabajan —dijo mirando a sus nietos—. Yo también voy a descansar.

Cuando las dos mujeres desaparecieron escaleras arriba, Alberto se levantó y retiró los platos de la mesa. Álex continuaba en silencio, no habían vuelto a dirigirse la palabra y su hermano pequeño no tenía ni idea de cómo comenzar la conversación que los dos necesitaban tener. Decidió que los dos bien podían arreglar sus diferencias frente a una copa de licor y encontró la botella que siempre guardaba su abuela de la producción de su vecino. Puso hielo en un par de vasos y los llenó a la mitad. Se llevó consigo la botella y se sentó en el sofá frente a su hermano.

—Sandro, mañana me marcharé. Quiero que hablemos antes.

Álex cogió el vaso que le ofrecía su hermano y le echó una mirada enfadada. Que le llamara por su nombre de niño no le gustaba, era jugar sucio. Hacía mucho tiempo que él se había convertido en Alejandro.

—No sé qué puedo decir —reconoció antes de beberse medio vaso de golpe—. En serio, dime qué quieres y lo haré.

Él tardó un poco en contestar. Había pensado mucho en lo que diría a su hermano y nunca terminaba bien en su imaginación.

—No quiero saber nada, Alberto. No me interesa saber qué hiciste ni cuándo ni cómo.

—Solo fue...

—¡No! ¡Joder, Alberto! ¡No! —gritó Álex antes de que pudiera continuar.

Alberto se quedó en silencio y agachó la cabeza como si estuviera mirando sus zapatos.

—¿No lo entiendes? Da igual si fue una vez o diez. Da igual. Eres mi hermano. Y me has estado mintiendo todo este tiempo.

—Lo sé. Y te juro que...

—No jures nada —volvió a interrumpirle Álex—. No jures nada.

Alberto rellenó su copa en cuanto la terminó y sin esperar volvió a terminarla casi entera. El licor le quemaba la garganta y hacía que tuviera más calor.

—¿Qué hacemos?

—No lo sé. Es que no lo sé —negó Alex moviendo la cabeza.

—¿Te llegaron los papeles del abogado?

—Sí. Pero no los he devuelto. Tenemos que hablar sobre eso. Por mucho que seamos hermanos, es un negocio. No puedo quedarme todo sin pagarte.

—Es tu negocio. Tu proyecto.

—No. Tú has trabajado en esa cafetería tanto como yo.

Álex terminó también su licor y cogió la botella que había dejado su hermano en el suelo para rellenar su vaso.

—Hacia siglos que no bebía licor de hierbas. Sigue siendo tan malo como antes.

—¿Malo? A mí me parece estupendo —dijo Alberto dando otro trago.

—Hablaré con el abogado y le diré que hay que calcular una indemnización para ti. Es lo justo. No voy a firmar otra cosa.

—De acuerdo. Hazlo como tú quieras.

—¿Has buscado algo para ti?

—Estoy ayudando en el bar a un amigo. Da comidas y cenas.

—¿En un bar?

—¿Qué tal te va con Marie? —Alberto se atrevió a preguntar por su actual relación y de paso dejó el tema del trabajo—. Se os ve muy bien juntos.

—Bien. Nos va bien. Ya te habrá dicho que quiero que se venga a vivir a mi casa.

—Sí, algo me ha dicho.

—Sé que has estado llamándola. Y que te dijo que veníamos.

Álex rellenó los dos vasos otra vez y Alberto esbozó una sonrisa.

—No te enfades con ella, Álex. Solo quería ayudarnos.

—Lo sé.

—¿Ha vuelto a saber algo de su ex?

—¿También sabes eso? —preguntó sorprendido Álex.

—Hablamos —contestó con sencillez Alberto. Empezaba a notar los efectos del alcohol, que se sumaban al vino que había tomado en la cena, y una conocida modorra se adueñaba de sus pensamientos. Se recostó en el sofá sin soltar su vaso y miró a su hermano—. Creo que le gustaría a mamá.

—Sí. Le gustaría.

Álex se pasó la mano por la frente y cerró los ojos al sentir la imagen de su madre en su cabeza.

—¿Piensas en ellos? —preguntó Alberto.

—Poco. Hay cosas que se me van olvidando, creo. Pero lo importante lo recuerdo. Por ejemplo, cómo mamá cambiaba cuando llegaba a esta casa. Y cómo discutía con papá porque decía que venir aquí de vacaciones era una pérdida de tiempo. Odiaba este pueblo.

—¿Eso crees?

—Sí. Solo venía porque aquí seguía su madre y porque papá se empeñaba en que nosotros necesitábamos salir de la ciudad. Pero ella odiaba este pueblo. Sobre todo el barro. Siempre se quejaba de que sus botas terminaban destrozadas y su pelo rizado por la humedad. No le gustaba la lluvia. Es

curioso. Odiaba todo lo que fuera naturaleza.

Alberto lo miraba con los ojos entrecerrados. Hablaban en pocas ocasiones de sus padres. Los dos habían hecho un pacto silencioso cuando eran niños. Así pensaron que sería más fácil continuar con sus vidas. Sin embargo, ahora que ambos eran adultos, él necesitaba saber de su familia, sentir que aquello había sido real.

—Yo recuerdo su perfume. Sé que suena a cuento, es lo que se dice en todas las películas, pero recuerdo su perfume. Si me dejaran en unos grandes almacenes sabría identificar cuál era el perfume que ella usaba.

Álex miró la expresión triste de su hermano pequeño. Muchas veces había encontrado a Alberto rebuscando entre las fotografías antiguas, miraba los retratos que se hacían sus padres en los viajes y pasaba sus dedos sobre ellos como si pudiera acariciarlos.

—Y su reloj. ¿Recuerdas el reloj de oro que papá le regaló en su aniversario? Siempre lo llevaba. Yo lo odiaba porque cuando me acariciaba el pelo solía enredarse. Pero no le decía nada. Cerraba los ojos y me hacía el dormido. Qué idiota era.

—Un poco idiota —aseguró Álex mirándolo con ternura. Parecía que tenía frente a él otra vez a un chiquillo y no a un hombre adulto.

—Sí. Siempre he sido un idiota.

Alberto bostezó y sus ojos se cerraron un momento. Le costaba mantenerse despierto. Su hermano guardó silencio y lo observó mientras se quedaba dormido. No era la primera vez. Cuando eran pequeños, Alberto tenía pesadillas, sobre todo las primeras semanas después del accidente, y él esperaba despierto hasta que el pequeño dormía tranquilo. Cuidar de su hermano pequeño había sido una buena terapia para él. Al cuidar de Alberto, había olvidado su propio dolor. Por eso dolía tanto su traición. Pero por eso también sabía que tenía que perdonarlo. No podía echarlo de su vida. Solo se tenían el uno al otro.

Se levantó y le quitó el vaso que, había terminado vacío otra vez, antes de que se cayera al suelo. Cogió una manta que había en el respaldo del sofá y lo cubrió.

Con cuidado de no hacer mucho ruido, subió las escaleras para meterse en la cama junto a Marie.

Al día siguiente iban a tener un buen dolor de cabeza.



Capítulo 22

Álex levantó las cejas y miró sorprendido a Marie. Desde que habían regresado de vacaciones, su madre había llamado varias veces al día y ella siempre era seca y fría, y se negaba una y otra vez a verla.

—¿Cómo ha ido?

—Bueno, no ha ido bien, pero creo que le ha quedado claro que soy un caso perdido.

—¿Un caso perdido?

—Eso me ha dicho. Dice que estoy tirando mi vida al salir con un vulgar camarero.

—¿Un vulgar camarero? —repitió él otra vez.

Marie lo miró con un poco de fastidio. No le gustaba que él se dedicara a repetir sus palabras, una fea costumbre que había descubierto en Álex.

—Sí. Le he dicho que trabajas de camarero.

—Creía que era algo más. El dueño, por ejemplo. Y cocinero.

—Créeme, cuanto menos sepa de ti, mejor —respondió Marie con un gesto rotundo.

Después de regresar de Cantabria, Álex le había insistido mil veces en que ahora era ella quien debía arreglar sus asuntos familiares, por lo que al final se había decidido a ir a visitarla después del trabajo.

A su madre le había quedado claro que no podía seguir manipulando la vida de Marie a su antojo.

—Tarde o temprano tendré que conocerla —aventuró a decir Álex. Llevaba tiempo dando vueltas a una idea en su cabeza, una en la que ella terminaba con un anillo en su dedo anular.

—Se ha desmayado cuando le he dicho que quieres que viva contigo, deja que se haga a la idea.

—¿Se ha desmayado?

—Ha fingido desmayarse. Y no me repitas, por favor, sabes que me pones de los nervios.

Álex sonrió de medio lado y se acercó a darle un beso en la mejilla.

—No sé, me siento bien. Es como si fuera diferente.

—Eres diferente —aseguró Álex mientras la abrazaba por la espalda—. Deja que recoja la cocina y vemos una película, ¿de acuerdo?

Ella giró la cabeza para buscar sus labios.

—De acuerdo.

Marie había dejado de sentirse una hija imperfecta. Ya no necesitaba la aprobación de su madre ni tampoco quería cumplir los estándares sociales con que había sido educada. Ahora podía ser libre. Paradójicamente su libertad había llegado de la mano de alguien, pero era alguien que nunca le exigía mentir sobre sí misma ni esconder lo que ella era. Álex le regalaba zapatillas

deportivas y un día se presentó con un gran bolso de rafia que a ella le pareció horroroso, pero que llevó con gusto para ver la sonrisa satisfecha de él, que creía haber acertado al comprar aquello engañado por alguna vendedora de moda *hipster* sin escrúpulos.

Ahora compartía con Álex tardes cargadas de pereza, él se pasaba horas jugando a videojuegos y ella se enfrascaba en la lectura de algún libro. A veces, sobre todo entre semana, regresaba a su apartamento, pero cada vez pasaba más tiempo en aquella casa.

Alex terminó de meter los platos sucios en el lavavajillas y colocó las sillas de la cocina. Este era su santuario. Marie había aprendido a reconocer los objetos de la casa más queridos por él y se encargó también de comprar nuevos cojines para el sofá, aunque la cara de resignación de él le dijo que no compartían el mismo gusto. La cocina era la única estancia en la que no había permitido que se entrometiera. Pasó un paño por la pulida y brillante superficie de la encimera y sonrió al recordar cómo habían desayunado el domingo anterior. No había sido una forma demasiado ortodoxa de preparar tortitas, pero valió la pena terminar manchados de harina.

Entró en el salón y vio a Marie echa un ovillo en el sofá con el mando a distancia del televisor. Esas paredes recordaban otro pasado, uno cargado de carreras y regañinas, de risas y meriendas de pan con chocolate. La imagen de su madre enfadada limpiando un dibujo de color azul del sofá de piel que había entonces, regresó a la mente de Alex cuando vio cómo Marie colocaba aquellos cojines nuevos.

La vida tenía esa curiosa forma de crear recuerdos nuevos sobre otros tremendamente iguales y él a veces se encontraba echando de menos a sus padres. No había tenido oportunidad de conocerlos de verdad. Como era tan solo un niño, nunca pensó en preguntarles, en saber sus gustos, sus ideas, tan solo sabía pinceladas de sus vidas: su padre era un aficionado al fútbol y tenía el carnet del Real Madrid, su madre había terminado sus estudios de arte justo antes de casarse con el hijo de uno de los galeristas más conocidos, eran amantes de la pintura y la escultura, aunque no tenía ni idea de cuáles eran sus épocas preferidas, tampoco sabía si eran muy religiosos o si les gustaba algo tan tonto como ir en verano a la playa. Nunca había hablado de estas cosas con nadie, no quería entristecer a su abuela Isabel y entre su hermano y él, parecía haber un silencioso acuerdo para no nombrar a sus padres. Le dolía pensar que la vida de ellos había desaparecido sin dejar rastro, aunque su abuela siempre le había dicho que era la viva imagen de su madre, con aquellos ojos verdes y esa sonrisa cautivadora, él hubiera querido reconocer en su interior más de ellos, no solo algunos rasgos físicos.

Él sabía que pronto su vida estaría repleta de otros recuerdos. Marie y él construían su nuevo espacio dentro de aquella vieja casa, que quizá se convertiría en un nuevo hogar.

Era el momento de encajar todas las piezas de su vida.

—Voy a hacer una llamada. Ahora vengo.

Marie se giró para preguntarle, pero Álex ya había salido del salón.

Alberto comprobaba que el punto de sal fuera correcto mientras Alex terminaba de limpiar las berenjenas. Cuando su hermano lo había llamado por teléfono para pedirle ayuda, no había dudado un segundo. No habían vuelto a verse desde aquel fin de semana en casa de su abuela y no quería desperdiciar la ocasión de volver a acercarse a su hermano. Fue al mercado para comprar todo lo necesario para preparar la cena, cogió un vino que guardaba en su discreta bodega personal, y se encaminó a la que había sido la casa de sus padres. Nunca había cocinado allí, pero no tardó ni un segundo en ponerse manos a la obra.

—Así que hoy es la gran noche —bromeó mientras picaba el atún en trozos pequeños para poder preparar un buen tartar de pescado.

—Ya te lo he dicho, solo es una cena. Ha estado a mi lado desde que salí del hospital y quiero agradecerse.

—A mí no me la das, Alex. Tú no cocinas para dar las gracias, para eso haces una galletas. —Alberto miró cómo su hermano mezclaba las semillas de sésamo con la vinagreta y frunció el ceño—. No te pases con la mostaza o te arderá el estómago toda la noche.

Alex prefirió callar. Su hermano era un buen cocinero, intuitivo, eficiente y profesional. Por eso le había pedido ayuda. Por eso y porque no conocía otra forma de volver a estar juntos.

—¿Cuánto hacía que no cocinábamos juntos? No has vuelto a la cafetería.

—No me gustan los deportes de riesgo —bromeó mientras apartaba las porciones ya menudas de pescado—. ¿Qué tal va el negocio?

—Bien. He buscado un camarero. No sabe cocinar, pero atiende muy bien la barra.

Miró cómo su hermano picaba una nueva porción de atún y arrugó el entrecejo.

—Deberías volver a cocinar, Alberto.

Esa frase marcó un largo y denso silencio entre los dos. Sin dejar de moverse por la cocina, prepararon unas milhojas de berenjena y añadieron queso listo para fundirse, dispusieron el tartar de atún en platos con una sencilla decoración hecha con las hojas de menta, y entonces Alberto dejó que su hermano mayor comenzara a trabajar en el postre: un sencillo *crumble* de manzana que daría el contrapunto cálido a la cena.

—¿No has pensado en volver a hacer algún curso? Quizá te vendría bien recordar técnicas, moverte en una gran cocina.

Alex hablaba mientras recogía la encimera y Alberto repasaba los platos y copas para la cena con un paño de algodón. Tenía la vajilla para las grandes ocasiones que había heredado de su madre, unas piezas antiguas de porcelana de calidad, de color blanco con decorado bordeando los platos de azul y plata. La cristalería, incompleta desde que en unas fiestas se rompió una copa de vino, también era heredada.

—Podrías abrir tu propio restaurante. Algo pequeño para empezar.

Dejando salir un suspiro cansado, Alberto se detuvo frente a él.

—Lo he pensado muchas veces, Alex. La verdad es que he perdido el

gusto por cocinar.

—Pues yo te acabo de ver en plena forma —repuso su hermano mientras comprobaba que había colocado vino en el enfriador.

—Esto es diferente. No sé si sería capaz de volver a unos fogones llenos de gente.

—Los primeros días seguro que serían difíciles, pero en una semana sé que estarías en marcha. Tienes que intentarlo.

—Dime. —Alberto abrió una cerveza y tomó asiento en uno de los taburetes de la cocina—. ¿Fue fácil para ti dejar la Medicina?

Álex se sentó frente a él. No podían seguir toda la vida sin hablar por miedo a que lo que había sucedido les hiciera discutir otra vez.

—Fue diferente. Sabes lo que sucedió.

—¿Si no hubieras encontrado a Julia con otro, habrías seguido tu carrera?

—No puedo saberlo —contestó con seguridad—, las cosas sucedieron así y no me arrepiento. No era feliz con lo que hacía. ¿Eres feliz, Alberto?

—Ahí está la cuestión. Me siento como si no encontrara mi lugar, Álex. La cafetería era más tuya que mía —explicó a su hermano, y le hizo un gesto para que no lo interrumpiera—. No me quejo, de verdad, es un buen lugar y estaba cómodo allí.

—Pero... —dijo Álex animándolo a seguir.

—Tenía tantos sueños, ahora me parecen tonterías —murmuró Alberto sacudiendo la cabeza antes de dar otro trago a la cerveza—. ¿Sabes qué estaría bien? ¿Y si hago de chófer y me encargo de ir a buscar a Marie? Así tendrá más tiempo para arreglarse, seguro que tu aviso de última hora no le ha gustado mucho.

Álex lo miró pensativo durante unos segundos.

—Es una buena idea. Quiero que hoy se sienta especial. ¿Harías eso por mí?

—Estás enamorado de ella, ¿verdad? —bromeó antes de practicar un lanzamiento con la lata al cubo de basura.

—Estos meses con ella han sido muy buenos. Quizá todo tenía que pasar así. Quiero decir, el accidente y encontrarme con Julia después de tantos años. Llevabas razón, durante todo este tiempo le he dado un poder sobre mí y sobre mi futuro que no debía.

Alberto evitó mirarlo, todavía tenía miedo de volver a encontrarse con sus ojos cargados de desprecio.

—Quiero continuar con mi vida. Olvidar el pasado.

—Creo que has elegido a la mujer correcta para ello.

—Yo también lo creo. —Álex se levantó y puso su mano sobre el hombro de su hermano—. Tienes que hacer lo mismo. ¿Pensarás lo que hemos hablado?

Alberto compuso una sonrisa un poco forzada antes de contestar.

—Lo haré. Te lo prometo.

—Es hora de que tú también te arriesgues, Alberto, y si sale mal, siempre tendrás un lugar al que regresar.

—Vaya, te has convertido de golpe en un buen sermoneador. —Alberto fue hacia la puerta y justo antes de salir miró el reloj—. Traeré a Marie a las ocho.

—Alex observaba a Marie sentada frente a él al otro lado de la mesa que había preparado para la cena. El gran salón estaba suavemente iluminado por una lámpara que había en un rincón junto a los estantes donde antiguamente hubo una chimenea. Todavía no era noche cerrada y la luz de la calle se colaba por las cortinas que cubrían los grandes ventanales. También había un pequeño cuenco de cristal con unas velas flotando en el interior rodeadas de pétalos verdes. Él mismo había dispuesto cada detalle, quería que Marie recordara aquella velada durante mucho tiempo.

Ella parecía otra mujer muy diferente a aquella que había entrado hacía ya meses en su cafetería. Tenía esa imagen grabada en su memoria: la expresión triste, las gafas de sol, aunque aún era invierno, las manos que se aferraban nerviosas al bolso... Pero frente a él ahora había una Marie muy distinta: el pelo ondulado que enmarcaba su rostro, los ojos vivos bajo aquellas pestañas pintadas de oscuro, la sonrisa en el rostro delineada en un hermoso color rojo. No había parado de pensar en esos labios desde que la vio entrar en su casa.

—Estás preciosa esta noche.

Un ligero rubor cubrió las mejillas de ella y Alex buscó sus dedos sobre la mesa para acariciar el suave dorso de su mano.

—Tenía ganas de desayunar contigo —soltó, sin poder contenerse más. Fue lo único que se le ocurrió decir, porque en esa frase se resumía todo. Quería estar con ella, quería dormir con ella y quería desayunar por la mañana junto a ella. Así de sencillo y así de complicado.

—¿Desayunar? —preguntó Marie confusa. Ahora que lo tenía frente a ella solo pensaba en sus ojos, no había olvidado la forma en que sus pestañas caían cubriendo sus ojos verdes mientras él hablaba. Nunca lo había visto tan nervioso. Había cierto encanto en la forma en que miraba al mantel, como si buscara allí las palabras, y en cómo sus manos se movían más nerviosas de lo habitual.

—Pensarás que soy un poco idiota por organizar todo esto. Una cena romántica es algo tan tópico que ni yo mismo sé cómo se me ha ocurrido. Solo tengo una defensa posible. —Llevó los dedos de ella a sus labios para besarlos antes de continuar—. Quería regalarte algo especial.

—Cuando me has llamado a la oficina me has asustado —dijo Marie negando con la cabeza como si todo aquello le pareciera increíble—. Ha merecido la pena. Esto... —Miró a su alrededor como si volviera a comprobar cada detalle que Alex había dispuesto en la casa: las flores sobre la mesa frente al sofá, las cortinas que parecían bailar en las ventanas con algún golpe de aire de esa noche tan calurosa—. Es precioso.

—Alberto me ha ayudado a preparar la cena. Tengo que confesar que es mucho mejor cocinero que yo.

La mirada cargada de ternura que Marie le dedicaba hizo que algo dentro

de su interior se sacudiera. Sintió cómo su corazón se aceleraba y tuvo que respirar despacio para calmarse. Asustado, tomó la copa a fin de tener las manos ocupadas y que de esa forma, Marie no se diera cuenta de lo nervioso que comenzaba a estar.

No sabía cómo podía hacer que ella entendiera todo lo que sentía porque ni él mismo lo sabía a ciencia cierta. Lo único de lo que estaba seguro era que desde que Marie había aparecido en sus mañanas, sus días se habían vuelto menos grises. Ella era su chica del bolso azul.

—Por esta noche —brindó, y ella hizo chocar su copa de vino contra la suya de agua—. Voy a por el postre.

Se levantó para retirar los platos y aprovechó un momento en la cocina para poner en orden sus pensamientos. Se estaba comportando como un tonto.

¿Por qué no tenía un anillo? Si tuviera uno, si hubiera pensado con más tiempo, ahora mismo estaría de rodillas pidiéndole matrimonio. Pero no podía hacerlo, no podía, porque no tenía un anillo.

Marie lo encontró de pie, apoyado contra la encimera, con la cabeza agachada refunfuñando algo, como si estuviera regañando a sus zapatos.

Levantó la vista y la miró, tan hermosa con ese ligero vestido de tirantes que parecían jugar a deslizarse por sus hombros una y otra vez. Ella los volvía a colocar en su lugar en un gesto rápido, avergonzado, y él no podía dejar de pensar en recorrer el mismo camino con sus labios.

—¿Y si nos saltamos el postre? —musitó ella conteniendo la respiración durante un breve instante. Alex la miró, pasó la punta de la lengua por sus labios y deshizo la distancia que los separaba. Entonces la besó. Un beso sencillo. Solo unos labios que se encuentran con otros en una caricia. Un beso tan breve que ninguno de los dos cerró los ojos. Un beso real y cierto.

—Me parece buena idea —aceptó él y su aliento golpeó contra los labios de Marie—. Te quiero, Marie.

No pudo contenerse más y regresó a su boca con mucha más intensidad y un gruñido se le escapó.

—Eres increíble —musitó, y saboreó con mimo sus labios hasta que ambos necesitaron respirar. Sus ojos se encontraron, Alex subió su mano hasta la mejilla de ella, la acarició con el reverso de los dedos y colocó un mechón que se había escapado de su coleta.

—Mañana prepararé el desayuno, ¿quieres? —preguntó, pero no esperó la respuesta.

Entre besos que hacían que el calor aumentase por toda su piel, Marie buscó las palabras, intentó pronunciarlas mientras devolvía cada suave mordisco disfrutando del contacto húmedo de sus labios y peleaba por quitarle la camisa.

Alex la llevó hasta el dormitorio sujeta entre sus brazos y la dejó sentada sobre la cama, después enredó sus dedos en los tirantes del vestido y los hizo descender. La piel suave de Marie lo recibió erizada por la electricidad o tal vez por las cosquillas del aliento de Alex, que bajaba por su cuello.

Ni siquiera llegaron a abrir las sábanas. El golpeteo del cabecero de la

cama contra la pared hizo que Marie riera entre jadeos. Alex mordisqueó sus labios, que le sabían a vida y esperanza, y no se detuvo. Quería fundirse con su cuerpo, escuchar cómo decía su nombre justo antes de que su respiración se saltara un latido en ese segundo perfecto en que sus ojos centelleaban cargados de placer.

Su respiración se hizo más rápida, más superficial, los dedos de Marie se aferraban a su espalda y él se dejó llevar sin poder pensar en nada que no fuera el calor de piel.

Cuando ella se recostó sobre su pecho para descansar, Alex acarició sus cabellos con calma y su corazón trató de regresar al ritmo natural.

Marie despertó con el ruido del agua que corría en la ducha. Estirándose, descubrió que Alex había salido de la cama. Buscó en la mesita de noche hasta dar con el teléfono móvil y comprobó que era muy temprano. Todavía podía dormir un poco más.

Con la mente saliendo del sueño, recordó poco a poco la noche con Alex. Escondida bajo las sábanas, rememoró sus caricias, las palabras de amor que le había dicho, los besos y los jadeos, y cómo habían dejado que el sueño les ganara la batalla sin fuerzas para continuar despiertos.

Alex dejaba que el agua de la ducha regara su espalda perdido en sus pensamientos. Había sido una noche increíble. Había superado todos sus planes. Tenía grabado en los labios su sabor y en los dedos el recuerdo su piel suave y cálida.

Salió de la ducha y se secó un poco el cuerpo antes de envolver una toalla en su cintura. Al regresar al dormitorio, vio que Marie ya estaba despierta. Le miraba con una sonrisa en los labios y él sintió cómo el corazón volvía a lanzarse en esa loca carrera que había llevado desde que se había atrevido a besarla en la cocina la noche anterior.

—Perdona que te haya despertado. He intentado no hacer ruido —se disculpó y dejó otro beso en sus labios—. ¿Quieres un café? —preguntó sobre sus labios, satisfecho de saber que él había tenido algo que ver en la mirada soñadora que ella vestía esa mañana.

—¿Puedo quedarme un poquito más en la cama? —preguntó mimosa mientras se hacía un ovillo entre las sábanas.

—Claro que puedes —concedió tumbándose a su lado—. Hay algo de lo que tenemos que hablar.

Marie se puso un poco rígida y él la abrazó sobre las sábanas con fuerza, como si temiera que se escapara de su cama.

—Quiero que te quedes aquí. No me gusta pasar las noches separados.

—Alex, no sé si es pronto.

—Ya me lo has dicho, Marie —atajó Alex. Habían tenido aquella conversación y había escuchado las mismas excusas—. Sé que eres independiente, tu apartamento te gusta y también te gusta ser libre. Sé por todo lo que has pasado y que quieres demostrar que puedes vivir sola —besó su cabeza oliendo el perfume de su nuca y suspiró—. Soy yo el que te necesita, Marie. Te quiero.

Marie cerró los ojos. No era la primera vez que le escuchaba decirlo. Pero tenía miedo. No quería volver a perderse, entregar a un hombre el poder sobre su futuro.

—¿Es esta casa? ¿Es eso? Me iré a la tuya si quieres.

—No, no es esta casa. —Se dio la vuelta entre sus brazos para encararle y vio sus ojos verdes que la miraban cargados de amor. No podía seguir negándose. Era el momento de olvidar el pasado y volver a amar. Sin condiciones y sin miedo. Amar y ser amada.

Álex y ella se merecían una oportunidad.

—Te quiero —le dijo antes de besarle—. Tendrás que hacer espacio en los cajones del baño.



Epílogo

—Hace un frío horrible aquí fuera.

Marie se apretujó contra su pecho mientras él miraba de soslayo cómo su hermano pequeño entraba en la casa y cerraba la puerta tras de sí, no sin antes haberle dirigido una mirada cargada de complicidad. Sonrió para sí mismo, Alberto, en el fondo, seguía siendo un chiquillo. El, sin embargo, pocas veces se había comportado como un niño, había tenido que crecer demasiado rápido y había dejado que su primer amor marcara durante demasiados años su vida. Siempre había sabido mantenerse distante y frío en sus relaciones y alejarse antes de dar tiempo a que ninguna fuera más lejos de alguna noche compartida.

Apretó a Marie entre sus brazos y se le escapó un suspiro.

—¿Estás bien? —preguntó ella sin abandonar su lugar abrazada a su pecho.

—Muy bien —contestó en un susurro.

Marie había observado esa noche que la mirada verde de Álex se cargaba demasiado a menudo de algo parecido a la tristeza, de una añoranza profunda, y no sabía cómo podía ayudarlo.

Durante la cena se había sentido algo cohibida, como si fuera una espectadora no invitada. Esa familia era muy diferente de la que ella conocía. Allí no había rígidos modales ni un mantel blanco reluciente bajo una vajilla de porcelana. Era una cena de cumpleaños, sí, pero solo se parecía en el nombre y en que las personas sentadas alrededor de la mesa compartían el apellido.

Había gritos, risas, brindis muy ruidosos, había también algún regaño de la abuela cuando manchaban con vino o salsa el mantel blanco que se guardaba para las ocasiones especiales. El vino no era un reserva elegante, ni les esperaba el champagne francés para brindar por el homenajeado.

La abuela Isabel no había dejado de llenar su plato de aquel maravilloso guiso de carne con patatas al horno y su copa del sencillo vino tinto. También le había hablado de sus nietos contando pequeñas anécdotas que, lejos de avergonzar a Álex, le divertieron, igual que a Alberto, que de vez en cuando bromeaba con ella sobre lo bueno que era en la cocina su hermano y seguramente en otros lugares. Y pese a todo, había sentido cómo Álex escondía a veces sus ojos, o callaba antes de terminar una frase, como si hubiera algunos recuerdos que prefiriera guardar para sí mismo.

Marie había reído, se había sonrojado, había recibido algún guiño de Alberto cuando bromeaba. Terminada la cena, Álex la había invitado a salir al exterior a tomar una copa de orujo y ella pensó que definitivamente esa familia no se parecía en nada a la suya.

Y eso era hermoso y perfecto.

Tanto como estar allí escuchando el latir del corazón de Álex, calmado,

cálido, cercano.

—Estás muy callada —dijo mientras levantaba su barbilla con el dedo índice—. Has comido como una campeona, así que más vale que caminemos un poco antes de ir a dormir.

—¿Caminar? —se sorprendió al mirar la oscuridad que reinaba a su alrededor.

—¿No te apetece? —preguntó con una preciosa sonrisa antes de darle un beso suave en los labios—. Vamos, un paseo antes de dormir es lo mejor para tener dulces sueños.

Marie vio cómo él dejaba los dos vasos, en los que todavía quedaba un poco de licor, en un murete al lado de la entrada y le sonrió cuando salieron del patio de la casa y comenzaron a caminar.

—Espero que lleves el teléfono con batería, por si tenemos que llamar para que vengan a rescatarnos antes de morir congelados en la noche —rezongó sin querer reconocer que no le gustaba nada pasear de noche por esos campos sin saber dónde pisaba o qué había a más de cien metros.

—Tranquila, conozco bien el lugar. He recorrido todos estos caminos durante años —la tranquilizó Alex antes de comenzar a caminar por un camino de tierra que se adentraba en la montaña en un bosque no demasiado poblado, desde donde sabía que podrían tener unas increíbles vistas del mar, si es que las nubes consentían en que la luna, cercana al plenilunio, iluminara la noche.

—Sí, pero de eso hace mucho —insistió Marie al mismo tiempo que trataba de no alejarse más de lo necesario de él para poder caminar sin pisar sus pies.

—No tanto —contestó—, no soy tan viejo. Deja de mirar el suelo, no hay bichos peligrosos, relájate y disfruta del silencio.

Prefirió no replicar, pero aquello no le gustaba nada. Ella no era de campo, nunca había disfrutado de paseos por los verdes prados ni había tenido la intención de conocer más naturaleza que la que podía encontrar en un parque.

Sintiendo la rigidez de Marie, él la rodeó poniendo un brazo sobre sus hombros y la atrajo más cerca, tal vez no había sido una buena idea este paseo, pero ahora no quería dar marcha atrás. Ella se ajustó más el anorak y Alex se inclinó para besar su sien.

—¿Tienes mucho frío?

—No, por suerte me abriga bastante —comentó refiriéndose a la prenda que se había comprado en una tienda de deportes de montaña y que había hecho que Alex, al descubrirla dentro de la maleta, casi estallara en carcajadas y le asegurara que no iban al Polo Norte.

Pero vaya si hacía frío. El siete de diciembre era invierno cerrado en Cantabria, aunque Alex y su hermano fueran con chaquetas mucho más finas y se rieran de sus guantes y su gorro.

Abandonando el camino, Alex la guio por un lateral. Todavía recordaba bien esos lugares que había recorrido cientos de veces de pequeño. Pasaron unos árboles y entonces las grandes piedras aparecieron frente a ellos.

—Hemos llegado —anunció, y entrelazó sus dedos con los de ella para guiarla hasta una de las piedras—. Mira, ¿no es precioso?

Hablaba en susurros, y ella recostó la espalda sobre su pecho mirando en la dirección que él señalaba. No veía nada, pero podía escuchar el rumor lejano del viento que agitaba los árboles.

—¿Sabes qué me gustaría? —susurró con sus labios muy cerca de la oreja de Marie, y ella sintió como toda su piel se erizaba—. Ver amanecer a tu lado.

—Estás loco, me muero si pasamos aquí la noche —protestó ella, aunque ya sentía menos frío rodeada por las manos de Alex, que se habían colado, hábiles, bajo su anorak, y acariciaba su estómago muy despacio.

—Te haría entrar en calor —bromeó Alex, que no tenía ninguna intención de pasar allí la noche; era verdad que por un momento la idea de amarla allí mismo había pasado por su cabeza, pero sabía que era una locura, prefería dormir a su lado y despertar con su pequeño cuerpo acurrucado contra el suyo.

El viento hizo que las nubes se disiparan por un momento y la claridad les dejó ver ese prado oscuro y calmado que se extendía ante ellos.

—Es precioso —musitó Marie.

—Tú eres preciosa —replicó, y besó su cuello—. Gracias por venir. Sé que no ha sido fácil para ti, pero de verdad este es un gran cumpleaños. Mi abuela está encantada contigo, que lo sepas, y se ha propuesto que este fin de semana regreses a Madrid con varios kilos de más.

—Eso me había parecido, no había cenado tanto nunca en mi vida.

—Marie —la hizo girarse entre sus brazos, sacó el gorro de lana de su bolsillo y colocó los mechones de cabello dentro después de ponérselo—. Mejor así ¿verdad?

Ella lo miraba como si no hubiera nada más, allí en medio de ninguna parte los ojos de Alex parecían robar el verde a esa tierra que él amaba.

—Lo siento —dijo antes de besarla.

Marie lo miró extrañada, y posó su mano en la mejilla fría de él.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

Álex apoyó su frente en la de Marie, tragó despacio para sacar el valor suficiente y hablar.

—Estoy asustado, ¿sabes? Te quiero, y sé lo que tengo que hacer. Pero tengo miedo —confesó agachando la mirada como si repentinamente estuviera interesado en mirar sus pies.

—No tienes nada que hacer, Álex, no hay obligaciones ni...

Él interrumpió sus palabras, Marie había malinterpretado lo que quería decir, su forma torpe de expresarse lo complicaba todo.

—Quiero casarme contigo, Marie. Eso es lo que quiero. Y estoy muerto de miedo. No podría soportar perderte.

Sorprendida, Marie lo miró con los ojos muy abiertos. Aquello había sido una declaración de amor.

«Acaba de declararse», se repitió a sí misma, aún sin saber cómo reaccionar.

—No tienes que decir nada, no sé cómo se me ha ocurrido, creo que he bebido demasiado en la cena —comenzó a hablar sin pensar, nervioso, temiendo haber cometido un terrible error, mucho más asustado al ver el rostro de ella, que no parecía nada feliz.

—Espera —fue ella entonces quien lo interrumpió—. ¿Me has preguntado si quiero casarme contigo? Solo por estar segura de lo que quieres decir —balbució igual de nerviosa.

—Mi abuela me ha dado el anillo de mi madre, es antiguo, creo que mi padre lo compró en una subasta de arte, no tiene gran valor, quizá prefieres uno más moderno o con brillantes.

Demasiado cerca de ellos estalló el ruido de las ramas al romperse y Marie dio un brinco hacia el lado. Alex la sujetó, y entonces miró en la dirección de los extraños sonidos que él había reconocido pronto.

—Tranquila, es una vaca —dijo en voz baja—. No nos hará nada. Habrá salido a ver la luna, igual que nosotros.

Marie miró con ojos desorbitados al animal que tenía frente a ella. Con los ojos acuosos y vacíos, la vaca los observaba con poco interés, sabiéndose libre de pasear por donde quisiera.

—Vamos, es mejor que regresemos —repuso al ver lo asustada que estaba, y temiendo que el animal decidiera curiosear más cerca.

Alex le ofreció la mano para ayudarla a caminar. Nada había salido como esperaba, su plan había resultado un fracaso y encima una vaca había terminado por arruinar el momento. Ella no había contestado, el momento se había roto y no tenía ninguna respuesta. Llevaba el anillo en el puño dentro del bolsillo y se sentía ridículo.

Aunque en su mirada chocolate había un brillo diferente, un *sí* escondido, eso le había parecido vislumbrar allí.

Ninguno de los dos dijo nada mientras hacían el camino de vuelta y Alex abrió la puerta de la casa, desesperanzado, con el único pensamiento de ir a dormir y fingir que nada de aquello había pasado.

—Sí, lo haría.

Las palabras de Marie sonaron con total claridad en el silencio, y él se dio la vuelta para encontrarse con la sonrisa de ella.

—Me casaría contigo, pero por favor no quiero volver a estar cerca de uno de esos animales.

Alex se acercó y la abrazó sin reprimir su risa.

—Tranquila, no habrá vacas en la boda, lo prometo.

Sus risas terminaron silenciadas en un beso, uno lento y tranquilo, como si los dos necesitaran calmar su corazón saboreando al otro.

—Te quiero —dijo justo antes de cerrar la puerta tras ellos y subir junto a ella las escaleras hasta el dormitorio tratando de hacer el mínimo ruido posible, aunque sabía que su abuela los habría oído y al día siguiente los esperaría con un gran desayuno y muchas preguntas.

— Alberto revisó los mensajes en su teléfono móvil y sonrió al leer el que estaba esperando. Miró a su alrededor vigilando que nadie lo viera, como

si se tratara de un forajido, antes de contestar con uno de esos emoticonos con forma de corazón.

Definitivamente estaba en problemas.



FIN



Agradecimientos

Aunque seguro que se me olvidan algunos nombres, quiero dar las gracias a quienes me han acompañado este último año en mi camino como escritora:

Inmaculada, compañera y amiga, a mi lado desde el principio animándome, enseñándome y contagiándome su energía.

Carol y Mónica, gracias por todas esas llamadas y mensajes, en los que habéis escuchado con paciencia mis ideas y me habéis ayudado a encontrar las palabras para conseguir que esta novela sea mejor. Es una suerte teneros a mi lado.

Mar, llegaste con grandes sorpresas y me has ayudado con una generosidad sin límites.

Cris, ¿qué puedo decir? ¡Vamos a saltar de continente! Lo vamos a conseguir, lo sé, y nos daremos un abrazo muy grande, de esos de película, en un aeropuerto rodeadas de curiosos.

Mayte Esteban, a veces la vida te cruza con otras personas en el momento perfecto.

Kris L. Jordan, me recuerdas siempre que hay que sonreír, sonreír y sonreír.

María Martínez, estupenda compañera y persona. Por favor sigue escribiendo, estoy enamorada de tus novelas.

Un abrazo muy especial a María Jeunet. A veces un mensaje enviado a cientos de kilómetros nos hace sentir menos solos e insignificantes. Gracias por dedicarme tu tiempo.

Hay muchas más, tengo la suerte de haber encontrado en mi camino a gente estupenda como Mireia, Mercedes, Bea, Raquel, todas las parlanchinas, Adriana..., compañeras y mujeres luchadoras.

Esta historia seguiría en un cajón sin todas vosotras.

Y un hombre, Mateo, que me ha descubierto libros llenos de tesoros.

Gracias de corazón.

Ángela.

Biografía

Ángela descubrió desde muy joven la diversión en los libros de la mano de autores tan diversos como V. Holt, Poe o Tolkien, y pronto comenzó a crear sus propias historias para compartirlas con sus amigas. Casada y madre de tres niños, vive cada día a un ritmo trepidante, entre el trabajo, su familia y la escritura.

Escribe novela, fantástica y juvenil. Para ella la escritura es la mejor terapia para enfrentarse al día a día.

Quiero volver a verte fue su primer libro publicado. En 2016 fue finalista del VI Certamen Internacional Vergara, con el título Un lugar junto al mar, que publicó Ediciones B. Ese mismo año publicó la novela corta El calor de tus besos con la misma editorial.

Podéis encontrarla en las redes sociales y también en su blog
angeladrei.blogspot.com